

**Alma
entre
brumas**

*Yolanda
Revueita*

YR

D.J.57

ALMA ENTRE BRUMAS



Yolanda Revuelta

Alma entre brumas

Copyright © 2015 Yolanda Revuelta

Todos los derechos reservados.

Queda terminantemente prohibida, sin autorización escrita del titular de los derechos de autor, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procediendo, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, al igual que la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos público sin permiso expreso del autor de la obra.

Corrección: Mimi Romanz
Diseño cubierta: Migarumo

All Rights reserved

Re-edición Octubre 2017

Prólogo

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

EPÍLOGO

Yolanda Revuelta Mediavilla

Otros títulos

*Para Carla. Gracias por creer en mí.
Eres mi sol, mi luna y mis estrellas.
¡Te quiere, mamá!*

Prólogo

Alma lloró contra el cristal de la ventana, intentó limpiarse las lágrimas con el dorso de la mano, pero no era suficiente, el dolor era tal que podía llegar a ser abrumador. Siempre había tenido carencias en la vida, pero esta no igualaba a ninguna que recordase, a pesar de que los años la habían tratado con rebeldía.

Echaba muchísimo de menos a los niños, tanto era así que parecía que cada vez que los nombraba le faltaba más aire, cerró los ojos con fuerza, tomó una respiración profunda e intentó calmarse, sin embargo, fue en vano, lo sabía, jamás pensó que el tormento que padecía en ese instante podía ocasionarle tal tortura.

Levantó la mirada y el vaho de su propio aliento en el cristal le impidió distinguir el exterior. Aunque, la verdad, no le hacía falta ver para saber que tras este se encontraba una calle adoquinada iluminada por varias farolas, seguramente seguirían teniendo el mismo aspecto de cuando era niña, cuando se imaginaba que eran cajas de cristal que envolvían celosamente la luz y se situaban en lo alto gracias a ese inmenso pie de metal que daba la apariencia de un árbol de hierro fundido. Odiaba la oscuridad, por esa razón, quizá, veneraba la iluminación, aunque fuese artificial.

Si seguía la angosta calle de piedra, la llevaría a la mismísima Catedral de Salamanca, santo lugar de peregrinos, curiosos y turistas. Aquella era la tierra que le había dado su nombre y, según decían, hasta la vida.

Giró la cabeza despacio, no pudo evitar estremecerse, observó cómo, sobre la cama, descansaba la maleta sin abrir. Seguía intacta, tal cual la había dejado nada más llegar. Desenterrar la nostalgia era un proceso demasiado costoso y para el cual no estaba preparada en esos momentos. Escuchó las campanas repicar llamando a la oración, miró la hora en su reloj de pulsera y pensó, amargamente, que llevaba demasiado tiempo encerrada en la habitación, le dolía la cabeza de tanto pensar, de tanto llorar, pero lo que más le pesaba era la tristeza que habitaba en su corazón.

Se llevó, instintivamente, la mano al cuello en busca del colgante que había llevado desde su nacimiento, sin embargo, solo encontró el tacto frío de su piel, y el recuerdo volvió a asfixiarla como una bocanada de aire helada.

Las campanas volvieron a oírse, esta vez con más insistencia si cabía, el último golpe del badajo contra el bronce pareció resistirse a terminar, se alisó con manos temblorosas la falda negra y se ajustó los botones a juego de su chaqueta, era hora de salir y dejar de aferrarse a los recuerdos, demasiado tarde descubrió que su vida había estado basada en una mentira.

Decidida, se dirigió a la puerta y pensó con dolor que si no se daba prisa, no llegaría puntual al funeral.

CAPÍTULO 1

Tres meses antes

Alma miró a través de la ventana de su pequeño y sencillo dormitorio. Para estar en septiembre, el día se había despertado frío en Salamanca; se recostó sobre el marco y se envolvió con los brazos. Le gustaba, desde que era niña, observar el ir y venir de la gente por las calles empedradas con un mapa en la mano y parándose en cada uno de los edificios emblemáticos del casco antiguo de la ciudad. Habían sido muchas las ocasiones que ella soñó con estar en el lugar de los turistas y perderse en la riqueza arquitectónica de una ciudad con tanta historia.

Pero ella había nacido allí, o al menos eso le dijeron las hermanas de la congregación cuando creció y comenzó a hacer preguntas a diestro y siniestro buscando su propia identidad. El hecho de ser abandonada en la puerta de un convento a las pocas horas de nacer era duro de asimilar. No tener un pasado donde aferrarse era peor aún.

Su nombre fue idea de una de las religiosas que, al encontrarla en un cesto de mimbre, envuelta en una manta rosa y, para sorpresa de la congregación, limpia y sedosa, había puesto el grito en el cielo mientras exclamaba:

—¿Pero quién ha podido abandonar un alma del Señor en la puerta de nuestro convento?

Sus apellidos eran Cruz Tormes, nunca había preguntado la procedencia de estos, aunque con el tiempo sacó sus propias conclusiones. Como hacía incontables veces al día, se llevó la mano al pequeño símbolo cristiano que colgaba de su cuello por una cadena. El simple hecho de que fuera su verdadera madre quién se lo dejara al nacer, hacía de él el objeto más valioso del mundo. Era de oro, o eso le había dicho un joyero en una ocasión al preguntarle si podría saber algo de su origen. La respuesta negativa del hombre hizo que no volviese a indagar nunca más sobre el tema.

Respecto al segundo apellido, estaba claro, Tormes era el río que bañaba la capital de la provincia desde tiempos inmemorables, testigo de todos los hechos históricos de su ciudad natal. Le gustaba imaginar que había

nacido en Salamanca. Hacía muchos años que no buscaba culpables ni responsabilidad alguna. Era la vida que le tocó vivir y, pese a ello, nunca había sido del todo infeliz. Después de todo, ella era Alma Cruz y ya nadie podría cambiar eso.

Escuchó las risas de unos niños corriendo uno tras otro por la adoquinada travesía que llevaba hasta la catedral. Ella había hecho eso mismo cientos de veces en su niñez con sus amigas de colegio, aunque, estaba segura, siempre vigilada desde la ventana por alguna de las hermanas. ¿Cómo si no sabían de sus travesuras infantiles? Los niños desaparecieron, al igual que sus voces, el silencio resurgió y los pensamientos, que hacía unos instantes recorrían su cerebro, la volvieron a abordar.

¿Cuántas veces había oído la historia de su llegada a la congregación? Tantas que, a lo largo de los años, no podría enumerarlas, pero siempre era la misma versión, coma tras coma, punto tras punto. Ellas, las hermanas, habían sido su memoria y, sin pretenderlo seguramente o igual sí, quién sabía, se convirtieron en su familia; y las paredes del convento, fundado en el siglo XVI, en su único hogar.

Después de todo, debía sentirse afortunada, no le había faltado cariño ni un plato de comida en la mesa; sí era cierto que nunca sabría lo que representaría la figura paterna ni el hecho de tener hermanos con los cuales jugar, pero, al contrario, sí lo que era amor a manos llenas de muchas madres que durante esos años habían vigilado su sueño, curado sus catarrros y fiebres a base de plantas medicinales y, cuando no era suficiente, recurrido a la medicina moderna.

Su vestuario nunca fue exclusivo y todas sus pertenencias entraban en una pequeña maleta, quizás esa era la razón de no saber lo que significaba la vanidad, sin embargo, su educación fue seguida con esmero y le enseñaron a superarse curso a curso hasta lograr terminar la selectividad con unas notas elogiadas por la mismísima consejería de Educación y Ciencia. Después de eso, optó por la carrera de Historia y Arte, era muy posible que el hecho de vivir entre muros con más de cuatrocientos años de antigüedad, o la necesidad de buscar un pasado, ya que nunca podría desenmarañar el suyo, inclinaron la balanza a favor de las civilizaciones ya perdidas en el tiempo. Pero ahora, tras cuatro años en una residencia de estudiantes, había llegado el momento de desplegar las alas y volar.

Unos golpes en la puerta la sobresaltaron, intentó desterrar todos los

pensamientos que habían asaltado su mente en la última media hora y se esforzó por aparentar naturalidad

—Adelante.

La hermana Leocadia hizo su aparición, como era su costumbre, con una sonrisa tímida, mejillas sonrosadas y sus pequeñas gafas, como siempre, deslizándose por su respingona nariz.

—La Madre Superiora quiere verte.

Alma observó cómo Leocadia se quedaba fijamente mirando la maleta abierta situada sobre la cama.

—¿Lo tienes todo preparado?

—Creo que sí, pero no me importaría que me ayudases a revisarla —le dijo acercándose a la hermana y depositando un cariñoso beso en la sien.

Sor Leocadia debía rondar los cincuenta años, había ingresado muy joven en el convento. Alma nunca le preguntó al respecto, aunque había escuchado en la cocina, uno de esos días de vacaciones estivales, que un padre borracho y violento había tenido gran parte de responsabilidad para que Olga, que ese era su verdadero nombre, tomara los hábitos.

—Me encantaría, ya lo sabes, hace más de veinte años que no hago una maleta —exclamó en un tono de lo más jovial y tan característico en ella.

—Escribí una lista, quizá a ti se te ocurra alguna cosa más que añadir.

—Te recuerdo que los franceses se denominan a sí mismos los reyes de la *Pâtisserie* —apuntó arrugando el ceño mientras leía con detenimiento cada renglón de la lista—, claro que eso no es algo comprobado, ya que no han probado ni nuestras pastas de canela ni ninguno de nuestros dulces.

Alma no pudo más que reír ante tal argumento.

—Se creen importantes porque su mayor icono, la Torre Eiffel, es visitada por millones de turistas al año, pero he de recordarte que...

—Lo sé, lo sé —le interrumpió Alma—, que Salamanca, el casco antiguo —aclaró—, supera todas las expectativas del país vecino.

—Vaya, estos días he estado un poco insistente con el tema, ¿no?

Alma la abrazó y percibió la paz que siempre sentía cuando lo hacía. En una hora estaría en Francia, lejos de todo lo que conocía; deseaba desenvolverse y aprender perfectamente el francés y, algunos meses después, viajar a Italia, cuna del Renacimiento, quizás encontrase un trabajo adecuado a sus expectativas y una vez allí podría estudiar el italiano, un idioma que le atraía muchísimo. Pero todos esos planes eran aún un secreto en su fuero

interno.

—Te echaremos tanto de menos... —le confesó Leocadia al tiempo que respondía a su abrazo.

—Solo tenéis que imaginar que estoy en la residencia de estudiantes.

—Eso es fácil de hacer, pero sabremos que no es así, no podremos visitarte ni verte.

—Os llamaré al menos una vez por semana y os contaré con todo detalle como es El Louvre, el Arco de Triunfo o el mismísimo Palacio de Versalles.

—Sí —resopló la sor intentando que las lágrimas, que pugnaban por salir, no lo hiciesen, le dedicó una sonrisa y se separó en dirección a la maleta.

—Sois mi familia.

—La madre superiora te espera, Alma, y bien sabe Dios que la paciencia no es su mayor virtud. —Hizo el símbolo de la cruz con el pulgar—. Será mejor que vayas a verla y te despidas de ella también.

—Sí, ya voy. Sé que sor Águeda me estará esperando —alegó ya cerca de la puerta.

—¿A qué hora sale tu avión?

—Dentro de tres horas.

—Tres horas —repitió la monja sin muchas ganas y dejando caer el papel, que tenía aún entre los dedos, sobre la cama.

Alma se volvió para abrazarla de nuevo, con fuerza.

—Os echaré tanto de menos.

—No tanto como nosotras a ti, pequeña.

Al separarse, observó cómo sor Leocadia extraía un pañuelo de tela bordado con sus iniciales de uno de los bolsillos de su hábito y se secaba los ojos.

—No creas que no lo comprendo —le dijo intentando que su voz no sonase tan ronca por la emoción de la despedida—, pero debes entender que la tristeza no se puede esconder debajo de la alfombra.

—No me iré para siempre, volveré a Salamanca, esto es solo un paréntesis. —Alma se permitió decir una mentira piadosa.

Sor Leocadia levantó la mirada y con la palma de la mano acarició, como tantas veces había hecho a lo largo de los años, la mejilla de la muchacha.

—Irte con esa idea preconcebida no es lo mejor para ti, vuelve cuando nos necesites, solo así lograrás ser feliz.

Alma alcanzó los dedos de la hermana y los acarició.

—Me vas a hacer llorar de nuevo.

—Te he visto tantas veces que ya no me sorprendería —profirió depositando un beso en la mejilla de la muchacha—. ¿Te has despedido de la congregación?

—Llevo haciéndolo una semana —comentó con una sonrisa.

—Bien, entonces, ve a despedirte de la Madre Superiora, yo te espero aquí.

Había recorrido esos pasillos cientos de veces, pero al hacerlo por última vez le dio la sensación de que todo tomaba un significado muy diferente para ella; dio un pequeño rodeo, no podía marcharse sin visitar el claustro, ese lugar mágico donde, de pequeña, ella se imaginaba que era Julieta y que, escondido entre las columnas de estilo románico, de ricos capiteles decorados con preciosos motivos vegetales, animales, figuras humanas y representaciones bíblicas, se encontraba Romeo, el hombre con el cual un día se casaría. Después, como en los cuentos, vivirían felices por el resto de sus días.

Con esa nostalgia que ya crecía en ella, se acercó hasta el gran ciprés y lo abrazó a modo de despedida, ese árbol había sido su confesor y paño de lágrimas desde su infancia. Allí quedaban sus sueños, entre sus ramas, era muy posible que tardara algún tiempo en volver a verlo, todo dependía del éxito de sus planes de futuro. Tocó con los dedos la rugosa corteza y buscó sus iniciales a la altura de su hombro, allí, con ayuda de un cúter, siendo aún una niña, había grabado la a de Alma y, debajo de ella, la erre de Romeo; sonrió al ver las letras desiguales, y con el índice las repasó una última vez. Apoyó la frente en el tronco y se despidió; como única respuesta, el ciprés, con ayuda del viento, blandió su copa.

Sor Águeda era una mujer que rondaba los cincuenta años, la sorpresiva muerte de su antecesora, sor Amalia, hizo que de la noche a la mañana fuese ella la elegida para ser la Madre Superiora, y el hecho de que

toda la congregación estuviese de acuerdo en la elección ocasionó, a su vez, que esta aceptase, como ella solía decir, la pesada carga de llevar un convento.

Al escuchar los golpes provenientes de la puerta, sor Águeda dejó el bolígrafo sobre la mesa y echó a un lado el libro de registros, entrelazó los dedos y exclamó:

—Adelante.

Como suponía, era Alma. Le preocupó ver en la mirada de la muchacha esa tristeza que parecía haber renacido en ella desde que había tomado la decisión de irse un año como *au pair* a París. El disgusto inicial de la congregación, y el de ella misma, había terminado en aceptación. Aquella muchacha era libre y, muy a su pesar, sabía reconocer que el momento que todas habían temido desde que la habían acogido en sus brazos por primera vez, siendo aún un bebé, había llegado. ¿Pero acaso el amor no era eso? ¿Renunciar a lo que uno ama si el otro lo desea?

Alma seguía siendo un ser en estado puro, lo podía leer en su mirada, quizás ese era el temor que sentía, el hecho de que saliese al mundo y buscase su propio destino, pero ¿quién era ella para oponerse a los designios del Señor?

Alma se acercó con su sonrisa tan característica, no estaba forzada, sin embargo, guardaba para sí su llanto contenido. Era una joven bellísima, de ojos negros y vivos, su cabello azabache le caía hasta los hombros y enmarcaba un rostro ovalado, de pómulos altos y labios voluminosos.

—Siéntate, Alma —le dijo señalando una de las sillas vacías que se encontraban tras la mesa.

—Gracias, sor Águeda.

El teléfono sonó e irrumpió el inicio de la conversación.

—Discúlpame —se excusó a la vez que descolgaba.

—Claro, Madre.

Alma se sentó y no pudo evitar echar un último vistazo, al igual que había hecho con el claustro, a aquel pequeño y sencillo despacho. El olor a incienso la invadió y supo que hacía escasos momentos la enjuta vara apoyada sobre una tabla de madera en forma de hoja había sido apagada. Las paredes estaban pintadas de blanco, jamás había visto un toque de color en ellas, un escueto armario, que llevaba con dignidad los pasos de los años, acompañado siempre en su recuerdo con una bonita llave labrada en bronce,

seguramente allí era donde se guardaría todo el papeleo referente a las finanzas de tan histórico lugar. Sobre él, Jesús en la cruz, siempre testigo de lo acontecido. Quizá el halo de luz que entraba por la estrecha ventana daba la sensación de mayor amplitud a la estancia.

—Sí, señorita Ruiz, es una hora que nos viene bien a todas...

Alma irrumpió sus pensamientos al escuchar de nuevo la voz de la Madre Superiora.

—Bien, entonces la esperamos a las cuatro. Agradecemos su tiempo, bien... sí... de acuerdo. Buenos días.

—¿Visitas intempestivas?

El silencio se dilató, al menos diez segundos, mientras la Madre Superiora tomaba algunas notas en su agenda.

—Carla Ruiz, periodista de investigación, tiene entre manos un libro sobre la historia del convento —comentó sin muchas ganas mientras jugaba con el bolígrafo en las manos—, no es algo que me convenza, pero son órdenes del obispado, y ya se sabe que donde manda capitán...

—No manda marinero —puntualizó Alma para terminar el refrán.

—Exacto —respondió la monja con un característico guiño—. Necesita fotografías antiguas y algunos documentos, que guardamos celosamente desde tiempos inmemorables, para ilustrar algunas de las páginas, por lo tanto, no nos queda otra que cooperar.

—Me encantaría leer el libro una vez terminado.

—Eso está hecho. En el momento que tenga un ejemplar, no creo que tarde mucho en ser publicado, te lo envío, pero dime ¿tienes preparada la maleta?

—Sí, desde hace unos días, sor Leocadia la está revisando.

Sor Águeda no pudo más que sonreír.

—Le encanta el orden. —La Madre Superiora apoyó los codos sobre la mesa y descansó la cabeza sobre las manos unidas—. ¿Estás segura de tu decisión, Alma?

Vio asentir a la muchacha. Parecía convencida y eso le gustó. «Es bellísima», se dijo a sí misma, su atuendo se componía de una camiseta de algodón blanca, una chaqueta de perlé color marrón y unos pantalones vaqueros. Pensó que su ropa era como la de la mayoría de las jóvenes. Nadie podría imaginar jamás que Alma hubiese crecido en un convento.

Abrió una carpeta, revisó su interior y leyó uno de los folios antes de

entregársela a la joven.

—Tu familia de acogida vive en Buc, una localidad muy cerca de Versalles. —Tendió el brazo y le ofreció la documentación—. Es un lugar muy pintoresco y bello, por lo que he podido apreciar en las fotografías, creo que te gustará, el hecho de que esté cerca de París es un punto a favor, en tu día libre podrás pasear por la capital francesa e imagino que por El Louvre, te conozco demasiado bien para saber que te perderás por su maravillosa pinacoteca.

Alma sonrió, tomó la carpeta y la abrió. Lo primero que le llamó la atención fueron las fotografías de la casa, le daba la sensación de que más bien se parecía a una mansión.

—Es una casa espléndida.

—Sí. Pertenece a Roger Arnod, un importante empresario que tiene en su propiedad varias bodegas de renombre. Por desgracia, hace seis meses, su esposa murió tras una larga enfermedad. Le conozco personalmente y...

—¿Le conoces? —la interrumpió Alma asombrada.

—Sí. —La Madre Superiora se medio encogió de hombros—, hace un año aproximadamente, su mujer y él pasaron por Salamanca y visitaron nuestro convento. He de decir que hacían una pareja maravillosa, pero en el rostro de ella ya se comenzaban a reflejar los primeros indicios de la enfermedad. Era una mujer hermosa, con un gran porte, nació en un pueblo cerca de Toledo, por lo que fue ella quien pudo explicarme algunas más cosas referente a la empresa y el motivo que les había llevado hasta aquí, y porque el señor Arnod no hablaba un castellano fluido.

—Entiendo —fue lo único que pudo decir Alma.

—Tras nuestra conversación —prosiguió sor Águeda—, este nos envió una caja de vino dulce en agradecimiento por nuestra hospitalidad, lo cual se lo he agradecido con gran elocuencia, ya que creo que nuestras pastas, desde entonces, tienen un toque más distinguido.

Alma dejó escapar una risotada ligera y poco comedida.

—Así que, durante este tiempo, habéis seguido en contacto —dijo la muchacha intentado buscar un poco más de formalidad en su tono de voz.

—Eso es. —sor Águeda no pudo evitar ser espejo de aquella sonrisa—. Como verás en las fotografías, el recinto que rodea la casa es un auténtico bálsamo de paz.

Alma observó el inmenso jardín que terminaba al fondo en un

frondoso bosque, una choza de madera con un tejado, que no parecía muy estable del todo, era lugar de encuentro de varios caballos que pastaban a su alrededor.

—Sí, parece un lugar fantástico.

—Alma...

La muchacha levantó la cabeza y centró toda su atención en la Madre Superiora. Jamás la había visto sin toga, pero por la raíz de su cabello podía decir que las canas lo habían poblado por completo, tenía ojos almendrados de color oscuro, casi negros. Alma pensó que de joven debía haber sido toda una belleza.

—Soy consciente que muchas veces te has preguntado por tus orígenes.

El corazón de Alma dio un salto vertiginoso en su pecho, no obstante, lo único que pudo en ese momento fue asentir.

—No es mucho lo que te puedo decir, un día apareciste y comprendimos, demasiado tarde, que ya no podíamos vivir sin ti.

—Madre, yo...

Sor Águeda le devolvió la sonrisa con los ojos y luego con los labios.

—No creas que no has sido tema de nuestras conversaciones, Alma. Siempre has estado aquí. —Se señaló la parte izquierda de su pecho—. Pero también hemos llegado a la conclusión de que el egoísmo nos ha cegado. Te queríamos para nosotras solas y quizá no nos percatamos de todas tus necesidades.

—He sido una niña feliz. —Se vio con la necesidad de aclarar.

—Me alegra saberlo. —Sus labios se curvaron un poco más por las comisuras—. No hay mucho más que te pueda decir. —Observó la desilusión reflejada en los ojos de la joven—. Pero necesitábamos que supieras que has sido una bendición durante todos estos años para nosotras y que no cambiaríamos ni un solo día de nuestra vida en la que tú hayas estado presente.

—Ni siquiera cuando intenté encaramarme a la cruz para abrazar a Jesús.

Ahora fue el turno de sor Águeda para reír abiertamente.

—No podré olvidar ese día mientras viva —dijo interrumpidamente entre carcajadas—, solo con verte a esa altura se me detuvo el corazón. Aún nos preguntamos cómo lograste subirte, no debías tener más de seis años.

—Bueno, pues...

Al ver las mejillas sonrosadas de la joven, la Madre Superiora levantó el brazo y alargó la mano.

—No me lo digas, no quiero saberlo, de esta manera seguirá siendo tema de conversación en la sobremesa y así nadie podrá sentirse culpable de haber dejado alguna escalera o algo similar a tu alcance.

La radiante sonrisa de Alma se extinguió.

—Os echaré tanto de menos que ya me duele.

Sor Águeda arrastró la silla hacía atrás, las patas arañaron el suelo linóleo y provocaron un ruido de lo más estridente, se levantó despacio, y Alma, sin ningún género de dudas, la imitó.

—Ven aquí.

La joven corrió a sus brazos y se sumergió en ellos como cuando era una niña. Percibió el calor y, en ese mismo instante, se sintió reconfortada.

—No es un adiós, Alma, nunca lo es. Volveremos a vernos, te lo prometo. Son solo unos meses lejos de nosotras, pero tú sabes bien que la distancia nunca hace el olvido.

Alma asintió entre sus brazos y, por primera vez, se preguntó si esos meses, a lo largo del tiempo, no se convertirían en años.

CAPÍTULO 2

Sobrevoló España y, en un tiempo más corto de lo esperado, una azafata le comunicó que ya lo hacían sobre tierras galas. A través de la ventanilla pudo apreciar cómo las aguas temperamentales del océano Atlántico azotaban la costa, le sorprendió descubrir que no existían ni extensos ni profundos acantilados, sino una llanura inmensa de arena que era continuamente lamida por las espumosas olas.

Recordó a las mujeres que la habían criado. Les hubiese encantado ver aquel precioso espectáculo, estaba segura de que ninguna de ellas había subido jamás a un avión. Sintió cierta nostalgia al recordar aquellos últimos besos y abrazos antes de su partida.

La congregación estaba compuesta por ocho religiosas, incluyendo a la Madre Superiora. Sor Mercedes y sor Paula se encargaban de la cocina y la repostería, la habían obligado a beber un vaso de leche y a comer varias pastas de canela antes de dirigirse al aeropuerto, no pudo evitar sonreír al observar sus miradas cómplices, no las juzgaba, si hubiesen decidido en el último momento encerrarla en un armario bajo llave para que no cogiera el avión, ella misma no les habría puesto obstáculos; minutos más tarde llegaron sor Felisa y sor Natividad, ambas se ocupaban de los más necesitados en el banco de alimentos que crearon en uno de los almacenes del convento. Sonrió al verlas, no deseaba tristeza en ese adiós, todas ellas eran mujeres inteligentes y excepcionales que en algún momento de su vida habían decidido dedicarla a Dios. Por último, a la despedida se unieron las hermanas Gabriela, Leocadia y Ángela, ellas se ocupaban que todo estuviese en orden y reluciente dentro del recinto, de los jardines y de realizar las compras cotidianas para el convento.

Todas ellas la besaron y abrazaron hasta la extenuación, se mostraron como eran: mujeres maravillosas y fantásticas que pensaban más en el prójimo que en sí mismas. Las lágrimas fueron protagonistas, pero era algo inevitable, en el fondo, lo sabía. Sintió no poder despedirse de nuevo de Sor Águeda, pero la verdad era que, después de todo, no había mucho más que decir.

Varias turbulencias seguidas sacudieron el avión con fuerza, se agarró

con firmeza al asiento y aguantó la respiración, hubo algunas exclamaciones e improperios; tras unos segundos, volvió la calma. Se soltó despacio y dejó que la sangre irrigara de nuevo sus dedos, tomó aire lentamente y se preguntó si esto no sería el preludio de su nueva vida.

Roger Arnod se mesó el pelo varias veces, no cabía duda de que estaba nervioso, su mirada se movió entre la pantalla que indicaba la llegada de los vuelos y se detuvo en la puerta de desembarque, sin pararse en ningún otro lado.

Había meditado esta decisión tantas veces que ya era más un quebradero de cabeza que en sí misma una solución. Escuchó la voz mecanizada del altavoz indicando que el vuelo desde España había aterrizado hacía quince minutos y que los pasajeros saldrían por la puerta número tres.

De su próxima empleada conocía poco más que su nombre y apellidos, sor Águeda le había enviado una foto, no era de una gran calidad y se veía a la muchacha sentada entre dos columnas que él identificó como el claustro del convento en Salamanca, ciudad donde Bárbara y él habían pasado una semana, ese había sido su último viaje juntos y no pudo evitar sentir cierto resquemor en su fuero interno al pensar que ella moriría meses después.

La Madre Superiora le había asegurado que Alma era una muchacha sencilla y muy inteligente, él no se había atrevido a preguntar nada más al respecto, lo había dejado en manos del destino, pero lo que más le interesaba de ella era su nivel académico y éste era impresionante. Era lo que realmente importaba, sus hijos requerían atención, algo que su madre, a sus setenta años de edad, no podía darles. Él trabaja demasiadas horas al día, quizá fuera la manera más fácil de no recordar continuamente a Bárbara, el simple hecho de pensar en ella hizo que el corazón se le encogiera. ¡Dios, cómo la echaba de menos! En alguna ocasión, alguien le dijo que el tiempo curaba las ausencias, a este paso, él iba a necesitar toda una vida.

Las puertas de desembarque se abrieron y por ella salieron varias personas, muchas de ellas con maletas. Ninguna era Alma, había memorizado su rostro, luego había guardado la fotografía en el cajón de su despacho y se había olvidado de la nueva *au pair*. Se colocó en un lugar más visual y se armó de paciencia, solo quedaba esperar.

Alma intentó ralentizar el ritmo cardiaco, después de más de diez minutos de espera, pudo hacerse con su maleta que, junto a otras, giraban sin cesar por la cinta transportadora. Las puertas se abrieron y con ellas, su nueva vida. Entre las fotografías que le había mostrado la Madre Superiora se encontraba una de los niños, no sabía a ciencia cierta cuando había estado tomada la foto, pero no parecían unos niños tristes, en ella mostraban su mejor sonrisa, o al menos eso le pareció, sin embargo, del señor Arnod no conocía su aspecto, claro que bien podía venir otra persona a buscarla, cabía todo tipo de posibilidades.

Tensó los dedos sobre el asa de la maleta y buscó con la mirada alguna señal que le indicase a dónde debía dirigirse, pero solo se encontró con personas que se abrazaban, reían y se ponían al día entre exclamaciones y algarabías. Se quedó allí parada, de pie, intentando no molestar a otros viajeros y no pudo evitar adelantar su labio inferior en una expresión compungida. Después de todo, igual debía tomar un taxi porque, al parecer, nadie parecía estar esperándola.

Roger se quedó inmóvil, no pudo menear un solo pie del lugar donde se encontraba, la vio salir y mirar de un lado a otro, parecía nerviosa, y en el instante que hizo ese mohín con los labios supo que sus horas de trabajo se iban a intensificar. «La fotografía no le hace justicia», pensó mientras observaba con detenimiento a la muchacha que tenía ante sí. Era mucho más hermosa de lo que recordaba haber visualizado, su cabello, que le caía sobre los hombros, era negro y brillante, en ese instante se apartó un mechón de la cara y le pareció un gesto de lo más sensual; sus ojos estaban muy abiertos y en ellos se podía leer cierta inquietud, sus rasgos estaban en consonancia, una nariz perfecta y unos labios voluminosos, le costó un esfuerzo titánico dejar de mirarlos y centrarse de nuevo en ella. Era alta, debía medir al menos un metro setenta, y esbelta, de caderas plenas y unos muslos embutidos en unos estrechos pantalones que podía quitar la respiración a cualquier hombre. El hecho de pensar así le sorprendió. Desde la muerte de Bárbara no había habido otra mujer, se aferraba a su recuerdo con fuerza e intentaba que sus hijos la tuvieran presente en cada ritual familiar. Levantó el brazo a sabiendas que la señorita Cruz estaba perdiendo la paciencia, la vio tropezar con su mirada de forma fortuita en él y esbozar una sonrisa sincera, parecía contenta,

pero lo que le desarmó completamente fue su forma de andar y su contoneo natural, nada estudiado. Supo en el acto que estaba perdido y no pudo más que pedir perdón a su difunta esposa por esos pensamientos impuros que ya avasallaban su cerebro, eso le llevó a preguntar de dónde procedía Alma y llegó a la conclusión de que si moría en ese mismo instante, iría directamente al infierno sin ni siquiera pasar por el purgatorio.

—Señorita Cruz —saludó Roger en castellano con un acento muy francés mientras extendía la mano.

—Señor... —dijo Alma respondiendo al saludo.

—Roger Arnod, disculpe, no le he dicho mi nombre, soy el causante de que hoy se encuentre en este aeropuerto.

—Encantada, señor Arnod, he de decirle que es una decisión de lo más meditada.

—Me alegra saberlo, déjeme que tome su maleta...

—Puedo llevarla yo —dijo ella interrumpiendo la maniobra—, no quiero ser una molestia.

Roger se detuvo y la miró directamente a los ojos.

—Dejemos una cosa clara, Alma —comenzó a decir—, ¿porque su nombre es ese, verdad? —Al verla asentir tan despacio, creyó no haberse explicado bien, pero, aun así, continuó— ¿sabe el tiempo que he estado ante el espejo perfeccionando esa frase?

La vio sonrojarse y luego abrir mucho los ojos, como había hecho unos minutos antes mientras la observaba.

—Lo siento... no quiero ser desagradecida —se disculpó torpemente a la vez que soltaba de golpe la maleta contra el suelo.

Roger comenzó a reír y fue entonces cuando descubrió la auténtica mirada de asombro de Alma.

—Lo siento, no soy muy asiduo a las bromas y hace mucho que no me río de esta manera. ¿Podrás disculparme? —preguntó deseando ser él quien apartase el mechón que volvía a caer sobre su frente—. Te pido, por favor, que me llames Roger y me tutees, después de todo, te vas a hacer cargo de mis hijos, lo más valioso que tengo en este mundo.

Alma abrió la boca y un instante después la volvió a cerrar sin saber muy bien qué decir.

—Mi castellano es muy pobre —dijo él encantado de que la joven no se interpusiera a que tomase el asa de la maleta, observó que Alma le seguía

por la terminal excesivamente callada, pero no le comentó nada al respecto, si su cuerpo parecía estar esculpido por los dioses, su voz no desentonaba para nada con su físico. Se increpó por esos pensamientos derrotistas y continuó avanzando a la vez que daba algún que otro zigzag para evitar tropezar con alguna de las personas concurridas en los pasillos—. Tendrá que tener paciencia conmigo. —La vio asentir de nuevo—. ¿Podrá hacerlo?

—¿Disculpa? —le preguntó Alma al notar que la última frase fue interrumpida por uno de los altavoces de la terminal.

Roger se detuvo de pronto, y ella tuvo que frenar en seco para no tropezar con el que ya era su jefe.

—¿Tendrás paciencia conmigo, Alma? —volvió a preguntar sin poder evitar ser consumido por su mirada.

—Yo... claro, Roger... —Dudó antes de continuar, se frotó la sien, estaba más nerviosa de lo que quería demostrar—. He estado tomando clases de francés antes de venir aquí e imagino que no nos será muy complicado comunicarnos —terminó diciendo en un tono dudoso.

Él no respondió, se limitó a tomar de nuevo el asa de la maleta y continuó con su rumbo a la salida del aeropuerto. Alma no supo cómo interpretarlo, pero si no quería perderlo de vista, más le valía aumentar la zancada y colocarse a una distancia más bien prudencial de él. En este mismo momento no supo a que debía atenerse, todas sus buenas maneras y saber estar se habían esfumado como por arte de magia.

Ya en el coche, todo pareció volver de alguna manera a su lugar, la música que se escuchaba a través del CD era pegadiza y aunque Alma intentó varias veces traducir la letra al castellano, le fue del todo imposible. Quizás, en ese instante, se dio cuenta que aún le quedaba mucho por aprender del nuevo idioma que quería estudiar.

Roger conducía tranquilo, parecía disfrutar de ello, el automóvil de alta gama se deslizaba por el asfalto, no había excesivo tráfico, mantenía una velocidad moderada. Por primera vez desde su llegada, comenzó a relajarse; al ver que él se mantenía en silencio, ella decidió tener la boca cerrada y mirar a través de la ventanilla. Le sorprendió comprobar que Francia era un lugar tal cual le había descrito su profesora de francés, más allá de la línea de la autopista se podían apreciar pequeños bosques de pinos que irrumpían con el tono gris del la calzada. De pronto, no pudo evitar pensar en el hombre que

iba tras el volante, olía de maravilla e imaginó que alguno de los perfumes excesivamente caros que anunciaban por televisión era el causante de ello.

Roger debía rondar los treinta y cinco o cuarenta años, al menos eso supuso ella al ver esos frunces tan característicos en la comisura de los labios cuando sonreía; era alto, moreno, sin un ápice de calvicie y con unos ojos color avellana enmarcados por unas largas pestañas, poco comunes en el género masculino, que hacían de su mirada un pozo sin fondo donde una, sin pretenderlo, podría perderse. «No, mejor dejo estos pensamientos en algún lugar recóndito de mi mente», se dijo mientras se centraba en un bando de pájaros que en ese instante cruzaban en paralelo a la ventanilla.

—No has traído mucho equipaje.

—¿Disculpa...? —dijo ella volviendo bruscamente la cabeza en su dirección.

—¿Sueles hacerlo muy a menudo?

Ese hombre la desconcertaba. Estaba tan absorta viendo cómo el pájaro guía iba en cabeza del resto que, una vez más, había perdido el hilo de la conversación. El señor Arnod iba a pensar que no era excesivamente espabilada.

—Me refiero a estar tan absorta en tus pensamientos, no pronunciaste una sola palabra desde que nos subimos al coche.

—Creí que no te apetecía hablar. —Recordó que debía tutearle—. Por eso decidí mantenerme en silencio. —Fue entonces cuando le dirigió una educada sonrisa—. Pero te aseguro que soy de lo más parlanchina. —Al ver que él fruncía el ceño, ella buscó una palabra más acorde en el diccionario—. Habladora. —Le vio sonreír de oreja a oreja mientras asentía.

«Esa sonrisa podría descongelar el polo Norte», pensó mientras intentaba desviar la mirada al parabrisas. ¡Por el amor de Dios, era su empleada! Ella nunca había sentido nada por el estilo, ni siquiera por ninguno de sus compañeros de clase, entonces, ¿a qué venía esa actitud hacia él? Se acababan de conocer. Pensó que el cansancio estaba haciendo mella en ella, era muy posible que mañana viese las cosas desde otro ángulo y pudiese quitarse esta tontería que no dejaba de rondarle la cabeza. El hecho de haber sido criada entre monjas no quería decir que no estuviese hecha de carne y hueso.

—¿Te gusta el arte?

—Sí. —Esa era una pregunta que la hacía sentirse cómoda—. Daría lo

que fuera por ir a Florencia, palpar con la palma de las manos su centro histórico, la catedral de Santa María del Fiore, donde se encuentra la cúpula de Brunelleschi —aclaró—, o el *David* de Miguel Ángel.

Él se dejó impregnar por el entusiasmo de ella.

—No sé por qué me parece que te has confundido de país —le dijo él en un tono jocoso mientras reducía la velocidad y tomaba una bifurcación a la derecha.

—Bueno, en Francia se encuentra el Palacio de Versalles, no me gustaría hacer enfadar a Luis XVI —comentó entre risas—, o El Louvre —añadió en el último momento con una pronunciación más castellana que francesa.

Él pareció interesarse en lo que decía porque la miró detenidamente unos instantes, suficientes para que ella dejase de hablar.

—¿Así que, después de todo, te gusta nuestro arte?

—Adoro el arte en toda su dimensión, creo que es una manera que tiene el hombre de darle con sus manos una imagen a la belleza.

Él volvió la mirada al parabrisas y se prometió a sí mismo que no la desviaría de allí hasta llegar a casa. Por su experiencia como empresario, debía tratar con mucha gente al cabo del día, terminaba aburrido de tanta parafernalia, pero con Alma era distinto, su deseo por saber más, su espontaneidad, su frescura hacían de ella una mujer muy peligrosa. Debía tener cuidado y saber cuál era su lugar en la casa. Se recordó a sí mismo que era el jefe, el hombre que llevaba las riendas de la situación, con este pensamiento pisó el acelerador y se perdió en la sensación que le ofrecía la velocidad.

Cuarenta minutos más tarde llegaron a casa, Alma abrió la puerta del automóvil sin despegar la vista de la fachada, si en fotografía era impresionante, así de cerca era espectacular, parecía un pequeño Versalles en miniatura.

Los marcos de las ventanas y la puerta principal estaban exquisitamente labrados en madera. Una verja blanca separaba la casa de un terreno que parecía perderse en el horizonte; en el ala sur, una enorme terraza donde, en ese mismo instante, varias sombrillas parapetaban los rayos del sol y ofrecían una codiciada sombra en un día tan caluroso de septiembre como en el que se encontraban.

—Me da la impresión de que te gusta lo que ves.

Alma se giró lo suficiente para ver a su lado a Roger ya con la maleta en la mano.

—Es una casa fantástica, nunca había visto nada igual.

—Bárbara y yo deseábamos un hogar espacioso, nos hubiese gustado tener más hijos, pero no pudo ser.

El tono de voz de él estaba embriagado de tristeza, o eso al menos fue la impresión de ella.

—Lamento la muerte de tu esposa —añadió sin saber muy bien qué decir.

Él pareció salir de su sopor y dirigió su mirada hacia Alma, dedicándole una sonrisa más bien perezosa.

—Gracias —le dijo adelantándose varios pasos por delante—. Será mejor que entremos, no es muy habitual que a estas alturas de septiembre haga tanto calor, pero imagino que el cambio climático no tiene concesiones con nadie.

Alma se humedeció los labios con la punta de la lengua al no poder evitar cierto nerviosismo que le recorría el cuerpo, y decidió seguirle.

—Imagino que habrás leído el contrato.

Ella se fijó en sus anchos hombros antes de responder, el hecho de que fuera vestido con una camisa blanca de algodón remangada por los antebrazos y un pantalón beige, que permitía la visión de unas nalgas prietas y firmes, hizo que ella demorase su respuesta.

Él se paró de repente en busca de la respuesta, y, como había ocurrido en el aeropuerto, Alma temió colisionar contra él. Esta vez, sus reflejos no fueron tan rápidos y si no hubiese sido porque Roger la recogió entre sus brazos, habría caído de bruces en el suelo.

—Lo siento, de veras —farfulló azorada mientras tomaba rápidamente cierta distancia—, hoy estoy excesivamente torpe.

Roger, al contrario, no se movió y una lenta sonrisa se anidó en sus labios.

—Después de todo, creo que podría acostumbrarme —comentó en un tono poco serio, para quitar hierro al asunto, al ver tan azorada a la muchacha.

Alma se pasó los dedos por el pelo y dejó escapar, sin ser muy consciente de ello, un largo y lento suspiro. El gesto fue suficiente para

provocar en Roger algo que había estado reprimiendo la última hora: un espasmo de excitación.

—Me preguntabas por el contrato...

—El contrato —repitió Roger como si quisiera encontrar el hilo de la conversación.

—Lo leí y me pareció correcto, por esa razón lo firmé.

—Entonces, sabrás que tu día libre serán los domingos y que tendrás que dedicar unas horas al día a estudiar nuestro idioma.

—Sí —respondió ella sin saber muy bien a dónde quería llegar Roger.

—Espero que seas una mujer vital porque con esos tres diablillos que tengo por hijos, te pasarás el resto del día descansando en vez de estar entre libros.

Esta vez fue de ella el turno para sonreír.

—Creo que podré con la situación. Después de todo, no son más que niños.

Él la miró fijamente y no pudo evitar estallar en una carcajada ante el argumento de su nueva niñera.

Alma no pudo estar más sorprendida cuando vio a Gilles, el hijo mayor de Roger, decirle:

—Esperaba que fueras más guapa.

—¡Gilles! —le regañó su padre.

—Lo siento —se disculpó Roger a la vez que miraba a su hijo con cara de pocos amigos—, Gilles suele ser un niño muy educado, pero esta vez sus modales han debido quedarse en su habitación, lugar donde se pasará el resto del día —dispuso con un tono que dejaba entrever un castigo bastante severo.

—No, por favor, tiene derecho a decir lo que piensa —intervino Alma a sabiendas que si Gilles era castigado, podría ganarse un enemigo para toda la vida—. Además, tiene razón, mi nariz —la señaló con el índice— debería ser algo más pequeña y menos respingona. —El niño esbozó una ligera sonrisa ante el comentario—. Y, para colmo de males —se retiró el pelo hacía atrás— mis orejas, si te fijas bien, pueden competir con Dumbo. —Esta vez, Gilles no pudo evitar reír ante el argumento.

—Gilles, discúlpate —le ordenó su padre con un tono que no le daba elección

De pronto la sonrisa del niño no dejó huella alguna en su rostro.

—No es necesario, Roger. —Alma, para enfatizar su argumento, rozó con sus dedos el antebrazo desnudo de él, al sentir el calor de su piel y el cosquilleo del vello entre sus dedos, retiró inmediatamente la mano, como si realmente hubiese tocado algo en llamas.

Roger la miró con intensidad, pero no dijo nada, se limitó a dar un paso hacia adelante y presentarle a su hija Annette.

Los niños estaban uno al lado del otro. Annette no había pronunciado aún una sola palabra con respecto al altercado que había sucedido hacia unos segundos.

Si Gilles era moreno y tenía los ojos color chocolate, quizá un poco más oscuros que su padre, Annette era rubia con un color de ojos tan intenso como el cielo en un día despejado. Para nada parecían hermanos. El mayor tenía ciertos rasgos heredados de Roger, pero la niña daba la sensación de no compartir sus genes. Iba vestida con un sencillo vestido blanco de tirantes finos y su pelo, largo y lacio, recogido en parte con una bonita trenza.

—Hola, Annette, ¿sabes que tienes un nombre precioso?

Ella, como respuesta, sonrió ruborizada, al hacerlo, Alma se percató que le faltaban varios dientes.

—¿Cuántos años tienes? —Quiso saber poniéndose a su altura.

—Tengo siete años, y Gilles, diez —respondió con algún que otro siseo pues el aire parecía filtrarse por los huecos que habían dejado uno de sus incisivos.

La niña llevó su mano hasta la cruz que colgaba del cuello de Alma.

—Es muy bonita.

—Sí, sí que lo es.

—¿Es un regalo?

Alma alcanzó con su mano la cruz y atrapó con ella los dedos de la niña. Su piel era cálida y suave.

—Sí, fue un regalo.

—Me gusta mucho.

—Habláis muy bien castellano —comentó Alma, incorporándose para romper el momento de recordar a una madre inexistente que la dejó abandonada a las puertas de un convento.

—Mi madre era española —puntualizó el mayor de los hermanos con el ceño fruncido.

Alma pudo percatarse del dolor que transmitían los ojos de Gilles. No cabía duda de que el niño no había aceptado aún la pérdida de su madre. Era lógico, ella nunca había conocido a la suya y había ocasiones en las que la añoraba.

—Ese es el motivo de que hayamos decido contratarte, Alma, no quiero que los niños olviden su idioma materno. Mi hermano, al que pronto conocerás, y yo lo hablamos, o mejor dicho, nos defendemos en castellano por motivos laborales, pero te habrás fijado que no con la soltura ni destreza que debiéramos.

—Creo que lo haces muy bien.

Esta vez fue Roger que, sin pretenderlo, se quedó azorado.

—Se agradece el cumplido, pero no muestro esa soltura que se debe emplear en una reunión de negocios. Hay términos que se me escapan.

Alma iba a responder, pero fue interrumpida por la entrada a la estancia de una mujer enjuta, de pelo muy corto con flequillo y completamente cano, debía rondar los setenta años, llevaba un niño precioso en los brazos. Sin duda, era la madre de Roger porque el parecido entre ambos era notable.

—Mi madre Chantal —les presentó.

—*Enchanté* —saludó Alma.

—*Bienvenue, mademoiselle* Cruz —respondió la mujer, complaciente.

—Con mi madre lo tendrás más complicado, solo chapurrea algunas palabras en castellano y muchas de ellas son heredadas de los niños —alegó Roger tomando a su hijo pequeño en brazos—. No te sorprendas si la oyes decir expresiones como *guay* o *qué pasada*.

Alma intentó no reír ante la explicación respecto a la madre de Roger ya que la mujer no lo entendería y podría sentirse molesta, pero no le importaría verla en acción cuando hablase en castellano.

—¿Y este pequeño es...? —preguntó desviando toda la atención al niño moreno y de ojos oscuros tan parecidos a los de su hermano Gilles, no debía tener más de dos años.

—Eric, el más pequeño, pero no te fíes de su apariencia ya que es, con creces, el más diablillo de los tres.

El niño, al escuchar su nombre, introdujo inmediatamente un dedo en

la boca y debió sentir cierta vergüenza porque metió su pequeña cabecita entre el cuello y el hombro de su padre.

—Saluda a Alma, Eric.

El pequeño, como respuesta, abrazó con sus diminutos brazos a su padre y negó enérgicamente con su cabecita.

—Es muy tímido, pero solo al principio, no te fíes de esta cara angelical.

—Lo tendré en cuenta —dijo Alma observando con atención a toda la familia. Estaba claro que, de entre todos los miembros, el que más tiempo llevaría hacerse de su confianza sería Gilles, al recaer su mirada en él, el niño, como única respuesta, unió sus cejas en un movimiento molesto.

—Esta es mi familia, Alma, espero que...

—Buenas tardes —interrumpió una voz masculina al entrar en el salón. Todos miraron en esa dirección. Los niños, al ver al hombre que aparecía por la puerta, corrieron resueltos y alborotados hacia él, incluso Eric se bajó a una velocidad de vértigo de los brazos seguros de su padre, como si la vergüenza hubiese desaparecido de repente, y trotó con sus pequeñas piernas tras sus hermanos.

—Alma, te presento a mi hermano Jacob.

El hombre dejó a sus sobrinos en el suelo y se adelantó varios pasos, intentando no caer, hasta llegar a la nueva *au pair*.

—Un placer, Alma. Si mi hermano me hubiera dicho que eres tan guapa, hubiese venido antes.

—No es tan guapa, tío —protestó, malhumorado, Gilles. Jacob revolvió el pelo de su sobrino mayor, quien protestó, pero, aún así, se abrazó a él.

—Jacob... —el tono de Roger sonó a advertencia.

Este alzó las manos en un gesto de paz.

—¿Acaso soy culpable por decir la verdad?

Saludó a Alma con un apretón de manos.

—Muchas gracias por venir al rescate —comentó Jacob.

A Alma le cayó bien desde el primer minuto, no era tan atractivo como Roger, sí unos centímetros más alto, pero su carisma hacía de él un hombre de lo más interesante. Al contrario que su hermano, tenía los ojos más claros, no pudo averiguar su tono exacto, dedujo tras un intenso escrutinio.

Roger se esforzó por destensar la mandíbula. Debía reconocer los hechos, Alma era una mujer muy hermosa, a pesar de que ella había intentado mostrar ante Gilles sus defectos, y él, por más que se esforzaba en verlos, no los encontraba; era cariñosa, nadie podía disfrazar esos gestos innatos. Otra cosa que le inquietaba era que su nueva niñera no tenía carga alguna de responsabilidades, al igual que Jacob, soltero, adinerado y con una simpatía arrolladora. Jamás había sentido celos de su hermano hasta ese instante. Se mostró inquieto y esquivo. Todo el mundo tenía derecho a encontrar su felicidad, él la había hallado junto a Bárbara y, muy a su pesar, la había perdido. Su turno había pasado y lo mejor que podía hacer era centrarse en su trabajo y en sus hijos; lo demás le traía sin cuidado. Después de unos segundos viendo cómo Alma y Jacob se reían juntos, se preguntó a quién quería engañar. Hacía mucho que no sentía ese cosquilleo en el cuerpo y, para su desgracia, sabía lo que significaba: deseo de posesión.

CAPÍTULO 3

Alma dejó el abrigo sobre la cama, su día de descanso había sido fantástico, el dar un largo paseo hasta la cabaña donde estaban apostados los caballos había hecho que el optimismo volviese a aflorar en su fuero interno. Observó el reloj que reposaba sobre su escritorio, eran casi las ocho de la tarde y muy pronto los niños tendrían que ir a la cama. Aunque fuese domingo, Annette y Eric la esperaban, Gilles era otro cantar. Había pasado casi un mes y medio desde su llegada y aún no había conseguido que el niño se abriese a ella. Después de pasar a ver a los pequeños, llamaría a sor Águeda

La estancia estaba decorada como el resto de la casa, era un estilo sencillo y muy campestre, los colores claros predominaban sobre los oscuros y la luz natural se filtraba por los inmensos ventanales o huecos que encontrase a su paso. La cama era enorme, estaba decorada con un edredón de plumas blanco, a su lado una mesilla de noche de varios cajones y sobre ella un lámpara en forma de vela. El escritorio era del mismo tono que los otros muebles, frente a él una silla de color crema muy al estilo *vintage*; estaba claro que la señora Arnod tenía un gusto exquisito para la decoración; sencillo, pero funcional. Lo que más le gustaba era tener un cuarto de baño propio; claro que con once habitaciones que tenía la casa, seis de ellas dormitorios, no era de extrañar que fuera así. Su habitación era su lugar predilecto. Rodeada de esas cuatro paredes se encontraba segura y a gusto, lejos de Roger y de su escrutinio.

Se frotó las manos, una contra otra, para hacerlas entrar en calor. El frío ya era más que patente, agradeció la calefacción encendida, esos días calurosos del mes de septiembre habían desaparecido dando paso a las lluvias y a temperaturas que en muchas ocasiones marcaban bajo cero en el termómetro. Se llevó la mano hasta el pelo y lo apartó hacia atrás, un gesto de lo más habitual en ella. Pensó nuevamente en su jefe, era un hombre que aparentaba no tener humor, hasta los niños parecían rehuir de él.

Intentó desecharlo de la mente, como cada vez que la presencia de él la invadía, sin duda estaba idealizando a un hombre que apenas conocía. Cada mañana le preguntaba por los niños, pero ella tenía la impresión de

estar dando un parte diario: «Gilles hace sus tareas escolares... Annette no protesta a la hora de irse a la cama, y el pequeño Eric se ha mostrado inquieto a lo largo del día», casi siempre era así. No podía evitar preguntarse cómo un padre, que en un principio parecía tan cariñoso con sus hijos, se mostrase tan distante al respecto.

Escuchó la voz de Annette junto a la de Gilles, como era su costumbre, estaban discutiendo, si algo había aprendido esas semanas, era que los hermanos buscaban cualquier pretexto para meterse de lleno en alguna reyerta.

La voz de Chantal les interrumpió y pareció ser reconciliadora, Eric se unió al grupo familiar con uno de sus sollozos. Aún no entendía demasiado bien el francés, pero, a veces, hilando varias palabras sueltas, lograba hacerse una idea de la frase inicial. Esta vez, el contenido no era todo lo indulgente que debiera ser. La abuela de los niños estaba cansada. Alma decidió tomar parte en el asunto y resolvió ir a su encuentro.

Como lo suponía, los niños ya estaban en pijama, pero a Chantal le era imposible meterlos en la cama. A la madre de Roger, al verla, se le iluminó la mirada, no cabía duda de que agradecía el apoyo.

Alma le sugirió que fuese a acostar al pequeño, la mujer pareció entender porque, tras una sonrisa de oreja a oreja, se dirigió con su nieto en brazos a la habitación de este.

—¡Tú no eres mi madre, no puedes obligarme a hacer que me vaya a la cama! —exclamó el mayor de los hermanos, enfadado, en un castellano perfecto para que no hubiese género de dudas sobre lo que quería expresar.

—Tienes razón, no lo soy ni pretendo serlo. El vacío que dejó tu madre solo lo puede llenar ella.

Gilles abrió los ojos como platos. Estaba claro que no esperaba esa respuesta.

—Mañana hay colegio y necesitas descansar, ¿podrías, por favor, irte a dormir?

—Te repito que tú no eres mi madre —espetó indignado.

—Gilles... —murmuró Annette asustada ante la actitud de su hermano mayor.

—No me toques —le gritó. La pequeña dio un salto hacia atrás e intentó que las lágrimas no salieran a la luz—. La tratas como si fuera mamá —la acusó—, y no lo es, ¿no lo ves?, no es ella.

—No es verdad... —se defendió Annette—, pero es muy simpática y cariñosa con nosotros.

Alma rodeó con su brazo el tembloroso cuerpo de la niña.

—Gilles, creo que es suficiente.

—Te he dicho que no me des órdenes, tú no eres...

—Lo sé —le interrumpió Alma—, no soy tu madre, lo has repetido hasta la saciedad y me ha quedado más que clara tu postura, pero déjame decirte que tú tampoco eres mi hijo.

Gilles la miró inquisitivamente. Estiró el cuello en un acto desafiante, en su mirada no había rencor, solo dolor pensó Alma. En el momento que iba a dar su réplica, el niño se giró y les dio la espalda llevando a cabo la orden de irse a la cama.

Situaciones extremas necesitan medidas drásticas.

—¿Y tú te vas a ir a la cama sin rechistar? —le preguntó a la niña cariñosamente a la vez que le acariciaba con el índice la nariz.

Annette asintió efusivamente, sonrió y permitió que se viese el inmenso hueco que había dejado la caída de uno de los dientes.

—¿Quieres que te acompañe?

Esta vez la niña afirmó más enérgicamente con la cabeza.

—¿Me contarás el cuento?

—¿Otra vez? Ya debes sabértelo de memoria.

—Por favor —rogó a la vez que unía palma con palma.

—Uhhmmm. Está bien, pero debes prometerme que te dormirás enseguida.

La niña hizo el signo de la cruz sobre su pecho con el pulgar y después lo besó.

—Vaya, parece una promesa en toda regla.

Roger, más cansado de lo que quería reconocer, entró en casa. Las fechas navideñas se acercaban y, como era costumbre en esa época, las ventas de vino se disparaban. No podía quejarse, el negocio iba viento en popa. Trabajaba cada domingo hasta horas intempestivas. Terminaba de cerrar un trato con un empresa española, le iba a dar unos beneficios increíbles, sin embargo, en su fuero interno, no estaba lo feliz que debiera estar. El hecho de

llegar a casa ya no constituía ese remanso de paz que parecía haber encontrado en meses anteriores, sumergido en el recuerdo de Bárbara. Ahora era diferente, conocía bien la razón, había meditado horas e incluso días al respecto, y la conclusión siempre terminaba en un solo nombre: Alma.

Tenía que reconocer que su llegada había sido como una brisa de aire fresco. Su madre estaba encantada, ya no por el simple hecho de tener menos trabajo y responsabilidad con los niños, sino porque Alma era especial y eso lo podía sentir en cada uno de los miembros de la casa, aunque Gilles se opusiera a ello. Era lógico que su hijo no quisiera derrumbar esa frontera infranqueable que había construido alrededor del recuerdo de su madre, Alma parecía también entenderlo porque siempre, por muy enfadado que se mostrase su primogénito, tenía una paciencia infinita con él.

Dejó el maletín sobre el sofá y se acercó al dispensador de licores en forma de globo terráqueo situado en un extremo del salón, lo abrió a la mitad y eligió una botella de brandy, ¡Dios sabía que lo necesitaba! Tomó un vaso y lo llenó un tercio, lo llevó hasta los labios y dio un largo trago; el líquido ambarino le quemó a su paso por la garganta, pero cuando percibió el calor en el estómago se sintió mucho mejor. No estaba siendo sincero consigo mismo, era consciente de ello, pero no podía hacer otra cosa que protegerse de aquello que parecía estar forjándose en su interior. La deseaba de una forma primitiva y cada día con más anhelo. Era algo complicado de explicar, que hasta a él mismo le asustaba, porque con nadie, ni tan siquiera con Bárbara, lo había sentido de esa manera. Bebió otro sorbo, se pasó el vaso por la frente intentando que el frío cristal despejase ese ardor que parecía no querer dejarle en paz. ¿Podía algún hombre vivir con una semi erección permanente? Su pregunta se tendría que quedar sin respuesta porque no iba a hacer nada para salir de dudas. «Quizá llevo demasiado tiempo sin estar con una mujer», pensó a la vez que sus ojos se estrechaban y sus labios se apretaban en una línea muy fina.

Escuchó en la planta superior llorar a Eric, esperó un par de segundos, pero al ver que nadie iba a atender al pequeño, decidió hacerlo él, después de todo, era el día libre de Alma. Dejó el vaso sobre la mesa de madera de haya y, excesivamente pesaroso, se encaminó hacia las escaleras.

Alma arropó a la niña como hacía cada noche, la dejó hablar, puesto que la encantaba escuchar ese acento tan francés impreso en palabras castellanas.

—Entonces, desde el día que naciste llevas este colgante. —No era una pregunta, había oído tantas veces la historia que la misma niña ya hacía de narradora. Annette continuó—: aunque no sabes quién te lo regaló.

Lo que en un principio había comenzado como un cuento, al cabo de las semanas, se había convertido en una leyenda en labios de la pequeña.

—Exacto —le dijo depositando un beso en una de sus mejillas.

Annette aprovechó el momento para hacer algo que le fascinaba, acariciar la cruz que en esos instantes bailaba sobre sus ojos.

—¿Algún día se la darás a tu hija?

A Alma no le hizo falta preguntar, sabía a ciencia cierta a qué se refería.

—Sí, eso es, siempre y cuando ella lo acepte.

—Ojalá fuera yo tu hija.

A Alma se le paralizó el corazón. Gilles y Annette eran hermanos, ¿cómo era posible que cada uno de ellos pensara de forma tan diferente?

—Gracias, cariño, pero no debemos olvidar que tienes una mamá que, aunque no esté aquí ahora con nosotros, te quiere muchísimo.

—Lo sé, pero no la puedo tocar —dicho esto, acarició la mano de su niñera—, como hago contigo.

Alma se recordó que para la edad de Annette todo debía ser tangible.

—¿Algún día la buscarás?

—¿A quién? ¿A mi madre? —Al verla asentir continuó—. Creo que no he dejado de buscarla nunca, aunque sé que he sido una niña afortunada porque tuve personas que han cuidado y hecho de mí lo que soy ahora.

—¿Tienes novio?

Alma no se acostumbraba a esos cambios tan bruscos de tema por parte de Annette, se preguntó si todos los niños serían iguales.

En ese instante los gritos y sollozos de Eric sonaron tan fuertes que irrumpieron por toda la casa; Alma se incorporó presurosa de la cama para ir a su encuentro, pero al ver como una sombra se había puesto en movimiento acompañada de unos pasos, supo de inmediato que era Roger. Había soñado tanto con esa silueta estos últimos días que podría decirse que se estaba volviendo loca.

La cuestión era ¿cuánto había escuchado de la conversación que había mantenido con la niña?

—¿Estás segura de que todo va bien?

Antes de responder a esa pregunta, Alma cerró los ojos y se preguntó hasta qué punto podía ser condenada por el cielo por mentir a una monja.

—Estoy un poco cansada, eso es todo —respondió cruzando los dedos para ser creída—. Nunca imaginé que cuidar de tres niños pudiese ser tan agotador —comentó recordando que había sido una de las semanas más duras en la casa. Era cierto, Gilles había sido impertinente hasta decir basta y Eric, para ser tan pequeño, ya era un negociador nato. Pensó en Annette, y si estuviera ante un espejo, sabría que se le había iluminado la cara. Entonces, ¿cómo era posible que su cariño incrementase de una manera tan espectacular por el hogar en el que vivía y las personas que lo componían?

—Es lógico que estés cansada. ¿Te tratan bien? —inquirió sor Águeda como si le leyese el pensamiento.

—No tengo queja alguna. —Alma apretó con fuerza su móvil intentando que su tono de voz no sufriera ningún cambio—. Aunque se come mucho mejor en Salamanca que aquí —profirió de repente para cambiar de tema.

La risa no se dejó esperar al otro lado de la línea.

—En cierta manera, la gula es un pecado capital.

—No hablo de gula —protestó—, solo de jamones y chorizos.

Esta vez la risa resonó con más fuerza, tanto fue así que un acceso de tos terminó con ella.

—Por el amor de Dios, ¿estás enferma? —Alma esperó unos segundos antes de continuar hablando, pero aquel sonido desgarrador parecía no terminar nunca—. ¡Sor Águeda! —exclamó preocupada.

—Estoy... estoy bien —comenzó a decir la monja—, es este frío seco que se mete hasta las entrañas, pero ya pasó —dijo sin poder volver a evitar toser, aunque esta vez más débilmente—. ¿Has visitado el Palacio de Versalles?

Alma percibió, como había hecho ella antes, que la Madre Superiora la quería llevar por otros derroteros y no centrarse así en su estado de salud.

—Sí. Es impresionante —dijo finalmente.

—Me lo imaginaba. Cuéntame, ¿cómo es? —preguntó la monja aún con cierto carraspeo en su tono de voz.

—¿Estás segura de que estás bien?

—Sí, se me pasará, ya sabes que este río Tormes solo trae nieblas y humedad.

Alma lo sabía; además, el convento era un lugar donde el frío parecía instaurarse entre sus muros buena parte del año.

—Lo que más me impresionó —comenzó a decir sin dar más importancia a la salud de la Madre Superiora—, es el acceso al Palacio, parece que entras a otra dimensión y cuando llegas a los aposentos del Rey, da la sensación de que él te va a recibir en audiencia; claro que no me imagino ni creo que me gustaría ver su *lever* matinal ni su *toilette*.

Intentó recordar toda la explicación que había ofrecido la guía a los visitantes y se lo narró a groso modo a sor Águeda.

—Me gusta escucharte pronunciar bien esas palabras francesas. Tengo la sensación de que tu estancia en Versalles está dando su fruto.

—De eso se trata, ¿no? —preguntó en un tono jocosos.

—¿Es cierto lo que dicen, que el rey...?

Alma no pudo más que reír ante la pregunta.

—Si me preguntas si pude ver la *chaise percée* del rey, te diré que sí.

—¿O sea que es verdad que algo tan íntimo lo hacía delante de toda la corte?

Alma soltó una carcajada de lo más sonora.

—Exacto.

—Está bien, no me lo puedo creer, será mejor que cambiemos de tema.

Alma se levantó de la cama donde se encontraba sentada y comenzó a pasearse por la habitación.

—Los jardines son fabulosos —continuó—, con tantas plantas y árboles que te parecerían el mismísimo Edén; las estatuas de mármol son impresionantes y casi podría decirse que podrían recobrar vida a la forma humana de un momento a otro. Las fuentes y estanques forman un todo digno de la historia que ocupa en el tiempo.

—Sabía que te encantaría, lo llevas en la sangre.

Alma no pudo evitar preguntarse de dónde provenía y dónde se

encontraba su origen.

—Me alegro, Alma, de que estés feliz en tu nuevo hogar.

Se despidieron como lo hacían cada domingo, pero esta vez mucho más preocupada que de costumbre por esa tos que padecía la Madre Superiora, daba la sensación de que iba a arrancar de un momento a otro los pulmones de su sitio.

CAPÍTULO 4

Sentado en su despacho, Roger observó la tarjeta que tenía entre los dedos, la agitó como si fuera un abanico y se preguntó por enésima vez lo que debería hacer con ella. Se levantó y se dirigió al enorme ventanal que dejaba entrever el París del siglo XXI. La contempló de nuevo y leyó, entre otros nombres, el del museo de El Louvre.

La había comprado de una forma casi automática, sin pensar mucho en las consecuencias o qué debía hacer con ella. El simple hecho de que incluyera entradas gratuitas a más de sesenta museos, galerías y monumentos parisinos con más fama en el mundo, un recorrido en el autobús turístico o un crucero por el río Sena fue más que suficiente para adquirirla, no para él, sino para regalársela a Alma; no tenía que ser en navidades, eso era algo demasiado personal, pero sí que podía hacerlo cualquiera de estos días; no tenía que decir que la había comprado él, a lo mejor podía sugerir que un cliente se la había dado en forma de gratificación. La mente le bullía de tal manera que pensó que podía estallarle la cabeza de un momento a otro.

La conversación que Alma había mantenido con su hija era ya un pensamiento instalado de forma permanente en su cerebro. La pregunta *tienes novio*, se había quedado en el aire. En ese instante, Eric decidió llorar con fuerza, y él no tuvo más opción que ir a su encuentro. ¿Por qué no se le había ocurrido pensar que su niñera ya podía estar comprometida? ¿Hasta tal punto podía llegar su egoísmo? Se le dibujó un rictus amargo en la boca y se alejó del ventanal con las sienes palpitantes. «Debo alejarme de ella», se dijo, «y pensar exclusivamente en mi familia». Ese término le llevó a un punto de la conversación en el cual Annette le preguntaba a Alma por su madre, recordó haber pensado que debía moverse de allí y no seguir escuchando esas respuestas que solo pertenecían a la mujer que en ese instante estaba con su hija. No conocía la historia, pero daba por sentado el hecho de que si su niñera había sido criada en un convento, bien podría ser huérfana.

Annette la adoraba, lo sabía y al mismo tiempo lo temía. Su hija todavía era muy pequeña y buscaba aún ese papel de madre que por razones de un destino odioso se la había arrebatado de la noche a la mañana. Alma se quedaría unos meses con ellos y luego se marcharía para siempre. Dios, para

siempre, qué duro sonaba. Volvió a su mesa y se dejó caer nuevamente sobre el sillón, se mesó el pelo y exhaló un suspiro de frustración.

Varios golpes en la puerta hicieron que volviese a la realidad y guardó de forma automática la tarjeta en el primer cajón de su mesa. No esperaba a nadie, bien podría tratarse de su secretaria, aunque le extrañó, pues ella no solía llamar, sino que entraba directamente.

—Adelante.

El simple hecho de ver a su hermano entrar con una sonrisa de oreja a oreja fue razón más que suficiente para ponerse en alerta.

—Roger... tengo buenas noticias.

—Parece que el viaje a La Rioja te ha sentado bien.

—No me puedo quejar —le aseguró—. Unos días fuera siempre tienen algo especial, prometo volver en cuanto haya otra ocasión que me lo permita.

Jacob había estado varias semanas fuera de Francia recorriendo algunas de las provincias vinícolas más importantes de España y cerrando algunos contratos. Ese trabajo, en el pasado, lo solía hacer él, disfrutaba viajando y a Bárbara no le parecía importarle que lo hiciera y se pasase tanto tiempo fuera de casa. Después de todo, él trabajaba muy duro para que no faltase dinero y poder dar a su esposa e hijos una calidad de vida muy por encima de la media. Tras la muerte de su mujer, las cosas cambiaron; se vio en la necesidad de pasar más tiempo con los niños. El hecho de que su madre se mudase con ellos para ayudarles, no fue suficiente; solo en el instante que habló con sor Águeda pensó que necesitaba ayuda externa, fue entonces cuando ella le habló de Alma.

Jacob dejó una carpeta sobre la mesa, y fue en ese momento cuando Roger salió de su estupor.

—Me da la sensación de que estás agotado. ¿Hubo algún problema en mi ausencia?

«Más de los que debiera»

—No, todo marcha bien —dijo a la vez que observaba cómo las arrugas alrededor de los ojos de Jacob se volvían más profundas.

—Si tú lo dices, solo me queda creerte, al fin y al cabo, eres mi hermano mayor.

—Cuéntame, ¿conseguiste el contrato? —le preguntó intentando no entrar en una conversación que ya sabía de antemano cómo iba a terminar.

—¿Lo dudas? —inquirió—. Conseguí ese y el de Cataluña.

—Un viaje provechoso.

—Eso te lo aseguro, por esa razón he decidido tomarme unos días libres.

Roger no pudo evitar arquear las cejas a la vez que se rascaba el mentón.

—¿Y puedo preguntarte qué vas a hacer durante esos días?

—Bueno, eso depende de ti.

—¿De mí? —inquirió no muy seguro. Se adelantó lo suficiente hacia la mesa para poder apoyar los brazos en ella.

—Tengo un amigo que trabaja en El Louvre...

«Esto no pinta bien», pensó tras oír a su hermano.

—Y me comentó que podría enseñarme algunas de las zonas cerradas al público.

—¿Desde cuándo te interesa el arte?

—Bueno... tú me conoces bien, no soy lo que digamos un erudito en el tema, pero siempre me ha gustado visitar alguna que otra galería y...

—¿Cuándo fue la última vez que te fijaste en un cuadro o te llamó la atención una escultura? —le interrumpió Roger a sabiendas por donde iba encaminada la conversación.

—¿Es una pregunta con trampa?

Jacob se sentó en una de las sillas, sin dejar de observar detenidamente a su hermano, y cruzó las piernas de tal forma que apoyó un tobillo sobre la rodilla de la otra.

—No, para nada, solo quería comprender por qué El Louvre.

—Bueno... a decir verdad, hablé con Alma hace unos días y...

—¿La has llamado? —matizó con un tono de voz que distaba mucho de cortesía.

El silencio se instauró en el despacho durante una fracción de segundo.

—No pensé que te molestaría.

Roger echó la cabeza contra el respaldo de su asiento y se mesó enérgicamente el pelo.

—No me molesta —dijo al fin.

—Pues, tu actitud parece decir lo contrario.

—Solo me ha sorprendido, eso es todo.

—¿Te sorprende que invite a Alma? —inquirió a la vez que se inclinaba con los ojos fijos en los suyos.

—Déjalo estar ¿quieres? Antes me comentaste que dependía de mí. ¿Qué quieres decir con eso?

Jacob, algo menos tenso, se recostó de nuevo en el respaldo de la silla. Antes de decirle a su hermano cuáles eran sus pretensiones, paseó su mirada por el despacho, siempre le había gustado aquella estancia. Era sencilla, lo único que destacaba era la fotografía que había sobre la mesa, en ella se podía apreciar a Bárbara sonriente, sentada con Eric en brazos y los dos niños mayores, alegres y felices, de pie a su lado. Aquellos habían sido buenos tiempos.

Él no tenía ningún escritorio ni lugar donde recibir a la gente. Su trabajo era a pie de calle y no podía negar que le encantaba. Roger era el más pragmático de los dos, el más serio y el que, generalmente, firmaba los contratos; él solo los cerraba con un apretón de manos. Quizá por esa razón le costaba tanto estar allí sentado intentando descifrar cómo pedirle algo tan sencillo y al mismo tiempo tan pueril a su hermano.

—Me gustaría que le dieras un día libre a Alma.

—Ya lo tiene, son los domingos.

—Me refiero entre semana.

Roger le observó detenidamente. Deseó tener la edad de su hijo Gilles para abalanzarse sobre él y darle un buen puñetazo, no le importaría romperle la nariz. Intentó digerir, por todos los medios, la combinación de emociones que en ese mismo instante se agolparon en su garganta.

—No.

Observó cómo Jacob abría la boca y la volvía a cerrar de golpe.

—¿Has dicho no?

No se podía creer que teniendo el sí en los labios lo hubiese pronunciado de forma negativa.

—Mira, Jacob...

Levantó de nuevo la mirada para encontrarse con la expresión seria de su hermano, aun así, decidió seguir hablando:

—Mamá no puede con todo. Alma le es de gran ayuda y no me gustaría dejarla otra vez sola con los tres niños.

—¿Esa es la única excusa que se te ocurre?

—No sé de qué me hablas.

Jacob se levantó y tomó una respiración profunda que luego soltó como un rápido bufido.

—Antes de irme de viaje, tu comportamiento era extraño, di por supuesto que estabas cansado, no solo he llamado a Alma, sino también a mamá, y lo que me dijo al respecto corrobora la idea que tengo de que tu niñera tiene para ti una connotación muy diferente al motivo por el que la has contratado.

Esta vez fue Roger quién se levantó, se pasó la mano por el cuello, quizá con el único propósito de aliviar la tensión que se acumulaba en esa parte de su cuerpo.

—Sabes que eso no es cierto, solo me preocupo por mamá. —Se vio en la necesidad de mentir—. Eso es todo.

—Roger... —pronunció su nombre a modo de advertencia—, te conozco desde que tengo el primer minuto de vida y sé cuándo estás mintiendo.

—Maldita sea, Jacob —profirió enfadado, a continuación introdujo las manos en el interior de los bolsillos—. Espero que puedas comprenderlo, si deseas ver a Alma, tendrá que ser el domingo.

—¿Es tu última palabra? —le preguntó en un tono tenso.

—Lo es.

Jacob se giró sobre sí mismo, no había duda que estaba furioso. Soltó un juramento, caminó enérgicamente hasta la puerta, la abrió y, tras salir, la empotró contra el marco, dejando en claro su desacuerdo respecto a la decisión que había tomado su hermano.

Roger se dejó caer de nuevo en el sillón. ¿Qué narices había ocurrido? ¿Desde cuándo tenía él patria y potestad respecto a la mujer que cuidaba de sus hijos? Se pasó, pesaroso, la mano por el rostro, ahogó un improperio y se sintió la peor persona del planeta. Con esa actitud no estaba siendo justo para nadie, ni tan siquiera para sí mismo.

La simple idea de ver a Alma junto a su hermano mostrando algún tipo de ademán cariñoso, le trastornaba. Abrió el cajón de su mesa y allí, sobre unos folios, encontró la tarjeta, la tomó de nuevo y la observó detenidamente como había hecho antes de la llegada de su hermano. ¿A qué estaba jugando? Al escuchar su propia respuesta, la tiró al fondo del cajón y lo cerró de golpe. Tenía un serio problema y lo peor de todo era que no tenía solución.

El domingo llegó y Roger se maldijo mil veces por ello, no hacía falta que nadie le dijese que Jacob y Alma habían quedado, el hecho de verla con un vestido de lana beige, de cuello cisne, marcando cada una de sus curvas, era motivo más que suficiente para ello. Las botas altas de cuña estilizaban su figura. Verla salir de la casa a través de la ventana de su dormitorio era todo un suplicio, observó cómo se colocaba el abrigo sobre los hombros, antes de abrir la portilla, para luego introducir los brazos en él. Tragó saliva y se alejó de la visión que parecía carcomerle por dentro. No cabía duda que lo que estaba sintiendo eran celos.

—Papá.

La voz de Gilles lo sacó de su ensimismamiento, le hizo un gesto con el dedo y el niño, diligentemente, se acercó hasta él. Ambos, como si se tratase de un gesto habitual en ellos, se sentaron en el lateral de la cama.

—¿Hoy podemos ir a montar?

Roger observó a través del cristal el cielo plomizo que amenazaba, de un momento a otro, con un aguacero, algo muy típico en aquella época del año.

—Creo que va a llover, pero si quieres podemos ir a ver los caballos.

El rostro apenado del niño parecía decirlo todo.

—No es justo —dijo a su padre con el entrecejo fruncido—. Hace muchos domingos que no estás con nosotros.

La sensación de culpabilidad aguijoneó a Roger.

—Lo sé y lo siento, hijo, de veras, pero he tenido que cerrar algunos negocios que me mantuvieron más ocupado de lo necesario, pero te prometo que a partir de ahora eso va a cambiar.

Gilles tocó la barbilla con el pecho.

—No la quiero.

No hacía falta preguntar a quién se refería, sin embargo, lo hizo.

—¿A quién?

—A la niñera.

Roger, con ayuda del dedo índice, levantó el rostro de su hijo hasta que sus ojos estuvieron a la par.

—Necesito ayuda, Gilles, la abuela me dice que es muy cariñosa con

vosotros.

—¡Querrás decir con Annette y Eric!

Roger se exigió a sí mismo paciencia. Sin duda, Bárbara hubiese sabido tratar este tema mucho mejor que él, sin embargo, ella ya no estaba. Se había ido para siempre, dejándole solo ante la indecisión y un destino de lo más incierto.

—Hijo, ¿tú te muestras amable con ella?

Su padre pareció no esperar una respuesta porque continuó hablando.

—La vida es como un gran espejo, según tratas a la gente, ellos te tratan a ti, debes tenerlo en cuenta ahora y en un futuro.

—Ya soy mayor, no necesito que nadie me cuide.

Roger le puso una mano en el hombro y se preguntó en qué momento Gilles había crecido para poder mantener aquella conversación de hombre a hombre, dudó un momento, pero al final añadió:

—A mí me tranquiliza que estés con ella. —Al ver ya la protesta en los ojos de su hijo, decidió ser sincero con él—. Escucha, Gilles, soy consciente que vives rodeado por personas que crees que no te comprenden, pero no es así. La abuela está muy ocupada y no descarto la idea de contratar a una cocinera; tus hermanos son demasiado pequeños para que tú puedas entenderte con ellos, paso muchas horas fuera de casa, y Alma es ese punto de unión entre todos, tiene doce años más que tú, sé que ahora te parece un abismo, sin embargo, no lo es. Si le das una oportunidad, estoy seguro de que sabrás encontrar eso que han encontrado Annette y Eric en ella, ellos no la juzgan, solo se dejan llevar por el cariño que ella les ofrece.

—Pero no es justo —se quejó—, entre ellas se peinan, maquillan y juegan a cosas de chicas.

Roger tuvo que hacer un esfuerzo tremendo para no echarse a reír.

—Bueno, quizá no les hayas preguntado si prefieren divertirse de otra manera. Eres un niño muy inteligente. —Le acarició suavemente la mejilla con el dorso de la mano—. E imagino que sabrás cómo llegar hasta ella.

Gilles arrugó el ceño. En buena parte sabía que su padre tenía razón, no había hecho absolutamente nada para involucrarse en ese intenso círculo amistoso que habían creado Alma y su hermana. Había estado de lo más ocupado sintiéndose enfadado consigo mismo, protegiendo los recuerdos que tenía de su madre y que por nada del mundo quería olvidar.

—Al menos prométeme que lo intentarás.

Su primogénito no parecía muy seguro.

—Gilles...

—A ti tampoco te gusta.

—¿Por qué dices eso? —inquirió Roger sorprendido. Él nunca había dado muestra ante sus hijos del desconcierto que le profesaba Alma.

—La miras de forma rara —le confesó al fin.

—Eso no es cierto.

—Sí, sí que lo es —exclamó su hijo con acritud.

Roger soltó un resoplido antes de responder.

—Vengo cansado a casa; eso es todo.

—La abuela dice que igual es porque te gusta mucho.

Esta vez fue él quien se quedó sin palabras. ¿De verdad que era tan transparente que su hijo y su madre podían leer todo aquello que le pasaba por la mente?

—¿Te has olvidado de mamá?

—Claro que no —contestó intentando no dejarse llevar por un tono de reproche—, tu madre fue muy importante para mí, Gilles, para todos nosotros —corrigió de forma inmediata.

—¿Fue...?

Roger no pudo más que chasquear la lengua. ¿Cómo explicarle a un niño de la edad de su hijo que la vida no se detenía en el punto exacto de la muerte de una madre?

—Gilles, mamá siempre estará con nosotros —comenzó a decir—, pero debemos ser conscientes de que ya no se encuentra físicamente con nosotros —hizo hincapié en las últimas palabras de la frase—, no nos ha abandonado. Sin embargo, a ella le gustaría verte feliz, crecer junto a tus hermanos, le encantaría que terminases tus estudios y te hicieses un hombre de provecho.

Las lágrimas pugnaban por salir de los ojos de Gilles.

—La echo de menos.

—Lo sé —le atrajo hacía él y le abrazó—, yo también, hijo, pero, aunque nos cueste y no nos guste, debemos acostúmbraos a vivir sin ella.

Limpio las lágrimas del rostro de su hijo.

—¿Qué te parece si dejamos a Annette y a Eric con la abuela y nos vamos tú y yo a montar?

El rostro de Gilles se iluminó en el acto.

—¿Lo dices en serio?

Su padre asintió.

—¿Aunque llueva?

—Aunque nieve, si es lo que te apetece hacer. Llamaré a Alan y le diré que vaya preparando a Pegaso, ¿te parece?

Como respuesta, Roger sintió los brazos de su hijo alrededor de su cuerpo, ese momento de felicidad parecía reconfortar toda preocupación, depositó un beso en la frente de Gilles. Después de todo, era un hombre afortunado ya que Bárbara le había dejado el mayor tesoro: sus hijos.

—Te quiero, papá.

No pudo evitar emocionarse.

—Yo también, hijo, yo también a ti.

Alma sacó la llave de su bolso antes de salir del coche. Había sido un día estupendo y lo mejor de todo era que había disfrutado muchísimo con Jacob. Él se había mostrado amable y encantador, le ofreció algo que no tenía precio para ella: una visita al Museo del Louvre.

Muchas horas después de recorrer sus galerías, tenía ganas de más. Le había emocionado observar cara a cara a *La Gioconda* de Leonardo Da Vinci, el retrato a simple vista le pareció más pequeño de lo que imaginó en un principio, sin embargo, en aquel lienzo estaba representada la esencia del gran maestro, a través de él se podían apreciar el paso de los siglos. Había sido una experiencia maravillosa e irrepetible porque supo que, aunque lo volviese a ver, ya no tendría el mismo efecto en ella.

Jacob había sido la paciencia personificada, estuvo atento a cada una de sus explicaciones, en un momento de la tarde, fue él quien le comentó que ella parecía saber más que la guía del museo. Solo en ese instante Alma guardó silencio, pues se había dado cuenta de que se había dejado llevar por la ilusión y por un sueño cumplido, porque, a decir verdad, eso le había regalado Jacob, un sueño.

La sorpresa final fue examinar algunas zonas restringidas para el público. Fue el colofón de un día fantástico.

—Espero que te hayas divertido.

Alma giró la cabeza, Jacob tenía las manos aferradas al volante, y eso,

en cierta manera, la tranquilizó.

—Fue maravilloso. Muchas gracias por un día tan fantástico, creo que no lo podré olvidar nunca.

—Me encanta oírte hablar así —dijo centrándose en algún punto a través del parabrisas—. Si te digo que me gustaría repetir. ¿Qué dirías?

—No me importaría volver al museo de nuevo.

Jacob cabeceó y luego sonrió.

—Esa siempre es una opción, pero la próxima vez te invitaría a cenar.

Alma intentó no parecer insegura. Sabía cuándo alguien le estaba haciendo una proposición.

—Trabajo para tu hermano.

—¿Eso es una negativa?

—No, claro que no —se corrigió—, pero no me parece muy loable por mi parte.

Jacob dejó caer las manos sobre sus piernas y giró lo suficiente en el asiento para mirarla directamente a los ojos.

—No voy a negar que me gustas, Alma, y mucho. —Observó cómo ella abría los ojos en su máxima expresión—. Soy consciente de que no me conoces y que te pueda dar miedo el dar un paso más en nuestra relación de amistad.

Ella pareció dudar de sus palabras, pero, al fin, se decidió a hablar:

—Jacob... yo no sé qué responder. —Aferró con fuerza el bolso—. Muy pronto va a hacer dos meses que trabajo aquí y no me gustaría que tu hermano se llevase una mala impresión de mí.

—En lo que llevamos manteniendo esta conversación, te referiste dos veces a Roger. ¿Es lealtad o algo más?

Alma se alisó el pelo en un gesto de inseguridad que no pasó inadvertido para Jacob.

—Ya veo. —Alzó los hombros y los dejó caer de nuevo.

—No es lo que piensas —rebatió ella con tirantez.

—Mírame, Alma.

Ella lo hizo y en ese instante se arrepintió.

—¿Sientes algo por Roger?

Ella meció la cabeza de un lado a otro.

—No es por ti, Jacob, es por mí.

Él dejó escapar una risotada cargada de sarcasmo.

—Me han dado tantas veces esa excusa que ya resulta insulsa, y más pronunciada por ti.

Intentó alisar con la mano una arruga de su vestido, pero no lo consiguió. Llegó a la conclusión de que debía ser sincera. Después de todo, él merecía la verdad, le había regalado algo con lo que ella soñó durante años: El Louvre.

—Me siento atraída hacia él, pero de eso a que llegue a más hay un abismo. —Volvió la mirada a sus manos aferradas al bolso—. ¿Sabes?, no le caigo bien.

Jacob arqueó una ceja en un gesto de incredulidad.

—Después de todo, creo que mi hermano es un hombre con suerte.

—¿A qué te refieres?

Jacob torció la boca en una mueca agria.

—Si no me equivoco, muy pronto lo sabrás, Roger es el hombre más impaciente que he conocido jamás.

La expresión de Alma fue de total incredulidad.

—Ve a casa, pareces cansada. Si te tengo un minuto más a mi merced, no voy a ser responsable de mis actos y créeme que lo que más me apetece en este mismo instante es besarte.

Ella le devolvió la sonrisa, primero con los ojos y luego con los labios.

—Lo siento —dijo intentando ser honesta consigo mismo—. Gracias por este maravilloso día. Eres un gran hombre, ojalá que pronto encuentres lo que buscas.

Alma abrió la puerta y el frío penetró en el interior del coche, Jacob no lo percibió, después de la conversación con Alma, él ya había perdido la calidez que tanto había buscado a lo largo del día. Se despidió con un simple adiós, vio la frustración reflejada en los ojos de ella, pero la ignoró. Tanteó las llaves, giró y arrancó. Era tarde, pero esa vez mucho más de lo que hubiese previsto en un principio.

Alma entró en la casa y agradeció el calor de la calefacción. Había llegado a la conclusión de que en Buc hacía más frío que en Salamanca, pero, ahora, esa frialdad no se debía al clima ni a la humedad reinante en el exterior. No sabía muy bien lo que había ocurrido en el interior del coche. Jacob había resultado ser un acompañante fantástico y atento en todo

momento, era cierto que ella advirtió algo más que una atención amistosa en todos los actos que él le había profesado, pero no había querido darle la importancia que parecía tener. Después de todo, no era una belleza, solo una chica normal con estudios de arte e historia y ni tan siquiera el hecho de haber sacado unas notas que no bajaban del sobresaliente era relevante.

Llegó al vestíbulo en puntillas, las luces estaban apagadas y parecía que todo el mundo dormía, llevaba casi dos meses en esa casa, pero no solía caminar a oscuras, así que tuvo buen cuidado de no tropezar con ningún mueble que pudiese ponerse en su camino. Recordó el pequeño armario de la entrada y, en el último momento, lo esquivó, no pudo evitar soltar un soplo de alivio al hacerlo.

Al sentir la balaustrada de la escalera con la palma de la mano, suspiró, unos escalones más y llegaría a su habitación, una vez allí podría pensar con claridad en lo acontecido y tomar las medidas pertinentes para que no volviese a suceder. Jacob era un hombre extraordinario, pero no sentía por él ni una décima parte de lo que le hacía sentir Roger. Se maldijo mil veces por pensar en algo así. No pudo evitar arrugar el ceño y negar con la cabeza para alejar esos pensamientos que no la iban a llevar a ninguna parte; mejor olvidarlo todo y centrarse en su trabajo o podría volverse loca en cuestión de semanas.

Sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad, puso un pie en el primer escalón y antes de alcanzar el segundo, una de las puertas se abrió de repente. La luz proveniente del interior de la estancia, en un principio, la cegó, pero a través de ella pudo ver la silueta de su jefe apostada en el umbral de la puerta.

—¿Lo has pasado bien, Alma?

CAPÍTULO 5

Alma, como si fuera una autómatas, descendió el escalón y lo observó detenidamente. Estaba vestido con unos jeans, camisa y, sobre ésta, un jersey de un color verde apagado. Parecía desaliñado, su pelo no tenía el aspecto de costumbre, era como si se hubiese pasado varias veces la mano por él. En ese instante estaba cruzado de brazos a la altura del pecho, una rodilla flexionada y un hombro literalmente pegado al marco de la puerta.

Desde su llegada, nunca se había mostrado excesivamente hablador, el hecho de verle ahí, le sorprendió, pero no lo dio a entender. Le daría las buenas noches y después se iría a la cama. No parecía complicado.

—¿Los niños están dormidos?

—Hace más de una hora. ¿Te importaría pasar?, necesito hablar contigo. Hay algunos aspectos que me preocupan.

Antes de encaminarse al despacho, Alma se aferró con ímpetu a la balaustrada, como si de esa manera pudiese tomar fuerza de la bruñida madera.

—Por supuesto.

—Muchas gracias.

Roger se apartó de un solo movimiento y le permitió entrar.

Cuando se cerró la puerta, Alma tuvo que hacer un verdadero acto de fe para no salir corriendo, subir los escalones de dos en dos y encerrarse en su habitación.

—Verás —comenzó diciendo él—, he hablado esta mañana con Gilles y no parece estar muy contento a la hora de gestionar tus atenciones. Según me dice, prestas más atención a Annette y a Eric que a él.

Alma abrió los ojos desmesuradamente; sí, era cierto que entre Gilles y ella no existía esa empatía que había entre los más pequeños de la casa.

—Eso no es cierto —se vio en la necesidad de defenderse.

Roger metió las manos en los bolsillos y deambuló de un lado a otro de la estancia de forma cabizbaja. Había estado todo el día preocupado por la cita de su hermano con Alma. El hecho de ver a su hijo montando a Pegaso, su caballo, había salvado ese mal día. Alma recordó de forma innata que tenía que respirar y así lo hizo. La estancia en la cual se encontraba era

excesivamente masculina y, sin lugar a dudas, era la que utilizaba Roger como despacho. Pudo observar una botella sin tapón de brandy sobre la mesa de caoba y, a su lado, un vaso con rastro de que en algún momento hubo hielos.

—Gilles es el que más ha sufrido de los tres.

Alma tuvo que hacer un esfuerzo para centrarse de nuevo en la conversación. La idea de huir de allí era cada vez más alentadora.

—Su edad —continuó diciendo Roger—, le ha hecho vivir la muerte de su madre de otra manera, no digo que Annette no sufra. —Se giró y, por unos segundos, sus miradas se entrelazaron—, pero ella encontró en mi madre y en ti esa tabla de salvación que al parecer Gilles aún no ha hallado. —Roger rompió ese hilo visual que les unía y se dirigió a la mesa, una vez allí, llenó de nuevo el vaso—. ¿Quieres?

Ella, al ver que las palabras se le atragantaban en la garganta, optó por negar con la cabeza.

—Y Eric es el más pequeño, soy consciente de que la echa de menos, pero no con la misma intensidad que pueda hacerlo Gilles. —Hizo girar el contenido del vaso que sostenía entre los dedos y, a continuación, bebió un trago—. Dime, Alma. ¿Crees que el dolor tiene una escala de intensidades?

Ella se aferró al bolso que tenía entre las manos antes de decir nada.

—No estoy muy segura de lo que debo de responder.

Él abrió los ojos ante la respuesta, y ella creyó ver cómo se oscurecían a medida que trascurrían los segundos.

—Respecto a Gilles... —prosiguió Alma—, intentaré por todos los medios que él se sienta más a gusto conmigo y sus hermanos.

—Te lo agradezco.

Ella dio por concluida la charla. Necesitaba salir de allí ya que el aroma a cuero, libros y brandy le estaba ocasionando más de un estrago. Aunque era consciente de que, diciéndose eso, se engañaba a sí misma. La verdadera razón de su desazón estaba allí de pie, con un vaso en la mano y la miraba de una manera que podría haberle hecho una radiografía en ese mismo instante.

—Si hemos terminado, voy a...

—No, no he terminado aún —le interrumpió él.

Alma percibió la pequeña colisión del vaso al ser posado sobre la mesa.

—No me has respondido todavía a mi pregunta. ¿Lo has pasado bien?

Un leve rubor se extendió por los pómulos de Alma. En ese instante le hubiese encantado que le tragara la tierra antes que responder. Era su día libre y no era de incumbencia de su jefe si había disfrutado o no.

Enderezó los hombros y decidió satisfacer la curiosidad de Roger.

—Muy bien, muchas gracias.

La necesidad de echar a correr y salir de allí era cada vez más intensa.

—¿Te gustó el museo?

Entrecerró los ojos e intentó saber a dónde les llevaba esa conversación. ¿Cómo sabía él que habían ido al museo? ¿Acaso Jacob le había confiado sus planes respecto a ella?

—Sí, es un lugar maravilloso que me ha impresionado. Las fotografías que he visto sobre él le desmerecen —dijo al fin intentando que los nervios no la traicionasen.

—Me alegra saberlo.

Él acortó la distancia que les separaba.

—¿Necesitas más días libres, Alma?

Ella, confundida como estaba, frunció aún más el ceño.

—No, claro que no, ¿qué te ha llevado a pensar eso?

—Bueno... —Él se encogió de hombros—. Saliste con mi hermano, doy por hecho que te gustaría volver a hacerlo algún día entre semana.

Alma deseó tirar el bolso al suelo para poder así envolverse con los brazos. Parecía que el frío se intensificaba por momentos a pesar de que la chimenea estaba encendida en esos instantes.

—No es necesario, pero muchas gracias.

Roger deseó volver a tomar un trago. Esa mujer le desconcertaba. No había podido resistirse a mirar por la ventana y observar la llegada de ambos en el coche de su hermano, la iluminación exterior de una de las farolas dibujaba la silueta de ellos dos en el interior, no hubo beso, de lo cual se alegraba, pero sí demora, lo suficiente para que hubiesen planeado una nueva salida.

Sentirla tan cerca y no poder tocarla le estaba consumiendo, hubiese dado cualquier cosa por haber sido él quien estuviese en aquel coche, no obstante, no le cabía ninguna duda de que él la habría besado, sí, claro que lo habría hecho, lentamente, saboreando sus labios como si éstos fuesen una verdadera *delicatessen* y deseases que no se terminara nunca.

Ella pareció no soportar más su escrutinio porque de forma inmediata bajó los ojos, sus largas pestañas lograron ocultarlos y no tuvo otro deseo que eliminar ese rastro de contrariedad de su rostro.

—¿Quieres irte, Alma?

Ella de pronto subió la cabeza y lo miró con intensidad, como si fuese una sorpresa el hecho de que él estuviese ahí, de pie.

Se hizo un silencio incómodo, solo el crepitar de un tronco de madera en la chimenea pareció romper la intensidad del momento.

Intentó no hacer ningún movimiento que pudiese delatar su estado de nervios, sintió una presión fuerte en el pecho, la obvió y tragó saliva desesperadamente. No estaba acostumbrada a ese tipo de juegos, y eso la abrumaba. Sabía que detrás de ese tono de voz condescendiente y esa amabilidad se escondía un temperamento férreo, ¿o acaso no se lo había demostrado nada más entrar en el despacho mientras le hablaba de Gilles?

Ella negó con la cabeza. No, no deseaba irse. Mientras pudiese respirar su aroma, parecía sentirse más viva que nunca.

—Bien.

Ella permaneció impasible a pesar de que las piernas le temblaban de tal manera que pensó que podría desfallecer de un momento a otro.

—¿Te sientes atraída por Jacob?

La pregunta le debió de pillar por sorpresa porque ella boqueó como si fuera un pez fuera del agua.

Roger se acercó lo suficiente para agarrar un mechón de pelo de ella y enrocárselo en uno de sus dedos. La sintió temblar y le gustó llevar el control de la situación. Alma era un ser puro, lo percibía, no estaba seguro si era el hecho de haber sido educada en un convento.

Ella percibió su aliento sobre el rostro, el aroma a brandy la embriagó como si fuera ella la que se hubiera tomado varios tragos en vez de él. Roger la cogió suavemente de la barbilla, sintió el calor de sus dedos sobre su piel y no pudo evitar estremecerse; la obligó a levantar el rostro y centrar su mirada en su boca.

—Sé que me voy a arrepentir de esto —dijo—, pero que Dios me perdone porque si no lo hago, creo que podría morir en este mismo instante.

Se acercó hasta llegar a tocar sus labios con los suyos. Después de ese aleteo supo que estaba perdido, porque en ese instante deseó absolutamente todo de ella.

Mordisqueó suavemente su labio inferior hasta que ella aceptó la invitación y los abrió, fue entonces cuando pareció que todo su control se quebrantaba, dejando solo deseo aún insatisfecho.

Ella sintió el roce de sus dientes una y otra vez, entreabrió la boca, permitiendo que él profundizara en el beso y, en ese momento, creyó caer en un abismo del que sabía que no iba a salir jamás. Sus lenguas se encontraron y comenzaron una danza atrevida y sensual, sin igual, las respiraciones se tornaron más profundas y aceleradas, si cabía. Sus cuerpos se cimbraron uno junto al otro. Todo pareció dejar de existir; solo la llama de ese deseo se avivaba hasta límites insospechados para los dos.

Roger deslizó las manos por la espalda de Alma hasta llegar a sus nalgas, allí se entretuvo tiempo suficiente para saciar su curiosidad. Era perfecta, con unas curvas que podían quitar el aliento a cualquier hombre, a cualquiera no, a él, porque, en ese instante, le pertenecía, era suya. Nunca creyó necesitarla tanto ni hasta dónde podía llegar su ansia por ella. Con cada encuentro, cada caricia parecía necesitar más. Estaba sediento, y mucho, de cada uno de sus movimientos. Alma parecía tan moldeable en sus brazos que sintió la necesidad de acercarla más hacia él. Advirtió cómo ella deslizaba los brazos alrededor de su cuello para atraerlo más, hasta que sus senos quedaron literalmente aplastados contra su tórax. Deseó con fuerza arrebatarse aquel vestido de lana y poder acariciar la piel de su cuerpo, perderse en su calor y encontrar lo que su miembro enhiesto le exigía a gritos, hundirse en ella y sofocar aquella necesidad que parecía estar matándole.

Alma saboreó cada segundo de ese encuentro, no le sorprendió toparse con la pared a su espalda, en algún momento se habían movido, pero ella ni tan siquiera lo había percibido. No era mujer de excesiva experiencia, no obstante, sabía lo que era estar con un hombre, el hecho de vivir entre monjas no era razón suficiente para no saber en qué consistía un encuentro sexual, aunque tenía que confesar que para nada se parecía a estar en brazos de Roger.

Estaba húmeda, sus bragas estaban empapadas de su propio fluido. Estaba preparada para él, de alguna manera, sabía que siempre lo había estado y, sin pretenderlo, abrió las piernas, más como si se tratase de una necesidad por no perder la estabilidad; él pareció notar el movimiento porque sintió el tacto de su mano sobre la cadera, la acarició hasta llegar a su vientre y se perdió, un segundo después, por su muslo. A través de las medias, Alma

percibió su calidez y supo que necesitaba más, mucho más. Roger debió entender el mensaje porque ascendió despacio por el interior de sus piernas hasta encontrarse con su sexo; ella sofocó un pequeño gemido que se perdió en la boca de él.

Quizás esa fue la razón de que él se hubiese parado en el acto. Alma abrió los ojos por primera vez desde que él se había acercado y la había besado; lo miró sorprendida y preocupada al mismo tiempo. ¿Por qué se había detenido?

Roger se apartó lo suficiente para que Alma notase un escalofrío que le recorrió la espalda, retiró la mano de entre sus piernas y apoyó las palmas sobre la pared; cabeceó varias veces, como si quisiera encontrar una explicación coherente a lo que estaba haciendo. Ella observó que aún respiraba entrecortadamente.

—Será mejor que te vayas, Alma.

Ella lo miró sin pestañear, sin creer lo que Roger le estaba diciendo.

—¿Hice algo mal? —preguntó en un tono inseguro.

Él se retiró a un lado, suficiente para ofrecerle una salida.

—No, claro que no, pero será mejor que te vayas.

Alma sacudió la cabeza sin entender lo que estaba ocurriendo.

—Comprendo —dijo al fin ella a la vez que se agachaba a recoger el bolso que se le había caído al suelo.

—No, no lo entiendes, no puedo dar marcha atrás a lo sucedido. — Roger ignoró la dolorosa punzada en la entepierna. Aún estaba excitado, tanto que le dolía—. Eres la persona que he elegido para cuidar a mis hijos y seguirá siendo así el tiempo que te quedes con nosotros. Te pido que me disculpes. Mi comportamiento ha sido deplorable. Lo lamento.

Alma se apoyó de nuevo en la pared intentando buscar esa estabilidad que parecía haber perdido en los últimos segundos.

—No hay nada que perdonar, al menos por mi parte, pero, después de todo, eres mi jefe y tú, como tal, ordenas y yo obedezco.

En ese instante él levantó la cabeza y le lanzó una mirada amenazadora.

—¿Eso es lo que crees? —le preguntó deseando atravesar el puño en la pared, pero, por supuesto, no lo hizo, no deseaba asustarla, y menos en esos instantes que se estaba comportando como un auténtico capullo.

Ella no contestó. Simplemente, fijó la mirada en su rostro hosco,

quizás intentando desentrañar cuál era el verdadero color de su iris.

—Alma... yo. —Incapaz de proseguir, alzó las manos para dejarlas caer.

—Tienes razón, será mejor que me vaya. Intentaré mostrarme más condescendiente con Gilles, pero te puedo asegurar que esta segunda parte no era necesaria. —Sin más preámbulos, colocó el asa del bolso sobre su hombro—. Espero que puedas dormir bien, buenas noches, señor Arnod.

A él no le pasó por alto el tono despectivo de ella, sin embargo, se lo tenía bien merecido. Jamás debió haberla besado, y mucho menos sentir lo que había sentido al tenerla entre sus brazos. Enterró los dedos en su pelo al verla alejarse y abrir la puerta; no se volvió a mirarle; simplemente salió y cerró con cuidado de no hacer ruido. Escuchó el vestigio de sus pasos en la escalera; no se movió un ápice hasta oír cómo ella entraba en su habitación.

Jamás de los jamases podría perdonárselo. Se frotó los ojos con la parte inferior de las palmas, se giró despacio, pareció encontrar lo que estaba buscando; puso toda su atención en la botella de brandy que le esperaba sobre la mesa. No le quedaba otra opción que permitir que su estupidez nadase en alcohol.

Alma se dejó caer sobre la cama y allí, sobre el colchón, perdió todo el control que había intentado mantener al límite. ¿Qué había ocurrido? En un momento él la estaba devorando con la boca y, un segundo después, se había convertido en un tempano de hielo.

Solo de pensar en él, de recordar el roce de su lengua en sus labios, la insinuación de sus manos en todo su cuerpo, le dolía. Por un momento creyó que había sido auténtico, no obstante, solo fue un espejismo, de alguna manera, volvía a su propio desierto, donde su pasado no dejaba de asfixiarla.

Era muy consciente que no era una experta en el amor, pero le había dado la sensación de que él había disfrutado con cada caricia, con cada beso que se habían dado. Era una estúpida y, encima, de las grandes. Se tapó la boca con la colcha para sofocar el sollozo que sabía que venía a continuación, pero no pudo, el lamento de dolor traspasó la tela y la envolvió en una tristeza que no podría lograr a apagar en mucho tiempo; eso si lo conseguía algún día.

Su cuerpo adoptó la posición fetal, como si quisiera protegerse de todo lo externo a ella, se sacudió entre lamentos y suspiros entrecortados;

solo cuando percibió que la colcha estaba húmeda a causa de sus lágrimas, paró, no tenía sentido alguno seguir. Al fin y al cabo, ella era tan responsable como él.

Debía haberse percatado que durante estas semanas se había ido enamorando de su jefe, ¿cómo había podido ser tan idiota y no darse cuenta de lo que estaba ocurriendo? Dios, era su primer amor verdadero y ya hablaba en pasado.

Pensó en los niños, ya los quería, era algo innegable, aunque Gilles no se lo permitiese, pero su Annette y Eric eran su energía de cada mañana. Irse estaba descartado por el momento, las decisiones había que tomarlas fríamente, al menos ese era su parecer. Podía describirse a sí misma como una mujer fuerte, o eso creía, lo intentaría, no podía derrumbarse a la primera de cambio. Le ignoraría, sí, esa era una decisión inteligente, la casa era muy grande y no tenían porqué encontrarse. Inconscientemente, se llevó la mano a la cruz que colgaba de su cuello, apretó con fuerza, tanto que la marca quedó grabada en su piel. Sabía lo que era el abandono, lo había sufrido desde su nacimiento, nada debía extrañarle ya, los síntomas eran los mismos, solo que esta vez necesitaría una dosis más alta para intentar borrar el recuerdo de sentir lo que era estar en brazos de Roger. Tumbada como estaba, soltó la cruz, flexionó con fuerza las rodillas contra el pecho y rodeó las piernas con los brazos, el llanto comenzó de nuevo, pero esta vez no lo detuvo, se permitió dejarse llevar por ese dolor que tanto conocía: el de abandono.

CAPÍTULO 6

Dos semanas después, Alma seguía con sus quehaceres como si nada hubiese sucedido; las noches se le hacían interminables, las horas pasaban lentamente; solo cuando la casa se quedaba en silencio, parecía oír de nuevo el tic tac de su despertador. En ese instante, agudizaba el oído arropada en la cama e intentaba descifrar lo que Roger hacía a través de sus movimientos por las diferentes estancias. Era el mejor bálsamo para poder llegar a quedarse dormida a la vez que la imagen de él se impregnaba, sin poder evitarlo, en su memoria. El recuerdo de esa noche en que ambos se besaron estaba aún muy viva en su mente, los diálogos, gestos y expresiones resonaban una y otra vez como un disco rayado, el cual parecía no querer parar nunca.

En un par de ocasiones, sus pasos se detuvieron en la puerta de su dormitorio, Alma aguantó la respiración con tanta fuerza y tanto tiempo que pensó que podía explotar de un momento a otro, la desilusión al comprobar que él continuaba su marcha hacía que sus pulmones se deshincharan y ese anhelo se convirtiese en resentimiento, sin poder llegar a evitarlo.

Se engañaba a sí misma, pero había descubierto que era la mejor manera de vivir. Pronto volvería a ser domingo y, como la semana anterior, no tenía planes, la rutina se había instaurado hasta en su día libre. Jacob no la había vuelto a llamar y, de una forma egoísta, se lamentaba por ello. Podían ser amigos y disfrutar de una velada que no tenía porqué ser romántica, sin embargo, el destino parecía tener otros planes para ella. Le daba la sensación de que los Arnod eran hombres de convicciones férreas.

Se estrechó el abrigo al cuerpo, pronto anochecería, pero le entusiasmaba esa media hora que dedicaba cada día a pasear por los alrededores. Tenía que confesar que Buc, ese pequeño pueblo cercano a Versalles, se le estaba metiendo en la sangre. Pronto sería la hora de acostarse, ese era otro de los hábitos al que no se había acostumbrado, mientras que en España se podía cenar a las nueve de la noche, en Francia, a las seis y media o siete de la tarde, casi se estaban preparando para ir a dormir. Pero hasta esa práctica, con el tiempo, la había aceptado de buen grado e incluso le gustaba. Siguió paseando por el inmenso jardín, el viento

frío del norte soplaba con fuerza y humedad; pronto llovería y si las temperaturas disminuían un poco más, esas gotas de agua se convertirían en nieve. Imaginó aquel vergel en primavera, estaba segura de que debería ser precioso con todas las plantas en flor; ahora, tan solo unos pocos árboles de hoja perenne, inclementes a la estación invernal, eran los únicos protagonistas.

Su paseo le había llevado hasta la finca donde pastaban los caballos, pero no había encontrado a Alan, por la hora, seguramente, se debía haber ido.

Alan era el cuidador, una persona habladora y dicharachera con una sonrisa siempre en los labios; pronto iba a ser abuelo de su primer nieto y le gustaba contarle a Alma todas las novedades que traía el nacimiento de un nuevo miembro en la familia. Junto a Chantal, eran los únicos con los cuales se permitía ser ella misma y se alegraba de que la vida los hubiese puesto en su camino porque, junto a los más pequeños, eran como un soplo de aire fresco.

Llegó hasta el porche con paso melancólico, entró en la casa, aún le quedaba bañar, dar de cenar a los niños y, si tenía suerte, se dormirían temprano; entonces ella se sumergiría en las páginas de una nueva novela de misterio que la esperaba sobre su mesilla de noche. El calor la recibió y ella se sintió reconfortada. Después de todo, debía estar agradecida, porque Roger le había dicho, aunque no de las mejores maneras, lo que se esperaba de ella.

Se quitó el abrigo, lo colgó del perchero y se frotó los brazos buscando un poco de su propio calor. Pasó cerca de la cocina y escuchó el barullo de las cacerolas al chocar unas contra otras. Olía de maravilla y eso hizo que se le abriera el apetito.

Sor Leocadia le había llamado hacía varios días, según decía, Roger había enviado varias cajas de vino dulce al convento. La monja parecía feliz por ello, le había pedido que le diese las gracias al señor Arnod por el presente que les había enviado; ella había respondido que lo haría en el momento que tuviese una oportunidad, claro que eso no era mentir, solamente que no iba a encontrar ni buscar un encuentro casual con Roger. Después de todo, su jefe, le daba la sensación, había encontrado la manera de expiar sus pecados. La hermana Leocadia también le habló del libro que muy pronto se publicaría con motivo de los cuatrocientos años que llevaba el convento en pie, le enviaría un ejemplar como regalo de Navidad, le dijo

entre risas. Alma siguió la conversación y cuando terminó de hablar y escuchar las anécdotas de personas, a las cuales conocía y quería, le pareció estar algo más animada.

Escuchó a los niños en la planta de arriba y decidió subir, las risas se mezclaban con un chorro de agua, no había duda de que era uno de los grifos de la bañera lo que divertía a los más pequeños. Era la hora del baño y si en un principio andaba algo más asustadiza por la casa por encontrarse a Roger, esa preocupación desapareció cuando se percató que él hacía todo lo posible por no toparse con ella. El dolor no había menguado, pero él le había dejado las cosas claras y ella sería una estúpida si no supiese leer entre líneas.

Escuchó la voz chillona de Annette y el balbuceo de Eric en el cuarto de baño, se acercó y observó cómo Chantal les estaba quitando la ropa para introducirlos en el agua.

—Lo haré yo —se apresuró a decir rápidamente Alma al ver que la abuela estaba haciendo su tarea—, no me percaté de la hora, lo siento.

La mujer le sonrió.

—Tu francés mejora día a día.

—Muchas gracias.

Alma abrazó a Eric y depositó un beso en su mejilla; el niño, como respuesta, la rodeó con los brazos y murmuró varias palabras aún inteligibles para ella.

—Parece que no tanto. El día que llegue a comprender lo que me dice, diré con certeza que hablo un francés perfecto.

Chantal rio de buena gana.

—Si te sirve de consuelo, muchas cosas de las que dice, yo tampoco las entiendo.

—Bueno, es un alivio, me alegra saberlo.

—Hola, Alma —saludó Annette emergiendo del agua.

—Hola, preciosa, ¿te lo estás pasando bien?

La niña asintió con los ojos muy abiertos y una sonrisa pícara en los labios. Su pelo ya estaba húmedo y parecía encontrarse encantada en su nuevo medio.

—¡Soy una sirena! —Elevó sus pequeñas piernas unidas y movió los pies de arriba a abajo simulando la cola de ese ser mitológico.

—Vaya, eso no me lo esperaba —respondió Alma con un tono de voz que semejava al narrador de un cuento.

Annette sonrió más pícaramente y, sin previo aviso, se puso de rodillas, alargó el brazo, tomó un frasco de jabón y esparció su contenido al agua.

—¡Annette! —gritaron al unísono Chantal y Alma a modo de advertencia.

La niña paró en seco, pero en su rostro aún se dibujaba la travesura. En ese instante, quizás asustado por las voces de alarma de su abuela y Alma, Eric comenzó a gimotear.

Alma hizo ademán de tomarlo en brazos para calmarlo y que dejase de llorar.

—No te preocupes, yo me encargo. ¿Por qué no vas a ver a Gilles?, al parecer, está terminando sus deberes.

—¿Estás segura? —inquirió Alma, dudosa, al ver cómo la espuma acrecentaba de una manera desproporcionada en la bañera.

—Completamente. Además, ahora tengo más tiempo libre desde que Roger contrató a una cocinera.

—Sí, eso he oído.

—¿Quién te lo ha dicho? Empezó ayer mismo a trabajar.

—Fui yo, abuela —puntualizó Annette introduciéndose de nuevo en la bañera repleta de jabón.

Ambas mujeres se echaron a reír al ver a la niña incorporarse envuelta en una bola de pompas.

Alma observó las volutas de vapor que salían de la bañera; no le extrañaba que la niña estuviera feliz, daba la sensación, por el agua y el olor a jabón, que era todo un bálsamo.

—¿Crees que Gilles querrá que le ayude con las tareas escolares?

—Si no lo intentas, nunca lo sabrás —le dijo Chantal mientras introducía al más pequeño en la bañera junto a su hermana. Al sentir el agua con los pies, su llanto cesó.

Alma, sin pensarlo dos veces, depositó un beso en la mejilla de Chantal.

—¿Y esto a qué viene? —preguntó la mujer llevándose la mano al lugar donde se había depositado el beso.

—Por ser tan sabia.

—Lástima que mi hijo no haya heredado esa parte de mí —objetó mientras frotaba con una esponja el cuerpecito de Eric.

—Creo que tu hijo es un hombre muy inteligente. El hecho de tener una empresa y que funcione tan bien lo demuestra.

Chantal ahuecó la mano, la introdujo en el agua y después, con cuidado, salpicó a su nieto quitando de esta manera cualquier rastro de jabón de su piel.

—El hecho de que sea vieja no me hace tonta. ¿Crees que no me doy cuenta?

Alma pensó que era un magnífico momento para irse de allí y eludir la pregunta, pero sus pies, contradiciendo su orden, no se movieron del lugar donde se encontraban.

—No sé a qué te refieres.

—¡Vaya! Ahora eres tú la que piensa que soy tonta.

—¡Yo jamás he dicho algo parecido! —exclamó Alma preocupada por la impresión que pudiese llevarse Chantal de ella.

—Conozco a mi hijo porque le he parido. —Vertió un poco de champú en el cabello de Annette y después frotó suavemente el cuero cabelludo de su nieta—. Sé cómo piensa y conozco de antemano sus pasos antes de que él mueva un solo dedo. Está perdido, Alma, si tú no estuvieses aquí, diría que no se ha recuperado de la pérdida de Bárbara, pero en sus ojos no anida esa tristeza de antaño, sino más bien ese deseo que parece que le destruye poco a poco, como si fuera un anhelo inalcanzable.

—¡Por el amor de Dios, Chantal, estás exagerando!

—Ojalá, pero sé de lo que hablo. —Abrió el grifo y aclaró el pelo de Annette; cuando comprobó que no quedaba rastro de champú, lo cerró—. Tengo que confesar que te estuve observando. —Al ver la sorpresa dibujada en el rostro de la niñera, sonrió débilmente—. No me malinterpretes, pero tengo la necesidad de cuidar de los míos, creo que algunos lo llaman instinto maternal. Aún no tienes hijos, pero algún día los tendrás y sabrás de lo que te estoy hablando. Eres una buena muchacha, Alma, solo te pido paciencia.

—No estoy muy segura a donde nos lleva esta conversación.

Chantal introdujo varios juguetes de plástico en la bañera, los niños gritaron entusiasmados y los reclamaron de inmediato, la mujer se incorporó y se colocó a la altura de Alma.

—Quizás ahora no lo sepas, pero cuando llegue el momento, lo entenderás. Ten fe en ti misma. Déjate llevar, no permitas que ese sentimiento, que ahora albergas respecto a mi hijo, te haga huir.

Alma observó a la mujer delgada de pelo corto y cano que tenía frente a ella. Sus nociones de francés habían avanzado mucho, Chantal lo sabía porque hasta ahora la abuela de los niños nunca se había dirigido a su persona con esa sinceridad. Estaba claro que lo que había sucedido entre ella y Roger no se había quedado solo en el despacho.

—Ahora, ve a por Gilles, es un buen niño, lo que ocurre es que no ha sido capaz de canalizar el dolor que siente. Te necesita, Alma. Solo tú puedes ayudarlo.

—Chantal... yo.

—No digas nada, ve, la vida viene y hay que tomar lo que nos trae; si pensamos que podemos elegir, es que somos unos estúpidos.

Alma no pudo más que sonreír ante ese último vocablo.

—Déjate llevar, muchacha, porque tras una tormenta, lo único que queda es que el mar te devuelva a la orilla sana y salva; siempre y cuando no luches contra sus aguas bravas.

—Sabias palabras.

La mujer no dijo nada, simplemente se secó las manos con una toalla y desvió la mirada a sus nietos que seguían inmersos en sus juegos acuáticos.

Alma se envolvió en sus brazos, inspiró hondo y decidió que había llegado el momento de hablar con Gilles. Advirtió que Chantal tenía razón: huir no servía de nada. Era como nadar a contracorriente.

Gilles dirigió su mirada a la puerta alertado por una nueva presencia, al percibir que era Alma quien entraba a su habitación, en su rostro se pudo advertir un gesto de resignación; sin decir nada, volvió los ojos al libro que tenía abierto sobre la mesa.

Alma no había entrado demasiadas veces a esa estancia; de alguna manera, había estado vedada para ella. No pudo más que sorprenderse del hecho de que los niños pudiesen vivir dentro de su propio desorden. Al avanzar, tuvo cuidado de no pisar algunos de los libros y juguetes dispersos por la habitación.

—Hola, Gilles, ¿necesitas ayuda con tus tareas escolares?

El niño, sin apartar los ojos del libro, negó con la cabeza.

Alma suspiró profundamente antes de sortear la mochila del colegio y varios cómics esparcidos por el suelo. Necesitaba todo el aire posible para no morir asfixiada por esa situación. Estaba claro que Gilles no se lo iba a poner

fácil.

—Me gustaría hablar contigo si tienes un minuto.

—Estoy terminando mis deberes; no tengo tiempo.

Alma se acercó sigilosamente por detrás y observó el libro de historia abierto, miró al techo y agradeció a Dios que, después de todo, no se lo pusiera tan difícil.

—¿Sabes? A mí me encanta la historia. Podría ayudarte y así terminarías antes.

—Puedo hacerlo solo.

Gilles metió tanto la cabeza en el libro que Alma creyó que podría besar las hojas.

—Gilles, necesito que hablemos.

—Ya te dije que estoy ocupado.

En ese instante, ella pudo comprobar que el dolor y la pérdida de un ser querido hacía que los niños madurasen más rápido. Observó el pelo negro y corto de Gilles, le hubiese encantado revolvérselo y de este modo llamar su atención, pero, por supuesto, no se atrevió; él parecía no permitir bajar esa barrera que había alzado contra ella.

—Entonces, me iré, creo que en el fondo eres un niño muy inteligente y si me rechazas, sabes por qué lo haces.

Alma se encaminó a la puerta con la sensación de haber perdido una batalla.

—¿Te casarás con él? —le preguntó en español.

Si en ese momento le hubiesen echado un jarro de agua helada, no hubiese tenido la misma impresión que la pregunta que le había hecho Gilles.

Se giró y observó la espalda del niño tensa y al mismo tiempo encorvada; no había despegado los ojos del libro, pero Alma estaba segura de que no estaba leyendo una sola palabra.

—Claro que no. ¿Por qué piensas que me voy a casar con tu padre? —inquirió con voz dura, pero no cortante.

Su respuesta pareció dar el fruto esperado, porque, solo entonces, Gilles se giró en la silla y la miró por primera vez desde que había entrado en la habitación. Sus ojos color chocolate estaban más oscuros que de costumbre.

—Es por la forma en que me habla de ti.

Alma quiso preguntar, sin embargo, se mordió la lengua.

—Lo hace con cariño, como si le importaras. —Se quedó titubeando unos segundos antes de proseguir—. Ha cambiado, ya no está triste.

A Alma se le llenaron los ojos de lágrimas, pero parpadeó con rapidez y respiró hondo dos veces antes de decir:

—No me voy a casar con él si es eso lo que te preocupa. —Observó cómo el niño hundía un poco los hombros y exhalaba un suspiro—. Vuestro padre os quiere con locura y no haría nada con lo que no estuvieseis de acuerdo. —El hecho de hablar su lengua nativa hizo que se pudiese explicar mejor—. Es un gran hombre, pero ahora está centrado en su trabajo y en vosotros y ¿sabes por qué?

Gilles adelantó su labio inferior con una expresión contrita y negó con la cabeza.

—Os quiere, Gilles, os quiere muchísimo. Yo, —se señaló a ella misma con el dedo índice en el pecho— soy solo una pieza más, algún día me iré, no volveré a veros si es eso lo que deseas. —Omitió que por nada del mundo dejaría de saber de Annette y Eric—. Pero ahora estoy aquí y no me puedes decir a quien debo abrazar o querer porque yo sufro tanto como tú. El hecho de ser adulto no significa que las penas se simplifiquen, sino todo lo contrario. No espero que lo entiendas ahora, no obstante, solo pido que me des ese voto de confianza que tanto necesito.

—Mi madre era especial y muy guapa.

A Alma se le encogió el corazón. Había visto fotos de Bárbara por la casa, no le cabía duda de que Gilles tenía razón.

—Estoy segura de ello, cielo.

—Mi madre también me llamaba así —dijo el niño mientras intentaba mantener las lágrimas—. Tú te pareces mucho a ella, quizá por la manera de hablar, no lo sé. Aún no me creo que no esté. A veces pienso que está de viaje y que vendrá un día de estos, pero pasan los días y llegan otras vacaciones del cole y ella no está ni para ver mis notas ni para bañarse conmigo en la piscina.

Alma se acercó con mucho tiento. Era consciente que un paso en falso podía desmoronar lo que había conseguido hasta ahora.

—Lo siento. Si te sirve de algo, yo no conocí a mi madre, la perdí antes de poder recordar su rostro.

Gilles se frotó la nariz enérgicamente, Alma pensó que estaba encantador, ahora parecía un niño de su edad, se limpió el rastro de lágrimas

y centró toda su atención en ella.

—¿Qué pasó?

Alma comenzó a soltar el aire contenido.

—Me abandonó nada más nacer en la puerta de un convento.

Gilles abrió tanto los ojos que a ella le entraron ganas de abrazarlo.

—¿Lo dices en serio?

Ella asintió despacio percibiendo aún ese resquicio de dolor que parecía no apagarse nunca.

—Ahora soy yo quien lo siente.

—Muchas gracias.

—¿Puedo abrazarte, igual lo necesitas?

Una risa ahogada salió de la garganta de Alma.

—Créeme, me encantaría y lo necesito muchísimo.

El niño se levantó y le rodeó con los brazos la cintura. Era alto para su edad y ella pudo apoyar su barbilla sobre la cabeza de él.

—A veces pienso que quieres más a mis hermanos que a mí.

Alma cerró los ojos y ahogó esa sensación que no la dejaba respirar.

—Eso no es cierto, Gilles. Tú no me lo has puesto fácil, cielo, lo único que hice fue distanciarme para que no me hicieras daño.

El niño se separó de ella y con la palma de la mano se la pasó por las mejillas como si así quisiera quitar el rastro de humedad.

—Quizás, algún día puedas jugar conmigo a mi videojuego favorito — dijo esperanzado.

—Si me enseñas, estaré encantada de darte una buena zurra. Soy muy buena y diestra con los mandos de la consola. —Hizo ademán de levantar los pulgares y moverlos como si estuviera oprimiendo los botones de la *Playstation*.

Gilles soltó una sonora carcajada y se dobló en dos.

—Te dejaré ganar la primera, pero en las siguientes date por eliminada.

Alma lo abrazó de nuevo y lo besó en la sien.

—Me ha sentado bien hablar contigo. —Gilles le devolvió el abrazo con más fuerza—. Ahora me vas a decir qué estás estudiando.

Gilles soltó una palabra ininteligible para ella.

—El románico... un verdadero rollo.

Ahora fue Alma la que ahogó una carcajada.

—Pero ¿qué dices? ¿Me dejas que te muestre lo interesante que puede llegar a ser esa etapa de la historia?

—¿Después echaremos una partida a la *Play*?

Ella sopesó la idea.

—Siempre y cuando te hayas aprendido la lección.

Gilles dejó escapar un bufido de entre sus labios.

—Que sean dos partidas, entonces.

Alma ladeó sus labios hacia un lado.

—Hecho.

—Prométeme que no te vas a casar con mi padre.

El tono de Gilles volvía a ser de desesperación, le sorprendió el cambio de conversación, pero, en cierta manera, le entendía. La miraba con intensidad, como si buscara la verdad que él tanto necesitaba; en el fondo, solo protegía lo que era suyo.

Alma trató de inspirar, sin embargo, el aire le quemó la garganta, aun así, levantó la mano y le mostró la palma.

—Lo prometo —le dijo con ese gesto que representaba un juramento.

CAPÍTULO 7

Roger colgó el teléfono de golpe. Estaba agotado, el hecho de hablar con sus clientes varias horas al día lo hacían desfallecer. Además, faltaban dos semanas para Navidad, no había ido de compras y los juguetes de sus hijos aún estaban en los escaparates de la tienda.

Se reclinó en el sillón y centró toda su atención en la fotografía de Bárbara y los niños que decoraba una esquina de su mesa. Apretó los labios en un intento de que los recuerdos que anidaban en él no se evaporaran; el tiempo había pasado a una velocidad de vértigo y él seguía en el mismo punto de partida desde la muerte de su esposa. No pudo evitar pensar en Alma y en lo estúpido que parecía cada tarde entrando como un vulgar ladrón en su casa para no encontrarla. Ella parecía haber recibido el mensaje porque hacía casi dos semanas que no se habían visto. Él siempre tenía la excusa perfecta para saltarse la cena y llegar tarde, demasiado quizá, a su hogar.

Cogió un bolígrafo de su mesa y, nervioso, comenzó a jugar con él. Su despacho se había convertido en su exilio, pero eso tampoco le agradaba. Le daba la sensación de que se estaba perdiendo muchas cosas y que ninguna de ellas tenía vuelta atrás, como el hecho de que sus hijos crecían.

La puerta se abrió de pronto, no era Charlotte, su secretaria, sino su hermano.

—Me imaginé que te encontraría aquí.

—Tenemos una empresa que sacar adelante, Jacob. —Se incorporó en el sillón y, sin querer, se puso a la defensiva.

Su hermano levantó las manos en un gesto apaciguador, a continuación, se desabrochó el abrigo y desenroscó la bufanda que envolvía su cuello.

—No era una crítica, aunque, si soy sincero, me dice Charlotte — señaló con el pulgar a la puerta— que últimamente pareces más huraño que de costumbre. ¡Dios, hace un frío espantoso! —comentó depositando su abrigo en el respaldo de una de las sillas y frotándose enérgicamente las manos para entrar en calor.

Roger ahogó un juramento.

—Mi secretaria gana un buen sueldo para que vaya husmeando por ahí mi estado de ánimo.

—¿Eso incluye aguantar tu mal humor?

La pregunta puso tenso a Roger.

—¿Has venido a hablar de mi secretaria o conmigo?

Su hermano silbó al mismo tiempo que se sentaba cómodamente en una de las sillas.

—¿Qué ocurre, Roger?

Éste le miró sin entender.

—No sé a qué te refieres.

—Voy a ser franco contigo; me envía mamá. Está preocupada. — Apoyó los antebrazos en las rodillas, dejó colgar las manos y lo miró con rigor dando muestras de que no se iba a conformar con cualquier respuesta.

—Estoy bien.

Su hermano cabeceó y sonrió al mismo tiempo.

—¿Por qué siempre sales por la tangente? No, no lo estás, al principio pensé que eran exageraciones de nuestra madre y no le di importancia alguna. Hoy por hoy, creo que ella tiene razón.

—Tengo mucha tensión, Jacob, eso es todo, ya sabes que la Navidad se acerca y son semanas de mucho ajeteo para la empresa. Además, aún no he comprado los regalos para los niños. —Tamborileó el bolígrafo sobre la mesa, como si con ese gesto pudiese hacer desaparecer la frustración que parecía no querer abandonarle desde hacía días.

—Deberías tomarte un día libre e ir a París, creo que te vendría bien despejarte un poco. En esta época del año es una ciudad con mucho encanto; además, podrías llevar a Alma, le encantará.

—¿Has oído la parte en la que te digo que tenemos mucho trabajo?

—Como todos los años. Que yo sepa, la gente sigue celebrando estas fechas con vino y champán; eso no ha cambiado.

—No seas sarcástico, ¿quieres? —Tiró el bolígrafo de mala gana sobre la mesa; se levantó y se paseó nervioso a través del suelo desgastado de madera; no cabía duda que esos tablones habían sido víctima de muchas decisiones al cabo de los años.

—¿Tiene que ver con Alma, verdad?

Roger se paró en seco y se frotó la sien con la yema de los dedos.

—No es asunto tuyo —habló lentamente y con firmeza—. Es mi vida

y, como tal, tengo derecho a vivirla como me dé la gana.

—¡No has respondido a mi pregunta! —exclamó Jacob reclinando la espalda en el respaldo de la silla.

—Tu pregunta no tiene sentido alguno. Alma es la niñera de mis hijos y ahí termina el tema —dijo a la vez que reanudaba el paseo de una pared a otra con pasos enérgicos y fluidos.

—Entonces, ¿no te importará que la invite a cenar? —El farol pareció dar resultado cuando su hermano se detuvo bruscamente.

—Puedes hacer lo que te plazca —respondió en tono cortante.

Jacob intentó no soltar la carcajada que afloraba ya en su garganta. La cosa parecía más seria de lo que suponía.

—Esa mujer te interesa, hermano, negarlo es como decir que la luna nunca sale con las estrellas.

—Esa mujer —recalcó, tosco, Roger—, es una muchacha de veintidós años, criada en un convento por monjas y que necesita vivir su propia vida antes de tomar una decisión.

—¿A qué te refieres? —indagó Jacob sentado en la silla con los brazos cruzados y balanceando una pierna.

—¿Sabes que quiere ir a Florencia?

—No, no tenía ni idea.

—Pues es lo que desea con el dinero que gane estos meses como *au pair*.

—Viniendo de ella, no me extraña; adora el arte, e Italia es la cuna del Renacimiento.

Roger se volvió hacia su hermano, logró esbozar una sonrisa apagada mientras maldecía para sí.

—Debe ir donde le plazca, conocer gente, hombres —al decir esto último la palabra se le atragantó—. En definitiva, tener experiencia.

—Un momento. —Jacob no pudo evitar arrugar el ceño—. Espera, a ver si lo entiendo. ¿Quieres decirme con todo esto que sientes algo por ella, pero, sin embargo, la vas a dejar marchar?

Roger, en ese instante, lo único que sentía era irritación. Alma necesitaba cumplir sus sueños, explorar el mundo con sus ojos; no encerrarse en casa con tres niños que no eran suyos. Tarde o temprano, ella se marcharía, lo sabía, nadie podía empaquetar sus inquietudes y enterrarlas bajo tierra para el resto de su vida.

—Más o menos —respondió al fin. Cerró los ojos unos segundos con la esperanza de calmar el bombeo de su corazón contra las costillas. Muchas horas de reflexión le habían llevado a esa conclusión.

Su hermano se levantó, cruzó los brazos a la altura del pecho y apoyó la cadera contra una de las esquinas de la mesa.

—¿Hablaste con ella de esto?

—No, hice algo peor. —Se frotó enérgicamente, con el pulgar y el índice, los párpados—. La besé.

Jacob no pudo evitar sentir ese pinchazo de envidia, pero estos últimos días había descubierto que lo que sentía por Alma era solo atracción física, solo eso. El hecho de haber estado con una morena despampanante hacía unos días retozando en su cama no hacía más que confirmar su teoría.

—Es un comienzo... ¿Y?

—La eché de la habitación con aguas destempladas. —Apretó con fuerza los labios al recordar la escena y el rostro de decepción de Alma. Soltó un improperio.

—¿Que has hecho qué? —inquirió su hermano deshaciendo el cruce de sus brazos y poniéndolos en jarras—. Si algún día te creí un estúpido, hermano, esta vez, tu tacto respecto a Alma me lo confirma.

—Sé que hice mal.

—¡Claro que hiciste mal! Yo diría que peor no lo podrías haber hecho.

—Joder... Jacob.

—¡Maldita sea, Roger!, ¿en qué estabas pensando?

—No lo sé. —Cerró los puños con fuerza a ambos lados del cuerpo.

Jacob pudo ver ante él a un hombre abatido. No se merecía lo que la vida le quitaba sin tener opción a decidir.

—¿Hablaste con ella respecto a esto?

—No, no la he vuelto a ver. Soy un cobarde y la rehúyo; conozco bien los horarios de la casa y yo me limito a llegar cuando todos están durmiendo.

—¿Y los niños?

—Están bien cuidados, Jacob. Contraté a una cocinera para que nuestra madre tenga más tiempo libre y pueda estar más con ellos.

—¿Y ya está? Esa no es la solución.

—¡Maldita sea!, ¿crees que no lo sé? —Se pasó la mano por el pelo con desesperación—. Otra opción es...

—¿Qué? —le interrumpió.

—Prescindir de ella.

—No hablas en serio.

Roger se retorció las manos con frustración.

—¿Por qué no? Así todos tendríamos lo que queremos.

—No, Roger, no te confundas, tú obtendrías lo que querías. Aunque, en el fondo, no estoy muy seguro de que eso sea cierto. —Terminó señalándole con un dedo acusador.

Roger enterró de nuevo los dedos en su pelo.

—No me queda otra opción, Jacob, necesito volver a respirar, anhelo encontrar esa rutina que se me ha negado desde la muerte de mi mujer.

—Parece que lo que sientes por ella es intenso.

—No lo sé. Con Bárbara todo fue más despacio, más lineal; con Alma es como estar subido en una montaña rusa.

—¿La deseas?

Los labios de Roger dejaron entrever una sonrisa contenida.

—¿Y si es solo eso, Jacob? ¿Contención sexual?

—¿Intentas decirme que no has estado con ninguna mujer desde la muerte de Bárbara?

—¿Difícil de creer?

—Inaudito, diría yo.

Roger introdujo las manos dentro del pantalón.

—Por lo que veo, ya tienes una decisión tomada.

—Sí, eso parece. —Se sorprendió a sí mismo con esa afirmación porque hasta ese mismo momento no supo muy bien lo que iba a hacer al respecto.

—¿Cuándo se lo vas a decir?

—Esta noche. Aún no hablé con sor Águeda, no quiero que tenga una impresión equivocada respecto al hecho de que Alma se vaya de casa.

—¿Y ya está? ¿Así se soluciona todo?

El silencio se apoderó de la estancia varios segundos prolongados.

—Le daré a Alma dinero suficiente para que cumpla su sueño de ir a Italia y encontrar allí trabajo, e incluso he barajado la opción de hablar con uno de nuestros clientes en Siena, quizás él podría ayudarla los primeros meses y recomendarla a alguno de sus conocidos.

—Veo que lo tienes todo muy estudiado.

—Es lo que tiene estar pensando cada minuto del día en ello.

—Eres consciente de que la Navidad está a la vuelta de la esquina, ¿no?

Roger cruzó una mirada furibunda con su hermano.

—¿Intentas ayudarme o hacerme caer más al fondo?

—Quiero que recapacites. —Cruzó las piernas a la altura de los tobillos a la vez que ajustaba las manos al borde de la mesa.

Roger enderezó los hombros. Expresar sus ideas en voz alta le venía bien, no sonaban tan disparatadas a pesar de que su hermano pensase lo contrario.

—Necesito volver a vivir, Jacob.

—Lo sé, hermano, soy consciente, sin embargo, la cuestión no es esa.

—¿Cuál es entonces?

—¿Estás seguro que con la marcha de Alma podrás encontrar esa estabilidad que tanto anhelas?

Roger frunció los labios mientras se devanaba los sesos. Después de todo, era una buena pregunta, lo malo era que no tenía respuesta alguna para ella.

—¡Vamos, no es justo! —exclamó un impertérrito Gilles con los mandos de la *Play* aún en la mano.

—¡Gané! —profirió con tono triunfal Alma con los brazos en alto.

—¡Quiero la revancha ya!

Ella miró la hora en su reloj y chasqueó la lengua.

—Va a ser que no. Es hora de la ducha, cena y dormir. En ese orden. —Se levantó del suelo y sintió lástima por el niño, pero el hecho de haber jugado varias veces al mismo juego, su destreza había mejorado para decepción de Gilles.

—¡Alma! —gritó desde el pasillo la pequeña Annette—. ¡Alma!

Gilles soltó un bufido, al parecer, la presencia de su hermana no entraba dentro de sus planes.

La niña apareció sonriente con un bonito vestido rosa de lunares grises; en su rostro se dibujaba una preciosa sonrisa, sus mejillas estaban enrojecidas por la carrera.

—Mira, ha llegado. —Elevó el brazo y en su mano se podía ver un paquete envuelto en un papel liso y marrón.

—¿Es para mí?

—Me dijo la abuela que sí. Llegó esta mañana, pero se le olvidó decírtelo.

—¡Vaya, es una sorpresa! ¿De quién es? —preguntó poniéndose a su altura.

La pequeña giró el paquete varias veces entre sus pequeñas manos y buscó el remitente.

—Convento... —entrecerró los ojos como si así pudiese visualizar mejor la letra—, no sé qué significa la siguiente palabra. —Parecía decepcionada.

—No importa. Dámelo y lo podemos ver los tres, ¿os parece?

La pequeña obedeció y se lo entregó.

—¿Es de tu casa?

—Así es.

Alma rasgó el papel y ante sus ojos apareció la portada de un libro, leyó el nombre de la autora y sintió un atisbo de orgullo al ver la fotografía de la fachada principal del convento donde había crecido. Se arrodilló y se lo mostró a los niños. Ambos, curiosos, se acercaron hasta ella.

—¿Os gusta?

—¡Parece un palacio! —exclamó la niña sin perder detalle de la portada.

Alma no pudo más que sonreír ante la percepción de Annette.

—No es un palacio, tonta —apuntó su hermano—, ¿no sabes leer?

—Gilles... —el tono de Alma sonó a advertencia.

—¿Os gustaría ver lo que esconden sus páginas?

Annette asintió enérgicamente con la cabeza; Gilles no parecía muy convencido, pero el hecho de saltarse la ducha debió ganar la batalla en su fuero interno. Se sentó al lado de Alma, y Annette hizo lo mismo, pero ella se refugió en los brazos de su niñera.

—Bien, empecemos. Mirad —señaló con el índice varias fotografías muy antiguas donde se apreciaba el convento en un solar, no como estaba ahora, rodeado de la urbe.

—Esa foto es muy vieja —dijo la niña acercándose para verla mejor.

—Principios del siglo XX —leyó Alma.

Gilles silbó sorprendido.

—Pasa la página —le indicó Annette con curiosidad.

Alma pasó varias hojas de texto hasta que encontró varias fotografías en la zona central. En cada una de ellas se podían apreciar las imágenes de las religiosas que habían ido ocupando el convento a lo largo de los años.

—¿Quiénes son estas? —Señaló la pequeña—, parece que van a salir volando con esos gorros tan raros.

—No son gorros. Se llaman togas —aclaró Alma. Acercó más el libro y observó la fecha—. 1949. Es la congregación que ocupó el convento durante ese año y los siguientes.

—¡Mira, Alma! —exclamó Annette con un atisbo de impaciencia en la voz al pasar varias páginas más—. ¡Mira a esta señora!

La sonrisa de la niñera desapareció de golpe para dar lugar a un sudor frío que le recorrió todo su cuerpo; se olvidó de respirar durante unos segundos, suficientes para notar como un zumbido incesante recorría el interior de sus oídos. La sensación de ingravidez no se hizo esperar y pensó que de un momento a otro se iba a desmayar.

—¡Alma! ¡Alma! —gritaron alarmados los dos niños al unísono.

Solo fue entonces cuando se percató de que el libro había caído al suelo, Gilles lo recogió mientras Annette le acariciaba el pelo y gritaba a viva voz el nombre su abuela.

El niño miró la fotografía y luego, con los ojos muy abiertos, toda su atención fue a ella. Fue entonces cuando se percató de que Gilles, al igual que ella, lo había descubierto.

Estaba más agotado que de costumbre; los días transcurrían despacio, «como a cámara lenta», pensó Roger una vez aparcado el coche en el garaje. Salió del utilitario sin poder evitar ese estremecimiento causado por el frío, se ciñó con fuerza el abrigo de paño y se dirigió a la casa con paso diligente teniendo excesivo cuidado en el resbaladizo suelo. Si el tiempo seguía así, pronto iba a nevar y la vida se complicaría mucho más. A su mente llegaron las palabras de su hermano, pero las desestimó en el acto. En el fondo, lo que había pensado era lo mejor. Solamente debía encontrar esa fuerza interna para exponérselo a Alma y no parecer un estúpido integral.

Entró y se extrañó que la luz del vestíbulo estuviese encendida, fue a apagarla, pero se detuvo al ver a sus hijos, sentados en uno de los sillones del salón, levantados a una hora en la que ya debían estar en la cama. Su madre tenía a Eric en brazos y los niños, sorprendentemente, estaban más callados que de costumbre. Algo no iba bien.

No se quitó el abrigo y, con el maletín aún en la mano, se dirigió hasta ellos.

—¿Qué ocurre?

La primera en hablar fue Annette:

—Alma está enferma.

—¿Enferma? —repitió como un autómata.

—No para de llorar. Lleva horas encerrada en su habitación —aclaró Gilles.

—No quiere abrir la puerta ni siquiera a la abuela —añadió la pequeña con los ojos anegados de lágrimas—. A mí tampoco.

Roger miró a su madre. A pesar de su mutismo, en su rostro se dibujaba la preocupación y no le gustó nada.

—Está bien —comenzó a decir Roger—. Es tarde y mañana hay colegio...

Los niños protestaron de inmediato y todos al mismo tiempo, incluso Eric, adormilado ya en brazos de su abuela, pareció despertar del todo. De pronto las frases se volvieron ininteligibles, se hilaban unas con otras.

Roger respiró profundamente entre tanto alboroto, tiempo que empleó para quitarse el abrigo y depositar su maletín en uno de los sillones.

—Gilles, lleva a tus hermanos a la cama —le ordenó—, subiré en cinco minutos.

El niño fue a protestar, sin embargo, una mirada directa de su padre detuvo toda réplica.

Tomó a Eric en sus brazos, que ya tenía el pijama puesto, y Annette lo siguió cabizbaja. Su padre le mesó el cabello al pasar, ella levantó la mirada hacia él y Roger percibió toda la tristeza que encerraban esos pequeños y brillantes ojos azules.

—¿Lo vas a solucionar? —le preguntó su hija hipando entre sollozos.

Su padre se arrodilló y le acarició la mejilla eliminando con el pulgar el rastro de lágrimas.

—Lo voy a intentar, cariño, pero para eso necesito hablar con la

abuela y saber lo que sucedió.

—Fue el libro.

Roger entrecerró los ojos.

—¿Qué libro?

—Vamos, Annette —le dijo su hermano cerrando su mano en la de ella—, es tarde.

Roger observó a su hijo mayor y le dedicó una sonrisa. ¿Desde cuándo se había vuelto tan intuitivo? Movi6 en silencio sus labios y en ellos su primogénito pudo leer la palabra *gracias*.

Gilles sonrió a su padre y se llevó a sus hermanos. Los tres salieron por la puerta y Roger pensó que eran lo mejor de su vida. Se volvió a su madre, se esforzó por destensar la mandíbula e, inmediatamente, como si fuera un gesto premeditado, introdujo las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Qué ocurrió?

CAPÍTULO 8

Alma bebió un sorbo de agua, le costó tragarlo porque le dio la sensación de tener la garganta cerrada; se miró al espejo que tenía frente a sí; el cuarto de aseo resultó ser más frío que de costumbre; claro que también estaba destemplada y tenía hambre, no había comido nada desde el desayuno y eso le estaba pasando factura. Su reflejo no le devolvió la imagen a la que estaba acostumbrada y por enésima vez en su vida sintió pena por sí misma. Sus ojos estaban más pequeños y enrojecidos de tanto llorar; su piel, más pálida, y sus labios, más hinchados que esta mañana.

Su mirada descendió hasta su cuello, allí, como siempre, pendía la cadena de oro que había llevado hasta donde su memoria alcanzaba a recordar, y de ella colgaba esa cruz que tantas y tantas veces le había atribuido una historia sin comienzo alguno. Quedó prendida de su brillante dorado intentando buscar una coherencia lógica a la relación existente entre la fotografía que había visto horas antes en el libro y el símbolo que decoraba en esos instantes su pecho.

Varios golpes en la puerta hicieron que saliese de su ensimismamiento y que parte del contenido del vaso cayese en el suelo; se maldijo por su torpeza y decidió limpiarlo con una de las toallas que minutos antes había utilizado para secarse la cara. Los golpes volvieron a sonar, esta vez con un poco más de insistencia.

Salió del baño y se dirigió hasta la puerta con pasos inseguros y poco precisos. No la abrió, como había hecho en las anteriores veces, bien podían ser los niños o Chantal y no deseaba que la viesan en ese estado.

—¿Si?

—¿Alma?

El hecho de oír la voz de Roger la terminó por desarmar por completo. Apoyó la frente en el marco de la puerta y se maldijo mil y una veces por el hecho de que él hubiese escogido ese preciso momento para romper esa ley absurda y silenciosa que se había instaurado en la vida de ambos desde hacía dos semanas.

—¿Alma, te encuentras bien?

Si hubiese sido otro momento, ella se hubiera reído de la situación,

pero ahora, con las defensas bajas, lo único que deseaba era huir por la ventana y desaparecer para siempre.

—Los niños están preocupados.

«Diana», se dijo para sí misma, el hecho de utilizar a los niños era el pretexto perfecto para continuar aquella absurda conversación.

—Estoy bien —su voz no sonó todo lo bien que ella hubiese deseado, se aclaró la garganta y deseó ser más convincente esta vez—. Lo siento, pero estoy cansada y ya me iba a la cama.

—Me gustaría que abrieses la puerta. ¿Eso sería posible?

Alma respiró con fuerza y exhaló el aire con la misma intensidad. «Terminaré de una vez con esta tontería», se dijo mientras tomaba con decisión el pomo de la puerta, sin embargo, no estaba preparada para aquel encuentro; lo supo en el mismo instante en que lo vio.

Dios, no era posible que su atractivo se hubiese multiplicado por diez en estos últimos días. En ese momento tenía el ceño fruncido y los labios ladeados como si no le gustase lo que estaba viendo; de pronto, la imagen reflejada en el espejo, minutos antes, la asaltó y como única respuesta frunció los labios.

—¿Puedo pasar?

—Es tu casa, claro que puedes.

¡Por el amor de Dios! ¿Había dicho ella eso? ¿Qué narices le ocurría? No podía utilizar a Roger como saco de golpes cuando él no tenía nada que ver con este último asunto.

Él ignoró el comentario y pasó al interior de la habitación. Solo el hecho de ver la cama desaliñada con las sábanas arrugadas en el centro, le daba una idea de lo que debía haber pasado Alma estas últimas horas.

—Lo siento, suelo ser más cuidadosa—le comentó al ver que él se fijaba en el aspecto en el que estaba la habitación en ese instante.

Roger se apoyó en la pared; parecía pensativo. Pasó su mirada de la cama al rostro de ella. Su madre le había hecho un pequeño resumen de lo sucedido, sin embargo, sus comentarios no le habían sido suficientes para sacar una conclusión de lo ocurrido. La mujer que tenía ante sí estaba sufriendo, y mucho. Sus ojos solo expresaban tristeza, sus mejillas estaban teñidas de rojo; su cabello, alborotado; toda ella parecía haberse cruzado con un ciclón, pero, aún así, estaba más bella que nunca.

—Mi madre...

—Lo siento de verdad —le interrumpió a la vez que se llevaba la mano a la frente—, la dejé a solas con los niños. Puedo asegurarte que no era mi intención y que no volverá a suceder.

—No vine a recriminarte nada, Alma. Todos estamos preocupados y me gustaría poder ayudarte. Sea lo que sea.

Alma observó cómo él se acariciaba los nudillos con el pulgar mientras hablaba. Parecía nervioso, pero para Roger Arnod eso era algo impensable. Él pareció percatarse que ella se fijaba en su gesto, porque inmediatamente deslizó las manos en el pantalón. Solo entonces la atención de ella volvió a él.

—Esta mañana ha llegado un paquete para mí. —Decidió ser sincera. En verdad que necesitaba desahogarse y escuchar una teoría de la situación desde otra perspectiva—. Pero no lo abrí hasta esta tarde.

—Eso me han comentado.

—Era un libro.

Él asintió despacio con la cabeza y la dejó hablar porque le dio la impresión de que Alma seguía estando en shock.

—Un libro del convento donde me crié —recorrió con la mirada la habitación hasta hallar lo que buscaba. Lo encontró sobre la almohada, se dirigió hasta allí y lo cogió—. Es precioso y con unas fotografías fantásticas —le dijo ofreciéndole el libro.

Roger se despegó de la pared, lo tomó y observó la portada. Reconoció la imagen y el convento. Deslizó el pulgar por las hojas y estas se precipitaron formando un abanico.

—Imagino que hay algo en el libro que te causó esta reacción.

Ella esbozó una mueca al sentir de nuevo esa punzada de dolor.

—Sí.

—Bien, es un principio —dijo—. ¿Qué es lo que hay para que te haya hecho llegar a este estado?

Ella todavía tenía lágrimas brillando en las pestañas. Procuró calmarse.

—Página doscientos ochenta.

Él acató la orden, abrió el libro y buscó la página que le indicaba.

Varias imágenes ocupaban buena parte del espacio. Pasó de una en una. En ellas se veían varios grupos de monjas; al parecer, eran las diferentes congregaciones que habían habitado el convento a lo largo de los últimos

sesenta años.

No vio nada que le llamase la atención y por esa razón dio otro rápido vistazo, esta vez más detallado. Al llegar a la última fotografía, lo encontró. Elevó la vista hasta toparse con la de Alma, ella cerró los ojos y después sonrió débilmente, tanto que los labios no llegaron a curvarse. Después bajó la mirada hasta hallar la cruz de oro que descansaba en su pecho, idéntica a la de la fotografía.

—¿Qué significa? —preguntó él mirándola fijamente.

Ella, cansada de estar de pie, se giró y se sentó sobre el colchón, este se hundió bajo su peso. Roger deseó hacer lo mismo, pero no porque estuviera cansado, sino para abrazarla, consolarla en esa pena que parecía consumirla; no obstante, no se movió del lugar donde se encontraba.

—Al nacer, mi madre me abandonó en la puerta del convento. — Separó las manos y, luego, sin poder evitarlo, volvió a entrelazarlas. La sensación que le oprimía los pulmones no había desaparecido—. Como único recuerdo que tengo de ella es esta cruz. —La tomó entre los dedos e, inconscientemente, la acarició como había hecho miles de veces a lo largo de su vida.

La mirada de Roger ascendió desde el colgante hasta su boca y luego a sus ojos. Deseó más que nunca besarla y reconfortarla, pero era consciente que, en ese instante, un movimiento en falso podría ser fatídico. Además, ¿dónde había quedado esa frialdad que había utilizado con Jacob al hablar de Alma?

Volvió la vista a la página y buscó en el lateral de la fotografía el nombre de las monjas que posaban sonrientes. De izquierda a derecha, estos se sucedían, los leyó y levantó de golpe la cabeza.

—¿Sor Águeda? —inquirió sorprendido. En esa imagen, la religiosa tenía un aspecto jovial y no tenía nada que ver con la mujer que era hoy en día.

Ella frunció los labios mientras lo observaba detenidamente.

—¿Qué te parece? Viví toda mi vida con mi madre bajo el mismo techo y me percaté de ello casi veinte años después.

Roger abrió los ojos hasta llegar a su máxima expresión, dejó escapar un bufido más propio de su hijo que de él.

—No sabría qué decirte, Alma. Al fin y al cabo, son conjeturas. No se sabe qué hay de verdad tras esta foto.

Nada más pronunciar esa frase, se lamentó por ello. Alma había crecido sin padres, sin nadie que la arropase por las noches, o al menos eso pensó él, y en un frío convento que parecía perderse en la historia.

—Es mi vida, por el amor de Dios, ¡mi vida! —exclamó a la vez que se incorporaba—. Indagué durante años y nadie me dijo la verdad. Viví en una mentira. —Levantó las manos en un gesto de rendición para después dejarlas caer de golpe.

—Alma. —Roger tiró el libro sobre la cama y se acercó a ella—. No te atormentes de esta manera. —Decidió ser más prudente en sus afirmaciones. Ella sufría, llevaba horas mirando esa fotografía, lo podía saber porque en algunas partes el papel ya había comenzado a arrugarse por culpa de las lágrimas—. Estoy seguro que en este instante tu cerebro está formulando miles de preguntas que no tienen aún respuesta. No debes castigarte de esta manera. Son todas sospechas —le dijo intentando quitar hierro al asunto. Ella le miró como si se hubiese vuelto loco de repente. «Craso error», pensó él.

—¿Es que no lo ves? —le preguntó mostrándole la cruz que colgaba de su cuello. Sus ojos negros se endurecieron llenos de rabia y frustración.

—Lo veo y tengo que reconocer que todas las pruebas visuales nos llevan a la misma conclusión. —Decidió ser sincero. Alma tenía en parte razón, pero no se podía dejar llevar por una prueba que, si se analizaba detenidamente, podía no tener ningún valor—, pero no debes adelantarte a los hechos. Necesitas ir a la fuente, a quien sabe la verdad y buscar una respuesta a todas esas preguntas que en este instante están avasallando una y otra vez tu cerebro. —Señaló con el dedo índice la frente de ella—. ¿Me entiendes?

Alma asintió despacio, no podía respirar en condiciones, sus pulmones se negaban a expandirse, sin embargo, por un motivo bien distinto. Roger estaba tan cerca que su espacio vital había desaparecido de repente.

—¿Te encuentras bien? —preguntó sin dejarse engañar por el silencio de ella.

Alma intentó responder, no obstante, no pudo hacerlo al sentir cómo la mano de él subía por el cuello y se hundía en su cabello.

—Dime que me marche, Alma, dímelo, por favor —le rogó a la vez que descansaba la mejilla en su cabeza.

¿Por qué se sentía tan atraído por ella... tan lleno de vida a su lado?

Ella se distanció lo suficiente para sumergirse en sus ojos color

avellana y perderse en ellos, permaneció inmóvil, observándolo. Era inútil, se dijo, solo una vez, necesitaba sentirlo y de esta forma podría cerrar este capítulo de su vida. Después de lo descubierto, sabía que debía volver a Salamanca, al menos una temporada, para aclarar la situación que tanto la reconcomía en esos momentos.

Le rodeó el cuello con los brazos y metió la cabeza en la curva de su cuello.

Él se percató cómo sus pechos se elevaban y descendían ligeramente al contacto con su tórax; en ese instante, toda intención de salir de la habitación se esfumó. La agarró por los hombros para separarse de ella y con el fin de mirarla a la cara.

—¿Estás segura?

—¿Y tú? —fue la respuesta de ella.

—Creo que desde el momento que te vi en el aeropuerto, lo estoy, pero me negaba a enfrentarme a ello. Alma... yo.

—Nada de palabras, Roger, déjame perderme en tus caricias, ayúdame a olvidar esta sensación de confusión y dolor.

En el fondo, Roger sabía que debía marcharse, volver a su habitación y pasar la noche solo en su cama; pero ya era tarde, quizá demasiado. Alma, aunque no lo quisiera ver, estaba muy dentro de su ser y ni tan siquiera el negarlo una y otra vez podía eliminar esa sensación de posesión y deseo al mismo tiempo que parecía apoderarse de él cada minuto de su vida.

Las manos de Roger se deslizaron despacio, como una tenue caricia, por sus brazos hasta llegar a los codos, una vez allí, pasaron a su cintura. La sintió vibrar, eso hizo que su excitación aumentase a un ritmo vertiginoso.

—En el momento que deseas que pare, me lo haces saber... Una cosa, Alma.

Ella percibió cómo él tragaba saliva con dificultad.

—No esperes demasiado a decírmelo —le puso un dedo bajo el mentón y le alzó el rostro hacía el suyo para mirarle a los ojos.

—Lo tendré en cuenta —dijo ella al fin con la impresión de estar cayendo en un pozo sin fondo.

—Me alegra saberlo porque una vez que comience, me será muy complicado parar, pero te prometo que pondré todo mi empeño en complacerte.

Bajó despacio la cabeza, como si quisiera de este modo estudiar su

reacción, tocó sutilmente sus labios con los suyos. Ella los abrió despacio y saboreó la textura y la calidez de su piel. Roger le enmarcó la cara con sus manos y la besó, primero suavemente y después no pudo evitar profundizar más en el beso, delineando con la lengua el contorno de su boca para perderse, un segundo más tarde, en la fina línea de su mandíbula. Ella dejó escapar un gemido de placer y permitió que él avanzase ascendiendo y descendiendo con pequeños besos a través de su cuello; cambió de rumbo hasta poder tocar su nariz con la barbilla de ella. Alma escuchó el retumbar de su corazón en los oídos y se perdió en un abismo sin fin.

Roger le deslizó el jersey por el cuerpo, luego por los brazos, y por último la cabeza, luego lo dejó caer al suelo. Apartó las manos de su rostro para dirigirse a la leve curva de sus caderas, una vez allí, hundió los pulgares en la cinturilla del pantalón y los enrolló por las caderas hasta que se perdieron en los tobillos; ella se deshizo rápidamente de ellos y quedó en ropa interior ante él.

A Roger se le secó la boca al verla con un conjunto de sujetador negro con encaje y tanga.

—Eres mil veces mejor de lo que había soñado —le dijo con voz ronca.

La vio sonreír tímidamente y morderse el labio inferior, ese gesto casi lo vuelve loco; sin embargo, en sus ojos todavía estaba reflejado ese dolor, él se juró que terminaría con todo rastro de sufrimiento. La tumbó despacio en la cama, acarició cada centímetro de su piel, era suave, mucho más que la seda más exquisita.

La besó de nuevo, sin prisas, saboreando cada resquicio de su boca, embriagándose de su sabor, volviéndose cada vez más exigente. Estaba duro como una piedra y la sensación de sentirse en su interior se hizo apremiante; aún así, se obligó a sí mismo a ir más despacio. Alma se merecía lo mejor y él se lo iba a dar.

Desabrochó el sujetador y ante él quedaron expuestos sus turgentes senos, una dolorosa punzada en la entrepierna le advertía su nivel de excitación. Se desvistió de prisa bajo la atenta mirada de ella.

Le gustó ver la expresión de Alma al descubrir su falo duro y exigente palpitando contra su abdomen. Las mejillas de ella se ruborizaron en el acto, casi sin darse cuenta y con ayuda de los codos reptó hacia atrás. No conocía la experiencia sexual de Alma y, si era sincero consigo mismo; no deseaba

saber nada en ese instante.

—Si necesitas decirme algo, este es el momento —murmuró él en un tono gutural.

Ella negó con la cabeza. No quería por nada del mundo que él se fuera.

Roger pareció entender porque se arrodilló en la cama, ella lo miró con ese deseo contenido que él ya parecía conocer tan bien, se humedeció el labio superior con la lengua, no era un acto provocado, sino, más bien, de inseguridad, se lo había visto hacer muchas más veces y él se vio en la necesidad de apartar la mirada de su rostro porque en ese mismo instante su miembro duro y rígido se había erigido con impaciencia, no por voluntad propia, contra su abdomen.

No soportó más esa escasa distancia que en ese instante los separaba y la abrazó. El contacto con su piel fue un afrodisiaco. Deslizó la mano despacio, sin prisa alguna, por su vientre hasta llegar de nuevo a sus senos, una vez allí, los amasó despacio sin perder la visión de los ojos de ella velados por el deseo. La vio entreabrir los labios y gemir. Roger apretó los dientes con fuerza para poder dominar así su control, pero sabía, en el fondo, que eso no iba a dar resultado ya que estaba excitado de una manera desconocida hasta ahora para él. Se negó a pensar en Bárbara y se centró de nuevo en los pechos de Alma, que subían y bajaban acompañados por una respiración agitada. Sin poder evitarlo, lamió su enhiesto pezón, saborearlo fue como paladear una fresa sabrosa y madura. Ella se arqueó como una gata, ofreciéndole más; él no la decepcionó y decidió darse un festín deleitándose con aquella ambrosía que ella le brindaba.

Los muslos le temblaron, pero se limitó a suspirar, su cuerpo parecía tener vida propia; no seguía sus dictámenes y ella se lo permitió. Percibió los labios de Roger en sus senos, en su garganta, en su lóbulo, y se sintió morir de placer. Pequeños pálpitos surcaban su vientre, no dudaba que era de pura excitación. Fue entonces cuando percibió la mano de él entre sus piernas. Con cuidado de no hacerle daño, se las separó despacio y con delicadeza, le sintió frotar en la zona más erótica de su cuerpo y fue como si una corriente eléctrica la atravesase de principio a fin.

Roger encontró su sexo húmedo, jugueteó entre la unión de sus muslos, lo acarició y le encantó ver la expresión y el jadeo entrecortado que salió de sus labios. Percibió cómo todos los músculos de ella se ponían

tensos, acto seguido, la vio encorvar los dedos de los pies, siguió acariciándola, despacio, sin prisa, hasta que la escuchó llegar al orgasmo en forma de gemido estridente. Le encantó verla así, rendida a sus caricias. No podía soportar más aunque quisiera; la necesidad de estar dentro de ella se hacía cada vez más apremiante. Se colocó sobre ella, con cuidado de no aplastarla, y encajó su miembro contra la hendidura húmeda, ese pequeño contacto necesitó todo su férreo control para no dejarse ir en ese mismo instante; se deslizó despacio en su interior, sin dejar de mirarle a los ojos. Ella solo pudo formar una o perfecta con sus labios al sentirse invadida. Los muros estrechos al que se veía sometido su falo, hizo que apretase fuertemente la mandíbula. Penetró con más fuerza hasta encontrar una barrera que le impidió continuar. Retrocedió.

—Sigue —le exigió ella.

—Dios, Alma, creo que, después de todo, se te olvidó decirme algo.

—Quiero que seas tú el primero, por favor —le rogó.

Él cabeceó y soltó el aliento de golpe en un gesto de impaciencia. El hecho de que no hubiese habido otro hombre anteriormente a él, le hizo hendirse de orgullo. Alma era suya.

—Te va a doler.

—No, claro que no.

La sintió elevar sus piernas y envolverlas en torno a sus caderas. Ese movimiento fue su perdición porque volvió a penetrarla con más fuerza. Ella gritó.

—No te detengas.

Él pareció dudar, pero ella le apremió y fue todo lo que necesitó para embestirla una y otra vez hasta explotar en su interior.

Alma gimió con fuerza y él acalló sus gemidos con un profundo beso. Después de todo, no estaban solos en casa y toda precaución era poca.

La palabra precaución se le atragantó en la garganta.

Mierda, se había olvidado por completo de usar protección.

Respiró profundamente para tomar fuerzas y no venirse abajo.

Ahora sí que tenía un verdadero problema.

CAPÍTULO 9

Alma se despertó desorientada; al moverse en la cama, le dolió cada músculo de su cuerpo. Intentó girar más despacio y así descubrió que el malestar, producido por una intensa noche de pasión, era más soportable.

Se encontraba sola, no había rastro de Roger en la habitación; no pudo evitar sentirse desilusionada, pero comprendía que el hecho de que su familia descubriese que había pasado la noche con ella podía traer consecuencias inesperadas.

Su espalda quedó en contacto con el colchón, casi como un acto programado se llevó la mano al cuello y allí encontró lo que buscaba. La cruz que descansaba en su pecho le hizo revivir la pesadilla del día anterior, cerró los ojos con fuerza y pensó que el día de hoy iba a ser muy difícil porque debía tomar muchas decisiones. A pesar de que no le apetecía, dejó la cama y se encaminó a la ducha, se llevó las manos a la cara y con las palmas se frotó intensamente los ojos intentando así poder desperezarse.

Necesitaba recobrar su vida, aunque esta fuese la mayor de las falsedades. Al menos durante estos últimos años había tenido algo a lo que aferrarse: la esperanza de encontrar a su madre. Hoy en día, no tenía nada. Únicamente una realidad distorsionada.

Abrió el grifo, dejó que el agua fluyera, a los pocos minutos, las volutas de vapor ascendieron y se propagaron por el cuarto de baño como si fuesen pequeñas y densas nubes. Se sumergió bajo el chorro y dejó que el agua caliente calmase todos sus músculos. En la palma de la mano depositó una pequeña cantidad de champú. Se frotó el cuero cabelludo intensamente y se dejó llevar por la fragancia que este desprendía, quizás intentando, de esa manera, eliminar todos los pensamientos negativos que parecían propagarse por su mente y que parecía que no tenían ninguna intención de querer salir. Se aclaró el pelo y el resto del cuerpo, buscó a tientas una toalla, cuando la encontró, se aferró a ella, enterró su rostro en el suave algodón y se dijo así misma que cuanto antes empezara, antes podría cerrar este capítulo de su vida.

Eligió para vestirse un conjunto sencillo de vaqueros y jersey cuello cisne de color beige, se miró al espejo y dio su aprobación. Se peinó su larga

melena hasta que los mechones quedaron a su merced. Antes de salir de la habitación, comprobó que todo estaba en orden. Después de todo, hoy tenía muchas cosas por hacer, entre ellas, planificar su futuro más inmediato.

Descendió por las escaleras despacio, atenta a cualquier sonido. Los niños aún debían estar dormidos. Observó el reloj situado en la pared del vestíbulo y comprobó que eran las siete de la mañana. Podría desayunar tranquilamente y luego... Unas voces irrumpieron sus pensamientos, se detuvo a mitad de la escalera e intentó averiguar de dónde procedían. Hablaban en un tono de voz más alto de lo acostumbrado, pero no se gritaban. Al cabo de unos segundos, dedujo que Roger y Chantal se encontraban en el despacho. De pronto, aparecieron las dudas. Aunque no lo quería ver, muchas eran las cosas que habían cambiado en las últimas horas.

Pensar en Roger en ese instante, le hizo rememorar algunas de las escenas que habían compartido desnudos en la cama la noche anterior. Si no tenía cuidado, podría enamorarse. Debía saber cuál era su sitio en la casa.

Se mordió el labio inferior, indecisa, pero, al final, optó por saludar. El hecho de que Roger y ella hubiesen hecho el amor no tenía por qué significar algo serio. En el fondo sabía que se mentía así misma y que jamás de los jamases, ese momento tan íntimo y compartido, podría perderse nunca en su recuerdo.

Respiró profundamente para darse fuerzas y repetirse una y otra vez que todo estaba en orden, que nada había cambiado. Mentir nunca se le había dado bien, pero siempre había una primera vez para todo.

La puerta estaba entreabierta. Distinguió con más claridad las dos voces. No parecían estar teniendo una conversación trivial, lo que hablaban parecía serio. Su francés estos últimos meses había avanzado a pasos agigantados y ya era capaz de seguir una conversación, aunque a veces había muchas palabras que se le escapaban en el contexto de la frase. Dirigió la mano al picaporte y esbozó su mejor sonrisa, pero, en ese instante, algo la hizo detenerse, escuchó su nombre; se demoró a unos centímetros del pomo y no pudo evitar seguir prestando atención. Después de todo, hablaban de ella. ¿Quién podría juzgarla por ello?

—Alma es una buena muchacha, Roger. No se merece este bocajarro de agua fría, y menos en estas fechas tan cerca de la Navidad.

—Mamá, es mi vida. Yo decido.

—Jacob me contó el encuentro que tuviste ayer por la tarde en tu

despacho, pero imaginé que una noche de reflexión podía hacerte cambiar de idea —la voz de Chantal sonaba más enérgica. Daba la sensación de que se paseaba de un lado a otro de la estancia.

—Jacob es un bocazas.

—Es tu hermano.

—Sí, mi hermano también. —Roger parecía resignado. Las patas de la silla arañaron el suelo, y Alma imaginó que en ese momento se levantaba.

Aunque afuera debía hacer mucho frío y seguramente se encontraban a menos de cero grados, los débiles rayos de sol entraban por la ventana e iluminaban parte de la estancia. La silueta de Roger rompió un grácil halo de luz que apenas se reflejaba en una de las paredes. Al verlo, su corazón pareció que dejaba de latir.

—Al menos dime que aún no has tomado una decisión al respecto.

—Lo hice, mamá, y ya es firme.

—¿Crees que dándole dinero para que vaya a Italia a cumplir su sueño es suficiente? Te creía más sensato, Roger.

A Alma, al escuchar la pregunta, se le heló la sangre en las venas.

No se podía creer que Roger pensara en despedirla. En ese instante se lamentó el no haber elegido un jersey más grueso. Tenía frío. Se llevó la mano a la cabeza al sentir un latido de dolor que atravesó como un rayo su cerebro. Cerró los ojos y esperó. Sabía que no tenía derecho a escuchar. Era una conversación privada, no obstante, necesitaba saber a qué atenerse.

—Mamá, Alma tiene derecho a escoger el rumbo de su vida.

—¡Tú estás eligiendo por ella! —le recriminó.

—No, no es verdad, primero hablaré con ella, pero no voy a descartar en absoluto que cumpla su sueño. Debe decidir por sí misma.

—No le das muchas opciones —siguió diciendo la mujer mientras sus pasos se hacían más enérgicos y se colocaba a escasa distancia de su hijo—. ¿Crees que no sé lo que ocurrió anoche?

—Mamá —el tono de Roger era de advertencia.

—Debes hablar inmediatamente con ella. Un fajo de billetes no solventa nada.

—Tendrá que ser ella la que tome una decisión.

—No estás siendo justo.

—Lo mejor es que se vaya, que conozca el mundo que tanto desea. Creo que, a corto plazo, es lo mejor para todos. Esas fueron mis palabras con

Jacob. Él solo las ha sacado de contexto.

Alma se frotó el rostro con ambas manos intentando limpiar el rastro de lágrimas que ya surcaban por sus mejillas.

—¿No me puedo creer lo que estás diciendo! —exclamó la mujer, colérica.

—¿Debe solucionar ciertos aspectos de su vida! —el tono de Roger igualó al de su madre.

—¿Es tu última palabra, Roger?

—No me arrincones contra la pared, mamá. Ya no soy ningún niño.

—Déjame decirte que actúas como si lo fueras. —Por el resquicio de la puerta, Alma pudo ver cómo Chantal blandía un dedo contra el pecho de su hijo—. Eres excesivamente autoritario, Roger, todo lo contrario a tu hermano.

—¿No crees que, para no estar presente, Jacob ya intervino demasiado en esta conversación?

—Él tiene la cabeza sobre los hombros.

—El hecho de que piense igual que tú, no significa que tengáis razón. Alma necesita vivir su propia vida —puntualizó mientras se pasaba varias veces la mano por el pelo—, y quizá, solo quizá, su lugar no se encuentre aquí entre nosotros.

A Alma se le erizó el vello de todo el cuerpo. Comenzó a dar pasos hacia atrás, su cuerpo parecía haber bajado varios grados de golpe; las figuras de Roger y Chantal desaparecieron de su campo visual, retrocedió sin perder detalle de la puerta que tenía ante sí. Chocó con el aparador de la entrada y se sobresaltó, giró la cabeza y observó cada peldaño de la escalera. En ese instante le parecieron más abruptas que de costumbre. Dentro del despacho seguían las acusaciones, pero ella dejó de escucharlas. En ese momento solo deseó desaparecer y huir. Los pilares que había construido hasta ahora parecían derrumbarse a cada paso que daba.

Subió de dos en dos los escalones, para cuando llegó a su habitación podía decir que hiperventilaba. Sin demora alguna, buscó la maleta al fondo del armario, la agrarró con fuerza, ni tan siquiera escuchó el golpe sordo que esta produjo al caer, la abrió y comenzó a tirar, sin ton ni son, su ropa en el interior. Lo que no entrase, lo dejaría allí y más adelante vería cómo lo solucionaba; pero lo más importante era la apremiante necesidad de huir. La casa la asfixiaba, y las lágrimas, como era de esperar, comenzaron a empañar

sus ojos. Había vivido siempre en una mentira, ¿cómo era posible que no se hubiera percatado que lo de anoche también era una farsa?

Tan concentrada estaba en su tarea que no se dio cuenta que la puerta se abría, solo cuando escuchó los pasos a su espalda, advirtió que no estaba sola. Se sobresaltó y, de una forma automática, se llevó la mano al corazón.

Ante ella se encontraba Annette con un osito de peluche entre sus brazos. Estaba descalza, su pelo era toda una maraña, con los puños se restregaba los ojos y de su pequeña boca salió un profundo bostezo. Estaba preciosa con aquel pijama rosa de *La bella durmiente*.

La niña la observó detenidamente, después su mirada se desvió a la maleta abierta que se encontraba en el suelo, como si intentara de ese modo averiguar la relación existente entre dicho objeto y Alma.

—¿Te vas? —preguntó al fin.

El tono melancólico de Annette terminó por romperle el corazón.

Alma se acercó despacio, no deseaba que la niña saliese corriendo y diese la voz de alarma. Al llegar a su altura, se puso de cuclillas y se esforzó por sonreír.

—Debo hacerlo, cielo.

—¿He hecho algo malo? —preguntó la pequeña con los ojos muy abiertos y empañados de lágrimas.

—No, claro que no. —Se afanó por aclarar a la vez que la estrechaba en un abrazo—. Necesito volver a casa, eso es todo.

—¿Por qué?

En el tiempo que llevaba de *au pair*, Alma se había percatado de que los niños no se conformaban con una sola respuesta. Le dedicó una sonrisa lenta y sincera.

—Necesito volver, eso es todo, Annette. A veces no necesitamos razones poderosas para tomar ciertas decisiones.

Las cejas de la niña se unieron en un movimiento molesto y sin poder evitarlo, adelantó su labio inferior en una expresión compungida.

—Es por Gilles, ¿verdad? Le dije que no te hiciese enfadar, pero nunca me hace caso.

Alma la estrechó con más fuerza, si cabía.

—No es por él, cariño. Es difícil de explicar, eso es todo.

—Papá dice que siempre debemos intentarlo por muy complicado que sea.

La imagen de Roger golpeó con fuerza en su cerebro. Trago saliva con dificultad e intentó refrenar las lágrimas que se agolpaban de nuevo en sus ojos.

—Tu papá tiene razón. —La niña sonrió ante su pequeña victoria—. Pero en ocasiones no se encuentran las palabras precisas. —Soltó el aire de golpe y procuró calmarse—. Os quiero muchísimo, a los tres —aclaró rápidamente para no dar lugar a confusiones.

Annette lanzó una mirada fugaz al osito de peluche que llevaba entre los brazos.

—¿Volverás? —le preguntó sin tan siquiera mirarla.

Alma abrió la boca, pero no salió ningún sonido. No sabía qué responder a eso. De pronto se le ocurrió una idea. Se llevó las manos al cierre del colgante y, por primera vez en su vida, se lo quitó. En ese instante le pareció estar desnuda.

—Haremos una cosa, ¿de acuerdo?

La niña asintió enérgicamente con la cabeza sin perder detalle de la cruz que se balanceaba de un extremo a otro, como si se tratase de un movimiento hipnótico.

—¿Podrías guardármela hasta mi regreso?

Desde su aparición, la pequeña esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—¿En serio?

—Me encantaría que lo hicieras. Serás la guardiana de la cruz, ¿qué te parece?

—Me parece genial —dijo dando un pequeño brinco.

—Bien —fue todo lo que pudo responder la niñera.

Alma, con cuidado, se colocó tras ella con ambas manos en los extremos de la cadena y se la abrochó alrededor del cuello. A continuación, posó las palmas en los hombros de la niña y la giró hasta encontrarse cara a cara.

—Estás preciosa.

Los pequeños y regordetes dedos de Annette acariciaron con delicadeza la cruz de oro.

—Me dijiste que iba a ser para tu hija.

Alma le frotó la espalda cariñosamente, puso un dedo debajo de la barbilla de la pequeña para poder ver su rostro.

—Bueno, de alguna manera, tú has sido mi primera hija.

Annette sonrió abiertamente e inclinó la cabeza hacía un lado. Solo cuando Alma vio el hueco del diente que no había salido aún; se percató de lo pequeña que era.

—¿No me olvidarás?

Alma hundió la frente en las manos y dejó fluir por fin las lágrimas que parecían ahogarla.

—Nunca, cielo, jamás.

Annette cerró sus brazos en torno al cuello de Alma.

—Yo tampoco, pero no tardes mucho en volver.

—Haremos una cosa, si me necesitas, me llamas y yo vendré rauda y veloz hasta a ti. —Arrancó una hoja de una libreta y le apuntó el número de su móvil.

—¿En serio? —preguntó Annette mirando con intensidad la hilera de números.

—Prometido.

—¿Aunque estés muy lejos? —inquirió preocupada.

Alma apretó los labios hasta formar una línea muy fina y se esforzó por mantener a raya la nueva oleada de lágrimas. Algo más calmada dijo:

—Lo intentaré con todas mis fuerzas. ¿Harías algo por mí?

Annette, sintiéndose importante, abrió mucho los ojos.

—Cuidarás de todos.

La niña asintió satisfecha.

—Eres un verdadero amor, princesa. —Le hincó un dedo en la barriga.

La pequeña comenzó a reírse y se dobló en dos a causa de las cosquillas que le producía su niñera.

Alma pensó que iba a echar mucho de menos esa risa, sin embargo, muy a su pesar, había llegado el momento de volver a casa.

CAPÍTULO 10

En la actualidad

Tenía frío, tanto que se apretó con fuerza las manos para no temblar. La pequeña capilla que durante su niñez había sido parte de sus juegos, ahora era escenario de algo mucho más doloroso. «Parece tratarse de un capricho maquiavélico del destino», pensó Alma mientras recordaba las últimas horas en casa de los Arnod.

Después de hacer las maletas, había llamado a un taxi y escrito una nota de despedida para la familia, no deseaba centrarse solo en Roger. Después de eso, recibió una llamada fatídica que cambió para siempre el rumbo de su vida.

El sacerdote terminó su oratoria e hizo la señal de la cruz. Las hermanas allí congregadas le imitaron, pero ella decidió dejar sus dedos entrelazados. Después de todo, Dios no le permitió encontrar todas las respuestas a tantas preguntas formuladas a lo largo de su vida. El murmullo de una oración se dejó oír de nuevo, pero ella se mantuvo atenta fijándose en el féretro que descansaba en el suelo por expreso orden de la difunta. Allí estaba su madre, la mujer que le dio la vida, pero que nunca actuó como tal. Inspiró hondo y se humedeció los labios, no pudo llorar porque no le quedaban lágrimas. Había perdido tanto en tan poco tiempo que se sentía como un junco aplastado por el viento e incapaz de volver a erguirse.

No tenía pasado ni futuro, solo un presente envuelto en un dolor que se resistía a abandonarla.

El sacerdote pronunció unas palabras que a Alma le sonaron vacías y carentes de sentido. Todos hablaban de sor Águeda como una persona competente, admirada y de un valor inestimable para el convento durante largos años, sin embargo, ese discurso, para ella, era hueco, quizá por el hecho de que la religiosa había elegido antes los hábitos que el hecho de enfrentarse a una sociedad y educar a su hija. Eran tantas las incógnitas, que le daba la sensación de estar caminando en todo momento en arenas movedizas. Sor Leocadia, a su lado, le tomó la mano, parecía comprender la situación, una lenta sonrisa surgió de sus labios; Alma no le correspondió,

prefirió ahogarse en su dolor.

Roger releyó la nota que había dejado Alma por enésima vez. Estaba escrita en castellano, sin embargo, su despedida era en francés, sus palabras eran frías, calculadas y carentes de sentimiento. No la culpaba.

Ese día no había ido a trabajar, no se encontraba con fuerzas y Jacob había ocupado su lugar en la empresa.

Volvió a releer cada línea y no supo a qué atenerse. En ella le notificaba que sor Águeda había fallecido y que le urgía volver de inmediato a Salamanca. Si bien era cierto esto último, él ya lo había confirmado, había llamado al convento y una de las monjas se lo corroboró, sabía que esta no era la razón por la cual Alma se había marchado tan precipitadamente. El hecho de haberse ido sin despedirse tenía un motivo bien distinto, pero aún no sabía a qué podía deberse.

Durante el transcurso que duró la llamada, no pudo evitar preguntar por Alma. Según palabras de la religiosa, la muchacha ya se encontraba en el convento. «Al menos no me mintió», pensó mientras le daba sus condolencias. Tras la despedida, colgó el teléfono, se reclinó en el sillón y pinzó con el índice y el pulgar la nariz, cerró los ojos. Estaba más cansado de lo que quería reconocer.

Habían pasado veinticuatro horas, los niños se encontraban nerviosos y, al mismo tiempo, tristes. Incluso Eric, el más pequeño, la llamaba por la casa. Gilles estaba más taciturno que nunca, y Annette parecía deambular perdida, de habitación en habitación, como si de alguna manera quisiera llenar ese vacío que parecía sentir. El rostro de su madre lo decía todo, así que ni tan siquiera le preguntó su parecer. Soltó el aire contenido y se preguntó una vez más si debía ponerse en contacto con ella, pero el hecho de marcharse de esa forma, tan repentina y sin despedida alguna, le daba a entender que no le necesitaba ni deseaba nada de él.

Un tronco de madera crepitó en la chimenea y le hizo volver a la realidad. ¡Maldita sea! ¿Cuándo había ocurrido? Enamorarse no estaba dentro de sus planes, pero ese sentimiento ahí estaba, germinando y floreciendo a pesar de la oscuridad que él le había prodigado.

Era una de las opciones y siempre pensó estar preparado para

aceptarla en el caso de que Alma decidiese marcharse en busca de otra vida; pero nada más lejos de la realidad. Estaba hambriento de ella, el hecho de deseársela de esa manera no simplificaba para nada la situación actual.

Recordó la noche que habían pasado juntos, sus labios entreabiertos exigiendo ser besados, los cálidos y sedosos cabellos atrapados entre sus dedos, sus ojos velados por el deseo antes de llegar al orgasmo, su esbelto cuerpo reclamando más placer bajo el suyo; todos esos recuerdos se agolparon en su miembro haciéndole cobrar vida propia. Se maldijo mil veces por ello. Tragó saliva y deseó con urgencia un trago de brandy. Ahogar las penas en alcohol no era la mejor forma de olvidar, pero si lo lograba, al menos hallaría un momento de paz consigo mismo.

La puerta se abrió de golpe.

Roger abrió los ojos y se incorporó mientras posaba los antebrazos sobre la mesa.

—Gilles, te he dicho mil veces que debes llamar antes de entrar —le recriminó su padre, pero en el instante que vio dolor reflejado en los ojos de su hijo, lo lamentó.

—Necesito hablar contigo.

—¿Qué ocurre?

Gilles se acercó hasta la mesa, cabizbajo.

—Ha sido culpa mía.

Roger le dedicó una mirada inquisitiva.

—Alma se fue por mi culpa —aclaró a la vez que metía las manos en su pantalón vaquero. A Roger le pareció, en ese momento, un pequeño gran hombre.

—Hijo, Alma se fue porque murió un ser muy querido en Salamanca —intentó que su voz no sonase vacía—, nadie es responsable de su marcha.

Gilles negó varias veces con la cabeza.

—Mírame.

Su hijo obedeció en el acto.

—Imagino que tengas una teoría convincente para pensar de esa manera.

Gilles sacó las manos de los bolsillos y las retorció con frustración.

—Yo sé que te quiere, papá.

A Roger le dio un vuelco el corazón y por unos segundos se olvidó de respirar.

—¿De qué hablas?

—Le hice prometer que nunca se casaría contigo —cansado, dejó caer los brazos paralelos al cuerpo.

Roger se levantó, rodeó la mesa y se acercó a su hijo.

—Eso es una promesa en toda regla.

El niño, cabizbajo, volvió a asentir.

Su padre, apoyado en un extremo de la mesa, le acarició el mentón y lo elevó hasta que sus miradas se cruzaron.

—¿Y ella aceptó?

—Sí.

—Bueno, entonces cabe esperar que ella también estaba de acuerdo. No debes preocuparte por eso, Gilles.

—No, papá, no estaba de acuerdo —rectificó—, pero yo no quería que ocupase el lugar de mamá. —Aspiró profundamente antes de continuar—. Sin embargo, ella no quería que me preocupase...

—¿Así que le dijiste lo que pensabas?

—Eso es.

—Entiendo. Pero ahora estás aquí, Gilles. Ella ha cumplido su parte —al decir esto último, no pudo evitar enarcar las cejas—. ¿Qué te inquieta?

Su hijo parecía derrotado y se compadeció de él. Roger pensó que si sentía una décima parte de lo que él estaba padeciendo, ya era una verdadera tortura.

El niño alzó los hombros y los dejó caer de golpe.

—Desde su marcha, nadie parece ser feliz.

—¿Ni siquiera tú?

Gilles se mordió indeciso el labio inferior y volvió a tocar la barbilla con el pecho.

—Yo tampoco.

Su padre lo abrazó con fuerza, le besó en la coronilla.

—Hijo, Alma ha tomado una decisión, pero estoy completamente seguro que tú no eres responsable de nada.

—Pero... ella te quiere.

«Ojalá fuera cierto», pensó Roger al borde de las lágrimas.

—Retomaremos nuestras vidas como antes de que ella viniera.

—No será lo mismo, papá. —Se separó y lo miró con ojos brillantes—. Ella tampoco es feliz.

Roger forzó una sonrisa.

—Está triste por el motivo que te he comentado antes; eso es todo, Gilles.

—No lo creo. Dejó su cruz.

Roger se inclinó hacia su hijo con los ojos fijos en los suyos.

—¿De qué hablas?

—Annette tiene su colgante. Alma se lo dio antes de marchar —le aclaró con nerviosismo.

Gilles comprobó que las arrugas alrededor de los ojos de su padre se hacían más profundas.

—¿Estás seguro de eso?

—Claro que sí. Lo he visto con mis propios ojos. —Sus manos se movían en el aire dando énfasis a su afirmación—. Incluso tiene su número de móvil.

—¿Su número de teléfono?

—Alma le dijo que si la necesitaba, la llamara y ella vendría.

Roger se esforzó por destensar la mandíbula.

Él no tenía el número personal de Alma. Si en el caso de que se le ocurriese llamarla ahora, lo haría al convento. A decir verdad, nunca le había necesitado ya que ella siempre, o la mayoría de las veces, excepto el día que libraba, se encontraba en casa.

—¿Y lo hizo?, ¿la llamó?

—Sí, pero sale una y otra vez el buzón de voz.

Comprobó la hora en su reloj, según la información obtenida a través de la llamada al convento, el funeral se estaría celebrando en ese mismo instante. Con razón que Alma tuviese el teléfono apagado o en silencio.

—Y dime, Gilles, respecto a Alma, ¿cambiaste de parecer?

El niño asintió con fuerza.

—¿Por qué? —Quiso saber su padre—. Según mi forma de ver las cosas hace unos días, parecías muy seguro de ti mismo.

El niño, apesadumbrado y cabizbajo, arrastró la suela de su zapato contra la alfombra.

—Eric, Annette, tú y la abuela estabais más alegres cuando ella estaba aquí.

—¿Solo nosotros?

Gilles dejó su pie quieto. Alzó la barbilla, miró a su padre a los ojos y

confesó:

—Ya te lo dije antes... yo también me sentía a gusto y...

—¿Y? —indagó su padre presuroso y deseoso de llegar a una conclusión.

—Es la mejor contrincante de videojuegos que he tenido jamás.

Roger no pudo más que reír ante el comentario de su hijo.

En ese momento sentía júbilo, irritación, rabia y dolor. Una mezcolanza de emociones nada aconsejables para hacer frente a su destino, pero, aun así, exclamó:

—Ve a buscar a tu hermana... ¡Vamos, date prisa! —le ordenó mientras sus pensamientos se agolpaban en su mente y volaban a mil por hora.

CAPÍTULO 11

—¿Estás segura de tu decisión?

Alma se sentó en el banco de piedra. Era tarde, estaba agotada, quizá demasiado pensó mientras observaba en lo alto del cielo a la luna rodeada de pequeños puntos luminosos. Se ciñó el abrigo con fuerza para impedir que el calor corporal se escapase, sin embargo, sabía que era inútil porque su frío no provenía de la inclemencia del tiempo, sino desde su fuero interno.

En ese instante se encontraba en el claustro, su lugar favorito, mientras, a su lado, Leocadia, de pie, la miraba de forma inquisitiva. Tardó en responder y antes de hacerlo tomó una bocanada de aire puro que heló sus pulmones. Con este gesto se sintió más viva.

—Sí —le dijo al fin—. Iré a Italia. —Sus palabras fueron acompañadas por pequeñas nubes blancas que salían entrecortadamente de su boca causadas por el contraste de una temperatura extremadamente baja.

La religiosa se limitó a respirar.

—Deberíamos volver al interior. Aquí hace mucho frío.

—Ve tú —le dijo mientras admiraba la luminosidad de la luna llena—, en la habitación siento que me asfixio.

Sor Leocadia posó una de sus manos en un hombro de Alma.

—Lo siento, lo siento de veras, pero a veces el destino decide jugar sus cartas sin pensar en los jugadores.

Alma se giró y estudió su expresión.

—No sabía que estaba enferma. Antes de mi partida, me prometió que volveríamos a vernos. —Ladeó la cabeza y suspiró con fuerza.

—Y así será, no te mintió, algún día volverás a reencontrarte con ella.

—Demasiado tarde, no me parece justo para ninguna de las dos.

La sor elevó las cejas, pareció dudar, sin embargo, en el último minuto decidió sentarse en el banco de piedra, al lado de Alma.

—Hace aproximadamente un año le diagnosticaron un cáncer. —Se encogió de hombros y negó con la cabeza—. Una ce mayúscula era como ella lo llamaba. —No pudo evitar soltar una risa desoladora—. Hace algunos meses me lo confesó. Era incurable.

—No me dijo nada al respecto.

—No quería preocuparte. Era una mujer temperamental. Te pareces mucho a ella.

—¿Qué más sabes? —le preguntó Alma mientras se envolvía con los brazos.

Sor Leocadia la miró detenidamente, como si quisiera evaluar sus gestos. Sonrió, sin embargo, no le llegó a los ojos. Al fin dijo:

—Sé que eres su hija.

—¡Vaya! —Fue lo único que pudo responder.

—No la juzgues, Alma, lo hizo lo mejor que pudo.

—No creo que eso sea cierto. Me privó de una madre durante toda mi infancia. —Se llevó la mano con rabia hasta el pelo y lo apartó hacía atrás—. Imagino que también te lo comentó ella.

La religiosa asintió con un gesto.

—El mismo día que me dijo lo de su enfermedad.

—Una confesión en toda regla, sí, señor.

—Alma...

El silencio dio paso a una ráfaga de aire que silbaba acompañado con un aire gélido entre las columnas que rodeaban el claustro.

Alma solo pudo negar con la cabeza varias veces ya que las lágrimas le quemaban.

—¿Y el libro? —preguntó al fin mientras presionaba los dedos sobre los párpados.

—Al principio se negó en rotundo, imagino que las presiones del obispado la hicieron cambiar de idea. Creo que fue entonces cuando comenzó a trazar su plan —le dijo mientras se envolvía en su abrigo negro de lana—. Ella sabía que lo que más deseabas era buscar respuestas a todos esos interrogantes.

—¿Cómo es que las demás no se han dado cuenta?

—No hay más ciego que el que no quiere ver, mi niña. De todas maneras, fue una mujer muy cuidadosa y aplacaba las habladurías con una sola mirada. Siempre te protegió, de una manera u otra.

—Aun así, deja muchas incógnitas abiertas.

—A veces no es bueno saber. La verdad puede ser un puñal certero.

La religiosa la vio mirar al suelo. Sabía que de esta forma ocultaba su rabia y ese golpe del destino que no quería aceptar.

—En estas últimas horas, he llegado a pensar que fue cruel lo que

hizo.

—Juzgar es la parte más fácil, Alma. Aceptar, la más complicada.

—Fue ella la que eligió las fotos, ¿no?

Leocadia abrió las manos, las alzó y las volvió a dejar caer como si pesaran un quintal sobre su regazo.

—Eres una mujer inteligente, Alma, y ella lo sabía.

—Razón por la que le dio a la periodista la foto en la que llevaba la cruz.

—Sí. De alguna manera sabía que tú sacarías tus propias conclusiones.

—Me hubiese gustado que me lo dijese cara a cara —espetó con furia.

—Y luego ¿qué? Te abandonarías de nuevo, mi niña.

—¿Acaso no lo ha hecho?

—No. Te ha dado la oportunidad de amarla como madre o como religiosa. Aunque ahora no lo creas, tú siempre has tenido la última palabra. Te adoraba, este último año me he percatado de ello. Siempre estaba pendiente de ti.

—No es justo, perdí tanto en tan poco tiempo —hablaba con voz tensa y baja—, que me siento más huérfana que nunca.

—No digas eso. Estás en tu casa.

—En la casa de Dios, querrás decir.

—¿Acaso no es lo mismo?

Se levantó y soltó un suspiro audible.

—Alma, se esforzó por llegar a ser la Madre Superiora para poder tomar decisiones y que no te arrebatasen de su lado. Luchó por ti, aunque lo hiciese desde la sombra.

—¿Qué sabes de mi padre? —preguntó de pronto.

Sor Leocadia emuló a Alma y se levantó. Una vez de pie, se frotó con fuerza una rodilla.

—Este dolor me va a matar tarde o temprano —refunfuñó entre dientes como si quisiera ganar tiempo. Una vez incorporada, se volvió a mirarla y le dolió ver la pena que habitaba en los ojos de la muchacha—. No sé nada, Alma. Ese secreto se lo llevó a la tumba.

—Como tantos otros. —La comisura de su boca se elevó hasta convertirla en una medio sonrisa.

—¿Por qué no vuelves a Francia?

Alma resopló con fuerza.

—Es difícil de explicar.

—Creo que sor Águeda vivió toda su vida con esa misma respuesta.

—No lo compares. Es totalmente diferente.

—¿Tú crees, Alma? Siento no poder ayudarte más. Será mejor que vuelva adentro o mi artritis y este frío terminaran conmigo antes de lo deseado.

—Te acompaño. Ya no hay mucho más que decir. Me siento prisionera de mi propia vida.

—Nadie es libre hasta que se encuentra a sí mismo, mi pequeña. —Acarició su pelo como cuando era una niña—. Siempre tuviste un cabello precioso.

—Supongo que es otra de mis herencias, aunque tampoco eso lo sabré nunca. Vamos, o cogerás una pulmonía.

La religiosa miró por encima del hombro de la muchacha.

—Creo que debes quedarte, tienes visita.

Alma giró la cabeza de golpe y sus ojos se agrandaron hasta alcanzar su máxima expresión. Roger estaba allí. Él la observaba calladamente, de pie, muy quieto y con las manos en los bolsillos.

—Después de todo, parece que no va a ser un día tan malo —murmuró la religiosa mientras era engullida por las sombras del claustro.

Alma solo podía mirar al hombre que tenía al otro extremo del jardín. Allí estaba, no era un sueño. Era él. Le sonrió despacio y se balanceó sobre sus talones, parecía impaciente, sin embargo, no se movió del lugar donde se encontraba.

Ella se mordió el labio para ocultar una sonrisa. Comenzó a caminar lentamente hacía él. Roger la imitó, y solo como testigo de ese reencuentro se encontraba el ciprés que se alzaba con fuerza intentado alcanzar las estrellas. Ella posó una mano en el tronco, lo vio llegar a su lado y no se percató del suspiro de alivio que escapó de sus labios.

—Estás lejos de casa —le saludó ella intentando que los nervios no la traicionasen.

—Estoy donde debo estar. ¿Cómo te encuentras?

Ella sonrió y alzó los ojos hasta la copa del árbol para evitar que las lágrimas hiciesen acto de presencia.

—Como si me hubiese pasado un camión por encima —le confesó.

—Sé que no te servirá de mucho, pero esa es la sensación cuando se pierde para siempre a un ser querido.

Alma supo que en ese instante estaba hablando de Bárbara. Apretó la mandíbula, tragó saliva en un intento de humedecer su boca. Estaba guapísimo con su abrigo azul oscuro de lana y una bufanda a cuadros de tonos ocres y naranjas.

—Hace mucho frío —dijo ella al fin para romper el hielo.

—Menos que en Buc, te lo aseguro.

Alma sintió el impulso repentino de soltar una carcajada.

—Me alegro que estés aquí, pero no era necesario que vinieses al funeral. —Cerró los ojos y se exigió calma—. Siento no haberme despedido e imagino que estés enfadado, pero...

Él colocó su dedo índice en sus labios. Ella calló en el acto.

—No he venido hasta aquí a pedirte explicaciones, y referente al funeral, he de confesar que llegué tarde.

Alma refrenó la sonrisa que asomaba en la comisura de su boca.

—Te lo agradezco igualmente.

Estaba sufriendo y mucho. Roger podía verlo en su rostro, en sus ojos apagados por el dolor, sin embargo, estaba preciosa. El viento jugaba caprichosamente con sus mechones y deseó hacer lo mismo, pero se contuvo; no quería asustarla.

—¿Los niños? —preguntó de repente—. ¿Están bien?

—Perfectamente. Deseando volver a verte.

Ella intentó tragar saliva, pero tenía la garganta como una lija.

—Yo también a ellos, quizá el verano que viene me pueda escapar unos días, si te parece bien, claro está —aclaró rápidamente para que no hubiese ningún signo equívoco.

—¿Verano? Ehhh

—Bueno... —Se tensó al oír la pregunta—. Por supuesto será cuando te venga bien. Yo me aclimato a vosotros.

—¿Es lo que has estado haciendo hasta ahora, Alma? ¿Aclimatarte a nosotros?

¿Cómo decirle que se había enamorado de él y que adoraba a sus hijos? No lo haría, por supuesto que no. Debía tener los pies sobre la tierra.

—Habéis sido muy amables conmigo y os lo agradezco.

Roger asintió apresuradamente. Volvió su mirada al tronco,

necesitaba aire, tiempo y una voluntad férrea para decirle lo que sentía por ella. De pronto se percató en las letras grabadas en la corteza. Se quitó un guante y las repasó con la yema del dedo.

—¿Una a y una erre?

—Ahhh... eso... —Ella abrió la boca sin saber muy bien qué decir—. Un juego de la niñez. Una tontería.

—Pues me gustaría escucharla. —Arqueó las cejas y ladeó los labios formando una media sonrisa.

Alma se arañó el labio inferior con los dientes. Si hubiese tenido fuerza sobrenatural, habría arrancado el ciprés de raíz y lo hubiese mandado hasta la estratósfera. Se agarró las manos temblorosas y las frotó con fuerza para producir calor.

Al percatarse del gesto. Roger se quitó de inmediato el otro guante y se los ofreció.

—Gracias —dijo ella aceptándolos de buen grado.

—¿Me lo vas a contar? —inquirió con una nota de impaciencia en su voz. Si seguía mirándola de ese modo, la besaría hasta poder quitarse esa sensación de necesidad que sentía por ella.

—Cuando era una niña —inspiró hondo y se humedeció los labios, al ver cómo los ojos color avellana de Roger se oscurecían, volvió a retomar la palabra—, me gustaba imaginar que en este jardín vendría a mi encuentro el hombre con el cual un día me casaría. —Ella levantó una mano algo azorada y sonrió nerviosa—. Soñaba tanto con ese momento que decidí dejar un recuerdo, y, al parecer, ha perdurado todos estos años.

—Interesante.

Una lenta sonrisa anidó en los labios de ella.

¿Pero qué narices estaba haciendo al contarle esa estúpida historia a su jefe? O mejor dicho ex jefe.

—¿Y la erre viene de...?

Alma abrió mucho los ojos al ver a dónde quería llegar con la indirecta. Casualidad o no, Roger comenzaba por erre.

—Romeo —dijo al fin intentando no ser consumida por la vergüenza—. Es una historia estúpida y pueril.

—Yo no lo creo así. —Miró primero las letras y luego a ella.

Apoyó un puño cerrado en el tronco y, a la vez, la sien en éste.

—¿Y crees que le podríamos cambiar el nombre a Romeo por otro

más actual?

Escuchar esa pregunta le produjo un espasmo de excitación, sin embargo, inmediatamente lo rechazó.

—Roger... yo.

Él enarcó las cejas y le clavó su mirada oscura.

—Tú ¿qué?

Alma se recostó contra el ciprés. Se encontraba agotada y no estaba preparada para hacer frente a estas sensaciones que se empecinaban en envolverla una y otra vez con falsos pretextos de conseguir ese cariño que tanto había anhelado a lo largo de su vida.

—Me voy para Italia.

—¿Cuándo? —preguntó con una ardiente llamarada en sus ojos color chocolate.

—En un par de días —mintió. Tendría que esperar un poco más y trabajar hasta conseguir un poco más de dinero, pero ocultó esa información. Como había dicho sor Leocadia hacía unos instantes, la verdad podía ser un puñal certero.

—Vas a conquistar tu sueño. —No era una pregunta, sino una afirmación.

—Eso es. —Intentó sonreír y luchó por evitar las lágrimas.

—No creas que no te comprendo. —Trataba de lidiar con esa furia interna que parecía querer explotar de un momento a otro—. Pero tenía que intentarlo. Convencerme de que es lo que realmente quieres...

Alma cerró los ojos con fuerza, pensó en Gilles y en la promesa que le había hecho. No la iba a romper por nada del mundo, aunque viviese en una tristeza diaria y permanente el resto de sus días.

Percibió su mano alrededor de la mandíbula y le inclinó la barbilla hacía arriba.

—Porque es lo que quieres, ¿verdad, Alma?

Al enfrentarse con su mirada, supo que al menos debía ser sincera. Ya estaba bien de mentiras en su vida.

—No, no es lo que quiero —confesó al fin—, pero una vez hice una promesa a alguien muy especial y no puedo romperla.

—Comprendo.

Ella dio un paso atrás para poner distancia entre ellos. En el instante que él dejó de acariciarla se le encogió el estómago. Lo entendía, al menos,

eso estaba más que bien. Aunque el dolor se estaba haciendo cada vez más insoportable. Necesitaba alejarse cuanto antes.

Ella se rodeó el cuerpo con los brazos y apretó los párpados para detener el torrente de lágrimas que se agolpaban en sus ojos.

—¿Es la promesa que le hiciste a Gilles?

Alma abrió los ojos de repente y se quedó mirándole llena de perplejidad. Estuvo a punto de dar otro paso atrás, pero, en el último segundo, se refrenó. En vez de eso, dejó escapar un gemido de sorpresa.

—No le culpes, Roger, no es más que un chiquillo que defiende su territorio.

—Debes saber que Gilles está más que arrepentido de esa promesa. Me pidió que te lleve de vuelta a casa.

—¿En serio?

Roger le acarició el brazo con la mano antes de que ella llegase a apartarse de nuevo.

—Contigo encontró de nuevo su rumbo. Te necesita. —Sabía que no estaba siendo justo con ella. El silencio se apoderó del momento y a Roger le pareció una verdadera tortura—. Además, me dijo que le debes la revancha a una partida de la *Play*.

Ella, nada más oír ese comentario, se echó a reír.

—Es un niño maravilloso, los tres lo son.

—Lo sé. —Las comisuras de los ojos de él se arrugaron cuando sonrió—. Vuelve conmigo, te necesito de una forma casi desesperada. —La miró fijamente—. Siento no haber estado a tu lado al despertar tras la noche que pasamos juntos ni en el día de hoy cuando más me necesitabas.

—Roger... no.

—En ese momento me pareció lo más oportuno —comenzó a decir él ignorando la protesta de ella—. Hoy veo que fue un error y supongo que hizo que tomaras ese gesto como si el haber hecho el amor contigo, no hubiese sido importante para mí. Lo lamento de veras, porque he de decirte que no fue así.

—No es fácil.

Él siguió mirándola con cautela e inseguridad.

—Escuché lo que le decías a tu madre esa mañana.

Los ojos oscuros de Roger se redujeron a ranuras.

—¿En el despacho?

—Sí... No te culpo. No creas que...

—Alma, yo estoy muy seguro de lo que quiero, sin embargo, necesito saber que tú también lo estás. No has vivido una adolescencia loca y llena de sobresaltos, deseabas viajar a Italia, fue lo primero que me dijiste —puntualizó—, ¿quién era yo para destruir tu sueño? Además, no has estado con más hombres. —Esa última frase se le atragantó en la garganta, pero, aun así, decidió continuar—. No podía pedirte que lo abandonases todo por un viudo y sus tres hijos.

—¿Quieres que esté con más hombres? —preguntó asombrada.

—Claro que no, maldita sea. —Se humedeció los labios y tomó una bocanada de aire—. Quiero ser yo el único que te bese y que te acaricie, el único que te haga el amor cada mañana al despertar, el único a quién ames, pero eso es lo que yo quiero. La pregunta es otra: ¿qué quieres tú?

Alma abrió la boca y la volvió a cerrar hasta estar segura de lo que iba a decir.

—Lo más fácil sería huir, pero, si tomo esa decisión, creo que no sería feliz.

—¿Entonces? —le preguntó mientras la miraba con expresión seria.

—No necesito vivir una adolescencia loca. —Sus ojos se encontraron un momento y decidió respirar profundamente—. Por mucho que lo quiera negar, os necesito a vosotros. Los niños han sido mi verdadero equilibrio, y Annette, Dios, mi Annette. —Las lágrimas empañaron sus ojos—. La decisión de dejarlos fue una verdadera tortura.

Roger limpió sus lágrimas con el pulgar y a continuación deslizó los dedos entre sus labios.

—¿Solo los niños? —Intentó enmascarar su desilusión—. Ellos siempre estarán ahí, Alma.

Ella negó con la cabeza y perdió la mirada en el horizonte; no se veía con fuerzas de hacer frente a ese sentimiento que parecía asfixiarla una y otra vez.

Él le acarició el pelo.

—Cásate conmigo. Vuelve a casa.

Alma percibió cómo su corazón latía cada vez más aprisa. Intentó leer en la mirada de él y deseó más que nunca poder cumplir ese sueño.

—Gilles...

—Él es el primero que quiere que vuelvas, bueno, el segundo porque

el primero soy yo. —Se acercó despacio hasta posar sus labios contra los suyos, ella le respondió sin poder negar su propio deseo, y los de él se volvieron más exigentes hasta profundizar más en el beso.

—¿Esto es un sí, Alma? —pronunció su nombre en un susurro.

Ella pareció dudar unos segundos, y él se pidió a sí mismo paciencia.

—Sí, quiero —dijo ella al fin.

Él sonrió lentamente, volvió a reclamar su boca una y otra vez. Nunca se cansaría de ese sabor, de esa necesidad que parecía no querer extinguirse nunca.

EPÍLOGO

—¿Es cómo habías soñado?

Ella sonrió y se agarró con fuerza a la barandilla del balcón. Desde el hotel se podía observar la cúpula de la Catedral de Florencia y sin duda era mucho más hermosa de lo que había imaginado alguna vez.

Italia en sí era hermosa.

—Me encanta. Gracias por regalarme este viaje. Es un sueño hecho realidad.

—Es lo menos que podía hacer después de haberte casado conmigo —le susurró al oído mientras le lamía despacio el lóbulo de la oreja.

Ella sintió cómo el deseo volvía a despertar. Su ropa interior ya estaba húmeda del fluido que rezumaba su sexo entre los muslos. Adoraba a su marido. Jamás había sido tan feliz. Cerró los ojos y se dejó llevar por ese sentimiento que se avivaba cada vez que él la tocaba.

—Deberíamos haber traído a los niños, les hubiese encantado.

Él soltó un gruñido, y ella no pudo más que reír.

—Ni hablar. Te quiero para mí solo, además, quiero que sepas —le dijo mientras apartaba su melena a un lado y dejaba un reguero de tenues besos por todo el cuello mientras ella ladeaba la cabeza para facilitarle el acceso—, que en el instante que regresemos a casa, voy a poner un cerrojo a nuestra habitación.

Alma soltó una carcajada.

—No son más que niños. —Sintió la necesidad de defenderlos.

—Que no hacen más que incordiar en el instante que me ponga sobre ti.

A Alma se le erizó el vello de todo el cuerpo al sentir los labios de su marido recorrer su hombro desnudo.

—¿Tienes frío? —le preguntó él, porque, aunque estaban en primavera, las temperaturas aún no eran excesivamente cálidas a esa hora de la mañana—. Deberíamos entrar —le susurró mientras acariciaba con sus manos la suave curva de sus caderas. La atrajo contra su pecho y apoyó las manos sobre su redondo vientre, el lugar donde albergaba a su futuro hijo.

—Eres insaciable —dijo ella volviéndose en sus brazos y sonriéndole

pícaramente.

—Contigo, no lo dudes, cariño. Me vuelves loco. Hasta Jacob me manda bajar de las nubes alguna que otra vez.

Ella se mordió el labio inferior de forma sensual.

—No deberías permitir que el sexo enturbie tu trabajo.

—Cielo, solo puedo pensar en ti desnuda, tumbada en la cama, con las piernas abiertas y ligeramente flexionadas. Solo de pensarlo me pongo duro.

Ella, intuyendo su estado, llevó su mano hasta su miembro enhiesto y palpitante, lo masajeó de arriba a abajo hasta que lo sintió excitarse más.

—Si no paras en este mismo instante, te subiré el camisón hasta la cintura y te penetraré una y otra vez hasta perder el sentido.

—¿En el balcón? —preguntó ella comedida y fingiendo estar sorprendida—. ¿Es una amenaza?

—En toda regla, señora Arnod.

Alma acarició su mejilla con la yema de los dedos mientras lo miraba intensamente.

—Entremos y te demostraré lo que es perder la noción del tiempo.

Roger, excitado, respiró hondo un par de veces antes de seguirla hasta la habitación. La próxima vez, se prometió a sí mismo, le regalaría el mundo.

FIN



Yolanda Revuelta

Mediavilla

Nació un 17 de enero de 1973 en Torrelavega, provincia de Cantabria.

Cuando la lectura infantil pasó a formar parte de su baúl de recuerdos de pequeña, otro tipo de obras llegaron a sus manos, más acordes con la adolescencia por la que estaba pasando. Así conoció a los protagonistas de *Tempestad Salvaje*, de la autora Johanna Lindsay, donde se perdió entre los rincones del Oeste. Desde ese momento se convirtió en una voraz lectora del tan maravilloso género de la romántica, viajando y compartiendo adorables momentos, sintiendo mayor afinidad por las historias ambientadas donde los ranchos y el sol llenan el campo con sus características.

Y así continuó escribiendo también en la adolescencia, plasmando sus ideas en sus ratos libres, volcando sus pequeñas historias de amor producto, a veces, de sus propias experiencias y sus hormonas revolucionadas por la etapa por la que estaba pasando. Y ya nunca dejó de hacerlo.

Cree fervientemente en el proverbio *Un amigo es un tesoro*, por lo que disfruta de hablar, reír y divertirse enormemente con los suyos.

Hoy vive su propia historia de amor junto a su esposo, con quien ha tenido a su mayor inspiración, su hija Carla.

La mente de esta autora seguirá deleitándonos con bellas historias, pues en ella el bullicio que los cientos de personajes crean con sus diálogos nunca dejará de sonar.

Su lema Los sueños se cumplen si no los abandonas es el que la acompaña incansablemente, y es el que le da fuerzas en este camino del mundo de las letras.

Otros títulos

Noches en la niebla.

Preludios del pasado.

Donde me lleven tus sueños.

Y de repente, un extraño.

El país de los vientos fríos.

Clan MacKinlay:

Caricias del destino

Caricias del poder

Caricias del ayer

Me puedes encontrar en;

EACVB

Y en mi página Web;

<http://yolandarevuelta.wixsite.com/autoraromantica>